

RICARDO ALLUÉ

(EN MEMORIA)

ARTÍCULOS

(1896 - 1927)

IMPRENTA CASTELLANA
VALLADOLID: 1928

ARTICLE 10

D6CL
BA
D

ARTÍCULOS

(1896-1927)

Tit: 261
C. 1115951

*Edición numerada de 500 ejemplares
no destinados a la venta.*

Ejemplar núm. 475

RICARDO ALLUÉ

(EN MEMORIA)

ARTÍCULOS

(1896 - 1927)

IMPRENTA CASTELLANA
VALLADOLID: 1928



R. 72555



1888

22 concuerdan, faltar re-
quiere la realización
de los negocios, de-
tes, y la desconfianza,
por de la nación.

El punto que en
dicho se está estu-
diando para el repa-
rto. Una se repa-
ría; una está en
no haber estado en
la tarea en que
de estudio.

Para que se tomen los
medios por tomar. Al fin
se debe pensar en que

CUENTO SOÑADO

Me acababa de despertar: la escasa claridad, que por entre los pesados cortinajes que cerraban la alcoba se filtraba, rodeaba los objetos de una penumbra gris, esparciendo sombras por todas partes; borraba los contornos, hacía indecisas sus líneas, prestándoles fantástica vaguedad, e interrumpía tan sólo aquella semioscuridad el brillo metálico que arrancaba a la bruñida superficie de un jarrón de bronce un débil rayo de luz.

Restregué mis ojos, recorrí con soñolienta mirada los ángulos de la habitación, y en mi imaginación, que perezosamente comenzaba a despertar, se fijó esta idea: «Aquel no era mi cuarto». Es decir, sí, era mío, me sentía dueño de todo aquello que me rodeaba, estaba como si allí hubiera vivido siempre; y, sin embargo, todo era nuevo para mí. Aquella alcoba lujosa, cuyas paredes cubría un tapiz de color azul claro, interrumpido a trechos por flores rojas y blancas, primorosamente bordadas; los ricos cortinajes, que caían pesadamente entre esbeltas columnas doradas y blancas; el magnífico lavabo de mármol blanco; el largo «chaise-longue», tapizado de seda, sobre el que en confuso desorden se veía mi ropa; el soberbio armario de nogal, de puerta formada por magnífico espejo biselado, y cuyo coquete eran dos amorcillos que sostenían penosamente una guirnalda de flores.

Todo ello era bien distinto de la destartada alcoba que hasta entonces habitara en una casa de huéspedes barata, cerrada por unas mal ajustadas vidrieras de cristales, adornadas con unos visillos tan cortos como sucios y raídos; con las paredes cubiertas de papel floreado, que mostraba a trechos desgarrones y manchas, con dos clavos por toda percha para colgar mi ropa, que generalmente estaba tirada en desordenado montón, encima de un baúl desvencijado, y al lado de mi cama estrecha y dura, una silla de paja vieja y coja, con los restos de la vela en la mugrienta palmatoria.

Entre la alcoba patronil y la elegante en que me hallaba, había tal diferencia que todos los objetos, hasta los

más pequeños, llamaban grandemente mi atención; sin embargo, dos cosas sobre todo me asombraron: al lado de la cama, sobre una coquetona marquesita, se veía una falda de seda y una linda blusa de terciopelo; y mi cama, una cama de esas tan bajas que casi tocaba en el suelo, era excesivamente ancha, estaba cubierta de rica colcha de brocado; las sábanas finísimas, guarnecidas de anchos encajes, y a mi lado había otro almohadón de pluma, en todo igual al en que yo descansaba, y aún se notaba la huella que dejara una cabeza que sobre él hubiera estado reclinada. No había duda; alguien durmió a mi lado, y por el tenue y delicado perfume que aún se aspiraba, ese «alguien» debía ser una mujer; una mujer hermosa; sí, seguramente muy hermosa; así me lo decían no sé qué remembranzas que en mi imaginación, que despertaba poco a poco, había.

Me levanté envuelto en mi larga bata y salí al gabinete, tan confortable como la alcoba, iluminado por la luz triste y melancólica de una mañana de invierno. Acerquéme al balcón; los cristales estaban empañados por la helada; en ellos se veían multitud de rayas hechas con el dedo, formando fantásticos dibujos, y entre aquel laberinto de caprichosas curvas se leía claramente un nombre: el mío. ¿Quién le había escrito? Seguramente la mujer hermosa, de cuyo cuerpo aún conservaba mi lecho las huellas; la dueña desconocida de la blusa y la falda que sobre la marquesita vi.

Miré en torno mío, y por todas partes descubrí ese gusto inimitable, esa especie de delicada coquetería que denota la mano de una mujer. Sobre la ancha chimenea, en que ardía un buen fuego, se veía una porción de preciosas porcelanas, jarrones caprichosos cargados de flores y otra infinidad de cosas, que sólo reunir puede una mujer; y entre ellas, sobreponiéndose como altivo ídolo a quien rindieran el homenaje de su belleza, se destacaba, en artístico marco de peluche rojo con adornos de plata, un retrato. Me acerqué a contemplarle con ansiosa curiosidad; aquel retrato podía hacer luz en mi memoria y explicarme lo que me pasaba; era el de una hermosísima morena, que dirigía, llena de una indefinible ternura, una mirada de sus ojos inmensos y negros a un hombre joven, que junto a ella estaba retratado, mirándola también. Mi sorpresa fué in-

mensa; mi admiración tal, que detuvo en mi cerebro las ideas y por unos momentos dejé de pensar. Aquel hombre lera yo! Y ella, ¿quién era? ¿Quién era aquella mujer a cuyo lado estaba retratado y que con tal cariño me miraba? Debía, a no dudarlo, ser la misma que en la escaracha de los cristales escribió mi nombre, la misma con quien había compartido mi lecho, la misma cuya mano se adivinaba hasta en los más pequeños detalles de aquel cuarto, la que vivía allí conmigo, viviendo los dos una vida tan sólo; porque en aquel ambiente tibio, en aquella habitación tan delicadamente perfumada, me parecía sentirla como si todo lo que me rodeaba tuviese vida que ella le diera, como si aquel aire que yo respiraba fuese parte de su aliento y llevase en sus moléculas vibraciones de su ser.

—¿Quién es?—preguntaba anhelante a mí memoria—; pero ésta callaba, aunque mi voluntad, con esfuerzos supremos, la torturaba para encontrar en sus más recónditos senos la respuesta. —¿Quién es esa mujer?—preguntaban al retrato mis ojos ansiosos, clavados en él—; y como la memoria, continuaba el retrato mudo e inmóvil. Aquella cabeza, rodeada de una aureola de cabellos rizados, negros y brillantes; aquella cara, de facciones un poco incorrectas, pero gallardamente perfiladas, nada me decían; no traían a mi mente ni un solo recuerdo.

A pesar de ello, yo seguía mirándole absorto, con los ojos fijos, poniendo en la mirada todas mis potencias, toda mi vida.

¿Cuánto tiempo pasó de esta manera? No lo sé: había perdido hasta la noción de la existencia: mi espíritu se había concentrado en los ojos para mirar tan sólo; casi puede decirse que no vivía; sólo miraba.

De pronto, un rayo de sol, algo velado por la escaracha de los cristales, hirió de lleno el retrato e inundó el gabinete de luz. Y cual si aquella claridad llevase en sus átomos impalpables un soplo de vida, y al llenar de luz mis ojos animase mi espíritu, iluminóse al punto mi memoria, acudieron los recuerdos en confuso tropel y, despertando mi alma, dormida todavía, se presentó a mi mente la realidad. Abarqué de una ojeada todas mis emociones de aquel día, y al pensar en mi asombro y mi sorpresa,

prorrumpí en una estrepitosa carcajada. ¡Me reía de mí mismo! Porque aquella mujer que no había podido en tanto tiempo recordar quién fuese, era... la mía! mi esposa, con quien hacía tres meses gozaba las delicias sin cuento de la luna de miel, en aquella habitación que tanto me asombrara. ¡Qué imaginación y qué memoria la mía! ¡Crear me todavía en mis tiempos de estudiante! ¡Olvidar los años de mi vida, que entre trabajos y privaciones había pasado para llegar a conquistar la posición que ahora tenía! Porque si al concluir mi carrera me encontré solo en el mundo, pues era ya huérfano, sin más que mi trabajo para vivir, hoy, tras empeñada lucha, era ya rico, y tenía conmigo, dando felicidad al alma y calor a mi hogar, a mi Elena; mi amor único, que con su bondad me sostuvo si vacilé, me dió aliento si alguna vez me faltaron, y con su cariño puro, la esperanza de una felicidad inmensa en los horizontes de mi porvenir, que me sirviera de guía en el camino, para mí penoso, de la vida, y de premio a mis afanes al final de la jornada.

Oí fuera del gabinete leve rumor de pasos... Sí, eran los suyos, menuditos, ligeros... ¡oh, bien los conocía!

Me dirigí a la puerta, y al levantar el pesado «portier» que la cubría, sentí en mi corazón, se apoderó de mi alma, cual si fuera la vez primera que iba a ver a mi Elena, emoción tan inmensa, que me produjo un vértigo. Nublóse mi vista; vi oscilar un momento todo cuanto me rodeaba y desvanecerse después, quedando yo sumido en la oscuridad, en el vacío, en la nada... ¡Desperté! ¡había soñado! Toda aquella dicha no era sino fantasma forjado por mi imaginación calenturienta. No había salido del mísero cuarto de la casa de huéspedes; fatigado por el trabajo me había dormido sobre la mesa, con la cabeza apoyada en los brazos. Soñé y fui feliz soñando. Había despertado y vuelto desde la dicha soñada a la desdicha real; ya me encontraba otra vez solo, huérfano, abandonado, luchando desesperadamente por la existencia, y sin que en la lucha tuviera nadie que me fortaleciera, me alentara y con su cariño pusiera en los negros horizontes de mi porvenir una esperanza de felicidad, que me sirviera de norte y de premio al final de la jornada.

(5 Febrero 1896)

JUNTO AL CAMINO

Se interrumpe allí la sucesión interminable de pinares; unos cuantos pinos, que se alzan solitarios acá y allá, diseminados por la extensa planicie, recuerdan que ayer era pinar lo que el trabajo ha convertido hoy en granja fecunda,

Por Oriente y Poniente, las masas verdinegras de los pinares limitan la planicie; córtala por el Sur el río Duero, cuyas aguas corren bulliciosas, lamiendo mansas las orillas erizadas de chopos, coronándose de espuma al saltar impetuosas sobre las presas, estrechándose violentas entre los pétreos estribos del puente de hierro; y por el Norte forma el lindero la vía férrea, cuyos trenes, pasando rápidos, interrumpen con su estrépito el silencio rumoroso de la llanura.

La blanquecina cinta de la carretera polvorienta corta oblicuamente la extensión monótonamente gris de las tierras labrantías, que el grupo de edificaciones blancas y rojas de la granja parecen presidir.

La red laberíntica de acequias y almorrones divide en anchos recuadros la planicie, sirviendo de marco los taludes cubiertos de yerba, a las parcelas en que el trigo verdea ya, o alfombra la alfalfa, o germina la avena, o cuyos surcos recién trazados esperan con ansia la semilla fecunda.

Junto a la carretera están labrando. Dos parejas de bueyes colosales, de recio esqueleto y vigorosos músculos, arrastran lentamente el fuerte arado; un arado «Brabant», con gallardo «avant-tren» de dobles ruedas; dos de sus rejas descansan levantadas; las otras dos se hunden en el suelo, rompiendo la dura corteza, desmenuzando los terrones, volteando la tierra, que se deposita mullida y pulverizada en largos surcos de enarcado lomo; y el gañán, de rostro enjuto, renegrado por el aire y el sol, membrudo y ágil, vestido toscamente, guía las yuntas sereno y pausado, atento a la labor, cantando a veces.

Un grupo de hombres contempla la faena. Son labradores del pueblo vecino, que al pasar se detuvieron para ver el arado.

En medio de ellos, sentado sobre el muro de un sifón, que lleva el agua de un lado a otro de la carretera, un joven habla. Es casi un chico, colorado y rubio, alto y gallardo, de nerviosa contextura, vestido señorialmente de campesino, cubierto por flexible sombrero de amplias alas.

—¿Os vais convenciendo? ¿Véis cómo se voltea la tierra, cómo se muelle, cómo se desmenuza?—les dice.

—¡Pero es «mu» caro eso!—replica uno.

—¿Caro? Recuerda que en Agosto te causaban admiración mis trigales. Donde sembré una fanega, recogí veinte. Tú «saliste» a ocho, y gracias ¡que fué buen año! Vamos, ¿es más barato tu arado o el mío?

Todos callan. Los bueyes pasan junto a ellos; arrastran resoplando la férrea máquina; las rejas levantadas brillan al sol, las otras dos se hunden en el suelo; la tierra desmenuzada se amontona en los surcos; el gañán canta...

—¡Y eso es «descansao»!—observa otro del grupo—. No hay que «suar» y «estrozarse» apretando con las dos manos la esteva y con el pie la cerrojera. ¡«Paece» mentiral!

—¡«Pus» es bien claro! Nuestros «araos» van a pie y estos en carro. ¿No ves las ruedas?—replica un viejo, el humorista de la aldea.

El joven vuelve a hablar.

—Todos trabajan menos. El mozo con guiar la yunta cumple; los bueyes tiran a gusto, porque no les molesta la rigidez del timón: todo su esfuerzo se aplica a las rejas; éstas se hunden bajo el propio peso del arado.

Y se van convenciendo los campesinos. ¡Si ellos pudieran! Ahorrarán, sí; comprarán arados de estos; la tierra da para todo; la mejor cosecha paga la máquina. El señorito tiene razón.

La tarde declina.

Por la carretera se acerca una yunta, regida por un labriego tosco y ceñudo, montado a mujeriegas sobre una de las mulas; el arado, colgado al yugo por la reja, arrastra su timón, que en la caliza carretera deja marcado un surco.

—¡Buenas tardes!—murmuran los del grupo.

—¡Santas y buenas!—contesta el labriego.

Y sigue adelante, sin detenerse a contemplar el exótico arado que a los demás admira, sin volver la cabeza, orgulloso, rígido, ceñudo, imparable. ¡A él que le importan las

máquinas que traen los señoritos! Labra como sus padres, como sus abuelos. Y así labrarán sus hijos.

..

¡Fácil símbolo, que se me ofrece cuando busco, paseando por el campo, aire puro para los pulmones, descanso para el pensamiento!

Como el joven labrador, alto y gallardo, colorado y rubio, casi un chico, deberían salir junto al camino todos los que saben, todos los que pueden enseñar; deberían todos mostrar su arado.

No importaría que la rutinaria tradición pasase orgullosa, altiva y rígida, ceñuda e impasible, sin oír la palabra ni mirar los ejemplos... Siempre habría quienes se detuviesen para oír y para ver; para ver el arado de doble reja, que fecunda la tierra poderoso; para oír la palabra que siembra ideas... Y los discípulos se convertirían en apóstoles, y de parcela en parcela, de cerebro en cerebro, se extendería con avance seguro el reinado de las máquinas poderosas y de las ideas fecundas.

(21 Febrero 1903)

VIENDO ENTRAR A LA VIRGEN

Poco a poco van llegando los «pasos» de la procesión, precedidos de doble hilera de nazarenos encapuchados, abriéndose camino difícilmente por entre el gentío que llena la plaza y rebosa por las calles inmediatas.

Vibra en el aire el sordo murmullo de la multitud, que se agita y se amontona, estrujándose, envuelta en la oscuridad de la noche apenas interrumpida por unos cuantos faroles mortecinos y las lámparas eléctricas, que formando una cruz, brillan sobre la puerta del templo. En los ventanales de Calderón y en los balcones de las casas, racimos humanos apretándose sobre los barandales, presencian el regreso del Santo Entierro.

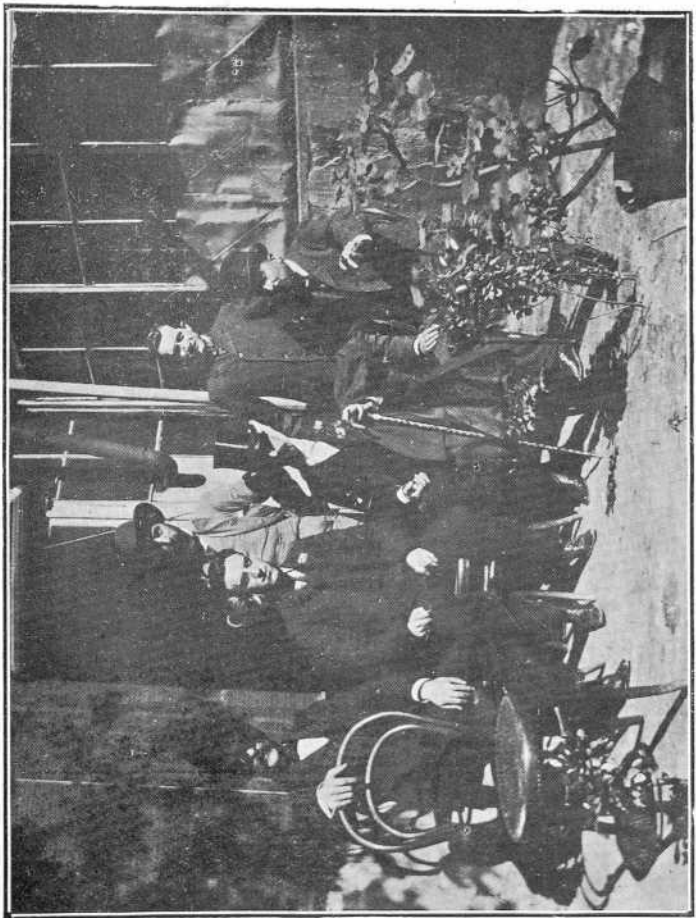
Siguen llegando los «pasos»; el Cristo «de los Carboneros», dolorosamente hermoso, bamboleándose sobre las andas; el Descendimiento, el «Reventón», sobre ruedas hendiendo la multitud, que oscila estrujándose violenta para dejar plaza al armatoste enorme; la «Cruz desnuda», colgando de sus brazos el sudario y apoyándose en ellos todos los mortales atributos de la Pasión.

Luego, en filas interminables, los seminaristas, los cofrades, el clero con sendos cirios en la mano—un reguero de luz, cortando la negra ola humana, que se agita en la plaza.

El Sepulcro, a hombros de sacerdotes, escoltado por fornidos «gastadores», con el ros caído sobre la espalda y el mauser a la funerala. Y tras el Hijo muerto, la Madre dolorosa. Sobre las andas, resplandecientes de luz, la escultura maravillosa de Juan de Juni.

...Cuando era niño, mi madre me llevaba todos los años «a ver entrar la Virgen». Y en el momento en que, ante la puerta de la iglesia, volvían hacia el pueblo la Dolorosa, me alzaba en los brazos para que la contemplase, y me decía: ¡Hijo, pídele, pídele a la Virgen que te haga bueno! —Y yo lo pedía: «¡hame beno!», con mi lengua de trapo; muy quedo, muy bajito, como hablaba mi madre al dormirme en su regazo.

—Lo que en ese instante se le pide a la Virgen lo con-



1903

cede siempre. ¡No lo olvidéis!—me decía mi madre volviendo a casa.

Yo no lo olvidaba.

Seguí yendo «a ver entrar la Virgen» y a pedirla que «me hiciera bueno».

Un año la pedí que «me sacasen» de la escuela.

Fuí creciendo, y todos mis anhelos volaron sucesivamente hasta la Virgen dolorosa en peticiones sencillas.

Un Viernes Santo—¡qué horrible!—mi madre se moría. Mi padre lloraba arrodillado junto al lecho en que la pobre agonizaba; mis hermanitos vagaban por las habitaciones, mudos, con el rostro asombrado, presintiendo, sin comprender, que algo muy triste flotaba sobre ellos. Yo me acordé de que era Viernes Santo; oí muy lejano el lento sonar de una marcha fúnebre, y me escapé de casa; corrí, corrí como un loco; llegué a la plaza de las Angustias jadeando; a fuerza de fuerza, logré atravesar la muralla humana y ponerme el primero, entre un municipal y un cofrade, junto a la Virgen, que en aquel instante se volvía hacia la multitud; y clavando mis ojos llorosos en el rostro doliente de la imagen, con fe de niño, anhelante, trémulo, la pedí que «pusiera buena» a mi madre—muy quedo, muy bajito, como cuando ella me alzaba en sus brazos para que rogase...

Cuando ya fuí hombre seguí pidiendo: ilusiones de gloria, ensueños luminosos de castos amores; a veces lenitivo al dolor, alivio a la amargura.

Luego, el trajín de la vida me llevó muy lejos; y en la lucha rudísima fueron cayendo, uno tras otro, mis ilusiones, los ensueños de amor, las esperanzas; fué adormeciéndose el deseo, hundiéndose el espíritu en la neblina gris del tedio de una vida sin objeto...

Y ayer volví.

Volví a la plaza que inundaba el gentío; esperé entre curioso y distraído, el momento solemne; y cuando al son majestuoso de la Marcha Real, a la luz ofuscante de las bengalas, apagándose el murmullo ronco de la multitud, la Virgen volvióse hacia el pueblo, la expresión trágicamente dolorosa, dolorosamente divina de su rostro, me hizo enternecer, sentí extrañío escalofrío dentro, muy dentro, donde duelen las penas, donde vibra el amor; sentí que la fe pura

del niño resucitó en mi pecho, y clavando mis ojos en la Madre dolorosa, otra vez fuí a pedirla, a pedirla como antes... Pero mis labios no se movieron.

¡No supe qué pedir!

(11 Abril 1903)

MI CALENDARIO Y YO

Esta mañana sustituí el calendario agotado del año viejo por el del año nuevo. Le he colgado en la pared frontera a mi mesa de trabajo: y contemplándole siento viva emoción.

Será mudo testigo de mi vida durante todo un año, y las hojas superpuestas de su «taco» señalarán mis alegrías y mis dolores, mis amarguras y mis bienandanzas.

Hoy son todavía esas hojas un misterio, el misterio insondable del futuro.

«Cuentos—Charadas—Chascarrillos», reza en letras gordas la envoltura del «taco», como si nos quisiera adelantar un poco del mañana.—La vida se compone de todo eso: cuentos plácidos y cuentos dolorosos; chascarrillos alegres que hacen reír y chascarrillos irónicos, con amarga, cruel ironía, que hacen llorar...; y a ratos, sin risa y sin llanto, sin cuentos que alegren ni cuentos que duelan; la vida es oscura, es enigmática, como una charada cuya solución está del otro lado, más allá de la muerte.

Hacia esa misteriosa región parece mirar con sus ojos estáticos la mujer adorable pintada sobre el cartón del calendario.—Es una mujer rubia, deliciosamente rubia; los ojos grandes, muy grandes, rasgados y negros, iluminan con llamaradas de pasión poderosa y resplandores de anhelo infinito, el rostro rosado de dulces líneas, acariciado por las masas doradas de cabellos rubios en que la luz juguetea amorosa, arrancándoles metálicos reflejos.

Parece que su mirada inmóvil penetra en el misterio del futuro; y yo, inconscientemente, la sigo con el pensamiento hacia aquellas regiones ignoradas, e imagino que veo, amontonados como las hojas mudas del calendario, muchos días larguísimos de dolor sin consuelo, pocos días brevísimos de dulzura; muchas esperanzas rotas, muchas ilusiones muertas; afanes inútiles, anhelos estériles, empresas malogradas; a trechos, salpicando de luz el montón negro de las amarguras, tal cual fugaz alegría; y lejos, muy lejos, envuelta en bruma que la hace ilegible, la fecha donde acaba el tiempo y la eternidad empieza, la fecha suprema que tal vez esté entre las hojas de mi nuevo calendario...

¡Mi calendario! ¡Mudo testigo, que me cuenta la vida, día por día! ¡Impasible espectador de mis alegrías y de mis pesares! ¡Misterioso montón de fechas que hoy no son nada, y serán mañana efemérides dolorosas o alegres, cómicas o trágicas!

Entre él y yo comiézase a librar duelo terrible.—Si mi mano llega a poder arrancar su última hoja, irá vencido mi calendario al cesto de los papeles rotos, tumba mezquina de lo que es ya inútil. Si no puedo arrancarla, seré yo quien caiga derrotado. ¡Es duelo a muerte!

(2 Enero 1903)

AL MEDIODIA

Para Julio de Pincia

Suelo buscar aire puro y luz vivificadora para mi cuerpo y descanso y alivio para mi alma, paseando solitario por las alamedas onduladas de los jardines del Campo Grande.

El parque formado a fuerza de trabajo y de dinero en lo que fué polvoriento erial, constituye delicioso oasis en que descansar del ajetreo abrumador de la vida urbana.

Hay en él calles sombrías, frescas y húmedas bajo el toldo espeso de los castaños de Indias, por entre cuyas hojas palmeadas apenas si algún tenue rayo del sol logra penetrar; hay paseos soleados, que bordean altísimos chopos, cuyas copas puntiagudas apenas dan sombra a los rosales enanos que a sus pies florecen; hay plazoletas misteriosas, con fuentecillas bullidoras y rústicos asientos labrados toscamente en viejos troncos; hay frescas grutas en que el agua, brotando de la roca, cae desde lo alto acariciando las estalactitas y bañando las colgantes guirnaldas de yedra, rebota violenta sobre las estalagmitas achatadas y se pierde después en el lago dormido que pueblan pececillos de colores y surcan albos cisnes majestuosos; hay rincones escondidos entre las mil revueltas de los paseos... Solitarios rincones deliciosos que convidan al ensueño. Rinconcitos floridos, que guarda el parque para sus «íntimos»; para los que a menudo le visitan, para los que en él buscan a diario esparcimiento o reposo.

En un recodo del estrecho paseo, tras espeso bosque de laureles reales y de pinabetes, tengo yo «mi» rincón: un banco, rodeado de jazmineros que se encaraman sobre recios bojes, cobijado bajo un grupo de acacias de redondas copas.

Cuando el paseo me fatiga, allí descanso.—El sol primaveral hunde sus rayos de oro entre el follaje de las acacias verdes, dibujando en la arena del paseo múltiples circuillos de luz aureolados de penumbra, que aquí semejan animales monstruosos, allá dislocados arbustos, más lejos extraños caprichos de vidriera, y a veces fantástica danza de luces y sombras, si el aire agita leve las ramas frondosas. Contemplo distraído los contornos caprichosos de las som-

bras; con la contera del bastón trazo maquinalmente rayas y rayas sobre la arena, mientras llega a mi oído el bullicio de la turba infantil, que juega alegre en la glorieta próxima... Y sus risas y gritos, como brisa apacible, agitan las dormidas aguas del hondo lago de mis recuerdos.

Ayer encontré ocupado «mi» rincón.

Era la hora en que el parque frondoso se convierte en comedor: un comedor incomparable, del que sólo disfrutaban los humildes. Allí sobre los bancos, no se come más que cocido.

Durante el buen tiempo, desde poco antes del mediodía, apenas si queda banco desocupado.

Las madres, las esposas, las hijas de los obreros, van tomando sitio y esperando con la cestita de la comida a que salga «su hombre» del trabajo.

Cuando el obrero llega y se sienta a su lado, tienden la blanca servilleta sobre el asiento, distribuyen los cubiertos de peltre, colocan en el suelo la botella y, mientras él corta el blanco pan muy «metido en harina», ella vuelca en el hondo plato de loza basta el humeante contenido del puchero.

Comen plácidamente, hablando de la casa, del trabajo; de los chicos que hacen diabluras correteando; de «los viejos» que soportan a duras penas los achaques.

Cuando la frugal refacción ha terminado, recoge la mujer los cachivaches, enciende el hombre su cigarrillo y los dos esperan, charla que charla, el aviso estentóreo de la sirena o las campanadas del reloj de Santiago que llaman al trabajo.

Y el grupo se deshace: él marcha lentamente hacia el taller; ella, con la cestita al brazo, hacia el hogar humilde...

Los que ayer ocupaban mi rincón predilecto, eran una chicuela y un obrero.

El, un joven vigoroso, fornido; el rostro inteligente, atezado por el calor del horno, ennegrecido por el polvo del carbón. Ella, una muchachita desmedrada y pálida; el mirar lánguido y dulces los ademanes; para niña, demasiado alta, demasiado formal; para mujer demasiado niña. Los dos vestían de luto.

Habían acabado de comer; el padre fumaba, chupando maquinalmente el cigarrillo, inclinado al suelo el rostro; la

niña metía cuidadosamente la vajilla en la cesta, mirando sin mirar la florida espesura del bosque frontero.—Ninguno hablaba.

Sobre ellos parecía cernerse una gran pena.—En el grupo faltaba la madre.

Les contemplé un buen rato atentamente, desde un banco cercano, y el dolor que hacía languidecer sus rostros me llenó de tristeza.

Aulló estruendosamente la sirena; los dos se levantaron: el padre besó amorosamente la frente de su hija; la muchacha devolvió con fruición la paternal caricia.

Se separaron: la niña, cesta al brazo, se internó bajo la bóveda verde de los castaños, mirando con ojos curiosos, a través de una hilera de rosales, el grupo alegre de chiquillas retozonas que en la glorieta próxima corrían y saltaban... El obrero siguió el camino opuesto; dos o tres veces volvió la cabeza; al llegar a la revuelta del paseo tortuoso, se detuvo para mirar de nuevo amorosamente a la hija que se alejaba; de pronto arrojó la colilla con brusco ademán, y como arrancándose a una atracción misteriosa, continuó su camino apresurado...

Yo le vi alzar el brazo y, con la manga de la blusa, limpiarse una lágrima.

(23 Julio 1903)

EN LAS MORERAS

Cae la tarde. Un vago claror blanquecino tiñe por el Poniente el cielo, irisando los bordes deshilados de un nubarrón parduzco, mientras hacia el oriente brillan sobre el azul opalino el argentado disco de la luna y unas cuantas estrellas vespertinas.

La sombra va invadiendo las orillas del Pisuerga, cuyas turbias aguas levantan gigantesco murmullo al saltar por la presa del batán y se deslizan luego silenciosas y lentas por el ancho remanso.

A través de las masas de árboles desnudos, cuyas ramas sin hojas se retuercen en el aire como esqueléticos brazos de atormentados, divísase desde el paseo alto de las Moreras las blancas pilastras del Puente Mayor, la mole oscura de la fábrica de electricidad, rematada por altas chimeneas; los viñedos de la Huerta del Rey, blanqueados por larga hilera de cipreses que alzan al cielo sus copas puntiagudas... Al volver, para desandar lo andado, el paseante vislumbra, también, a través del laberinto grisáceo de troncos y ramas, los desconchados paredones del Hospicio, que coronan pesadas torrecillas con anchos ventanales; los muros rojizos del convento de Santa Catalina, el ábside elegante de la vieja iglesia de San Agustín, los cobertizos del cuartel de Artillería, de plumiza techumbre... Y al detenerse un momento, en su monótono ir y venir a lo largo del salón enarenado, los ojos distraídos ven abajo los paseos devastados, con anchos claros que abrió el hacha taladora; la orilla cascajosa, la sábana anchísima del río, que lame mansamente las riberas... Y arriba la zanja del alcantarillado, bordeada de largos montones de tierra húmeda; y la embarrada carretera, por la que pasan, de tiempo en tiempo, carros, de los cuales cinco o seis caballerías tiran; camiones grandotes, que trepidan ruidosamente sobre la grava, y algún coche ligero, que corre veloz carretera adelante...

El paseo anchuroso, que antaño fué poético teatro de los galanteos de nuestros abuelos, está ahora abandonado. Le alegran, en primavera, los quintos que aprenden, a fuer-



1910

za de voces de mando, la instrucción, y en verano, las familias humildes que bajan al río para tomar baños; pero en invierno únicamente interrumpen la soledad silenciosa de aquellos parajes algún cazador reumático que pasea sus perros aburridos, algunos militares retirados que recuerdan «sus tiempos», algún cura solitario y, a las veces, alguna pareja de enamorados que en las desiertas calles de árboles desgrana su idilio...

Ayer, unos hombres rudos, encaramados en lo alto de las copas, podaban las acacias y negrillos, haciendo caer al golpe de sus hachas el ramaje seco; y unas mujeres y unos chicos pobrementemente vestidos recogían afanosos aquella ramera, que el Municipio abandona a quien quiera llevarse-la. Una piadosa limosna disimulada, y tan discreta, que, quienes la reciben, acaso se figuran usar de un derecho y no conoce a quién el que la hace.

Para la poca leña echada al suelo por los podadores, eran muchas las mujeres y muchos los chicos que al pie de cada árbol se afanaban en recogerla, en juntarla en haces, en atarla con sogas nudosas, en cárgarsela a la cabeza o a la espalda.

Cuando salió la luna dejaron su faena los podadores; los chiquillos y las mujeres se apresuraron a recoger las últimas ramas y a atar los últimos haces...

Dos muchachas, pálidas de anemia, desmedradas, disputaron; la una, menos pobre, a juzgar, por sus vestidos, había arrebatado un recio tronco del montoncillo formado por la otra. Y ésta, echando atrás el busto, cruzado por un viejo mantoncillo de flecos malos, la gritaba desafiadora: —¡Loba, más que loba! ¡Ladrona!

La injuriada avanzaba amenazante: —¡Pingo! ¡Hambroña! ¿Te he «quitao» yo algo?

—¡«Too» lo que llevas! ¡A ti no te hace falta! ¡Señorítin-ga!—. Y se plantó junto a su haz tirado en tierra, amenazando también.

Siguieron injuriándose con las palabras, con los ojos encendidos de cólera, con los ademanes. Los chicuelos desarra-pados, olvidando su tarea, formaron corro en torno a las muchachas, y las azuzaban. Una mujer embarazada, flaca, envejecida, las manos secas como sarmientos, intervino en la disputa a tiempo en que las reñidoras asestaban las uñas

a los moños, y logró a duras penas separarlas. El podador, en tanto, se descolgó del árbol, contempló un instante la escena y se alejó indiferente, paseo abajo, con su hacha reluciente colgada de la cintura. Un chiquillo, pequeñín y rechoncho, con la boina enorme calada hasta las cejas, embutido en unos pantalones demasiado grandes y en una chaquetilla demasiado estrecha, miraba con aire de inocente estupor, muy abiertos los ojos expresivos, a las muchachas que reñían, a los chicuelos que las azuzaban, a la mujer que ponía paz, al podador que se alejaba...

Luego, se fué apagando en el Poniente el claror blanquecino del crepúsculo, resplandeció más intensamente la luna en lo alto, surgieron en el ópalo del cielo estrellas fulgurantes; se iluminaron con resplandores azulados las ventanas de la fábrica de electricidad, empenachándose de humo negro sus chimeneas; acá y allá, sobre el puente, en las casas lejanas, entre los árboles de la carretera, lucieron focos verdosos y focos amarillentos; el tren de Ríoseco pasó, despacio, trepidando sordamente; en el cuartel sonaron unos vibrantes toques de clarines... Los chicos echáronse sus hacas a la espalda, las mujeres y las muchachas se los cargaron a la cabeza y unos y otras se alejaron, poco a poco, hacia el puente, hacia el cuartel, hacia el Hospicio, en busca de sus hogares pobrísimos, pensando, sin pensar, en el calor apacible de la fogata llameante que encenderían gozosos al llegar con la leña recogida.

Y el viejo paseo abandonado, en que nuestros abuelos se dijeron amores, tornó a quedar solitario, envuelto en la sombra...

(21 Enero 1905)

¿QUIÉN QUIERE ROSAS?

He ido ayer a la romería. Estaba alegre la tarde, luminosa y tibia, y me aguijaba el deseo de volver a la devota ermita campesina y presenciar de nuevo la fiesta bulliciosa; sentía un vago anhelo de vivir nuevamente aquellas emociones de fervor pristino y aquellas otras de alegría juvenil, fuerte y sana, que tantas veces despertó en mí la popular romería.

¡Han pasado tantos años desde entonces! Lejos y solo, evocé muchas veces el espectáculo de la pradera, animada por el gentío inquieto y el estruendo loco de gritos, músicas, silbatos y campanas... Evoqué muchas veces aquel altar humilde de la ermita, repleto de luces, que bañan en pálida claridad la imagen de la Virgen con Jesús en los brazos. Y al evocar la muchedumbre de recuerdos confusos de aquellas mis romerías juveniles, surgía siempre, como sonrisa luminosa de la juventud, el de aquellos canastos de rosas—rosas vulgares de las que crecen en los vallados de las huertas, en las lindes de los recuadros de hortalizas; rosas de fuerte fragancia, de color violento—que unas mujeres cincuentonas y unas chicleas casi niñas ofrecían a los romeros, junto a la puerta de la ermita, gritando agudamente: «¿Quién quiere rosas?».

Yo compré muchas veces muchas de aquellas rosas campesinas, para formar con ellas ramos toscos, que la piedad y el amor convertían en ofrenda de fe para la Virgen y en amorosa ofrenda para la amada. ¡Hace tantos años!

Ayer volví. Un tranvía me dejó ante la cerrada puerta del Cementerio.

Recorrí el breve camino que se abre entre el triste tapial encalado y un campo de guisantes, cuyas matas verdes esmaltan diminutas florecillas blancas, seguido de un barbecho, cuyos surcos pelados parecen secar al sol sus lomos parduzcos. Y llegué a la pradera.

A los dos lados del paseo que bordean unas cuantas acacias raquílicas, había tenderetes cubiertos con viejas colchas de percal, buñolerías ambulantes, puestos de ave llanas, y naranjas, y rosquillas, y pintarrajeadas efigies de barro, y silbatos ornados de flores de papel. Más lejos, ba-

rracas sobre cuyas puertas rezan toscas inscripciones en letras colosales, columpios que agitan como péndulos sus barquichuelos contrahechos, «tío vivos» que giran aloca-dos. Y allá, cerca de la carretera, corros enormes de bai-larines que brincan en torno de una dulzaina, de un or-ganillo o de una murga; y más lejos, en el ancho camino polvoriento, coches y carros alineados que esperan a sus dueños.

La gente—una muchedumbre abigarrada, en que se en-tremezclaban la nota oscura de los trajes masculinos y los vivos colores de los femeninos trajes—iba y venía por la pradera anchurosa, llenando el aire con el sordo mur-mullo de sus voces.

A la puerta del templo dos hileras de mendigos pedían limosna con voces plañideras, roncas o agudas. —¡Que la Virgen del Carmen les dé a ustedes salud!

Los devotos entraban y salían lentamente, empujándo-se; muchos se detenían junto a la puerta... Yo también me detuve. Miré a todas partes. ¿Dónde estarían aquellas mu- jeres y aquellas chicuelas que vendían rosas?

No había ninguna. Y sintiendo que un hondo desencan-to me invadía, entré en la ermita.

Llenaban los fieles la extensa nave. Los hombres, en pie, parecían buscar inconscientemente el apoyo de los pilares y de las verjas de las capillas. Las mujeres, arrodilladas, rezaban en voz baja. Muchas cubrían su cabeza con el mo- quero. En los bancos había devotos que miraban distraí- dos; alguno dormitaba. Un irreverente ruido confuso de voces quedas, de pisadas, de risas contenidas, turbaba el si- lencio.

Tras la barandilla erizada de cirios encendidos, cuyas llamas amarillentas oscilaban chisporroteando; en el altar, engalanado sencillamente, la imagen de la Virgen—ama- ble, dulce, de mirar piadoso—aparecía bajo un arco bri- llante de hojas doradas. Un rayo de sol, entrando por los cristales multicolores de un ventanal, envolvía la efigie en un nimbo de luces rojizas, violadas, azules, que hacía pa- lidecer las mortecinas llamas de las velas y arrancaba a los bruñidos candeleros destellos irisados.

Tampoco en el altar había rosas. La Virgen y el Niño tenían en sus manos flores artificiales.

Y se hizo más hondo mi desencanto. Ni la fe ni el amor ofrecían ya rosas.

Salí; salí de prisa; crucé presuroso la avenida polvorienta que bordean raquíticas acacias; seguí el camino breve que se abre entre los campos y la tapia encalada del Cementerio... Y miré curioso por la cerrada verja del Camposanto, para ver si la muerte tenía rosas, ya que no las llevaban a la romería ni la fe ni el amor.

(12 Junio 1905)

LA IRRUPCIÓN DE LA INQUIETUD

Cuesta arriba, por la carretera polvorienta que tiende por la pendiente suave de la ladera la cinta ondulada de su blancura, camina lento, al paso perezoso de sus mulas, el carro campesino. Las llantas férreas de sus anchas ruedas hacen crujir la grava, bajo el polvo; chirrían, a ratos, con agrio chirrido, sus ejes mal engrasados; oscila reciamente la vacía bolsa, golpeando el tablero y haciendo sonar sordamente las cadenas, cuando en un bache el carro se bambolea; las tablas, mal unidas, de las teleras, rechinan a cada vaivén; suenan, con un vibrar reposado y apacible, las esquilas que cuelgan de los collarones; y a veces se agitan en un alegre repiqueteo, cuando un tábano molesto hace a las mulas sacudir la cabeza. De rato en rato, se oye un «ioooh!», somnoliento, del carretero, que dormita, tendido sobre unos sacos vacíos, en el fondo del carro... Deja atrás una vieja casa de labor, abandonada, ruinosa ya, sobre cuyos tapiales, de adobes desmoronados, ponen un florido epitafio los jaramagos. Poco a poco va ganando la cuesta, y se entra en el pinar, eternamente verde, que cubre, con la muchedumbre innumerable de sus pinos altivos, el llano inmenso de la meseta, de valle a valle.

Es solemne la calma. El sol, que esplende ofuscante en el ópalo infinito, inmaculado, del cielo, hunde por entre las copas redondas de los pinos sus resplandores áureos, tejiendo un laberíntico encaje de sombras sobre la tierra, en que las yerbas que florecieron con la primavera añarillean ya. El aire, aprisionado bajo el frondoso techo de las copas que entrelazan sus ramas hirsutas y entre la interminable sucesión de los troncos que se confunden en la lejanía, se impregna de la suave emanación de las resinas, de los balsámicos aromas del tomillo que corona su verdor plumizo con florecillas blancas; del cantueso, que yergue sobre sus matas redondas los madroños morados de sus flores; del romero, que viste la pompa verde de sus ramos puntiagudos con una floración violada...; del áspero aroma de la ruda, del vago perfume de las campanillas azules y blancas, de las margaritas doradas, de los quitameriendas rojizos, de las mil rústicas flores innominadas que

el sol marchita ya con sus besos de fuego... El aire, tibio y quieto, es bálsamo aromado que acaricia las fauces al respirarle.

En la calma solemne late el silencio: el silencio, poblado de mil rumores tenues, que el rozar de un breve vuelo, el crujir de una rama, el chillido de una pajarota, rompe a veces. El silencio, que saben oír en el campo los sanos de alma; no aquel silencio que en la ciudad dormida, bajo la sombra de la noche callada, pesa como algo muerto, sino el silencio agosto, que cobija, con unas alas invisibles e ingravidas, la fecunda gestación misteriosa de la naturaleza...

De pronto, como el eco persistente de un trueno lejano, se oye un afanoso trepidar violento, que por instantes crece; luego rasga el aire un zumbido áspero y recio, prolongado, cual temeroso quejido del viento en noche de fantasmas; y un instante después, avanzando vertiginoso tras el carro, aparece con estruendo atronante, entre una nube cenicienta de humo y polvo, un automóvil que pasa como una tromba y se aleja raudo, carretera adelante, dejando en pos una asfixiante polvareda, que hiede a gasolina.

Al lejano estruendo temeroso, las mulas aguzaron las orejas y se pararon luego, alargando el pescuezo, tensas las patas nerviosas, en actitud de romper en pronta huida. El campesino salió sobresaltado de la dulce somnolencia, se incorporó rápido y se apeó de un brinco por la zaga, requiriendo la tralla; un momento se tambaleó en el suelo, afirmóse brioso, avanzó corriendo, tropezó en un acopio y, blasfemando entre dientes, asió reciamente del ramal a la mula de varas, en el momento mismo en que pasaba el auto con aturdidor estrépito, dejando carretero, carro y mulas envueltos en una estela polvorienta y mal oliente...

La mula delantera, apenas pasó súbitamente el vehículo trepidante, dió una huida, y saltando la cuneta se metió en un sembrado, arrastrando tras sí, en violenta media vuelta, a la mula de varas. Colgóse del ramal el carretero, con rudo esfuerzo, gritando entre votos y tacos furiosos: «¡Sooo, mula, so!», y descargándola sobre las costillas recios varazos. Una rueda tropezó en un montón de grava, giró sobre ella el carro, metió la otra en la cuneta y quedó atascado...

Y contra la máquina veloz, humosa y atronante, ya desaparecida a lo largo de la carretera, entre la muchedumbre laberíntica de los pinos, y contra los que corrían en ella con rapidez vertiginosa, lanzó el campesino una sarta, larga y furiosa, de denuestos y maldiciones, sazonados con tacos y blasfemias, mientras hacía volver las espantadas mulas al camino y sacaba del atranco su pesado carro.

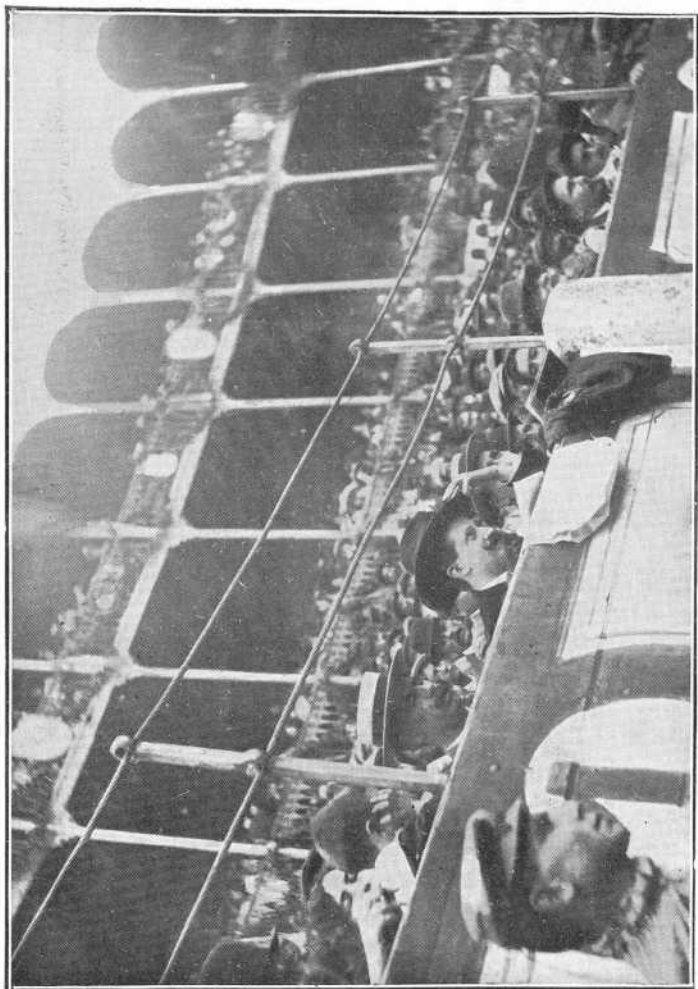
¡Correr, correr! ¿Pero es que hace falta correr así por las carreteras, con esos automóviles del diablo, echando humo y levantando polvo y espantando con el estruendo los ganados de los hombres de bien que andan el camino con sus carros...? ¿Qué gentes son esas, enfundadas en hule y lona, tapadas con caretas y anteojeras, y a dónde van tan corriendo que irrumpen, con la inquietud de sus máquinas estruendosas, la paz de los caminos...? ¿Es que ya no se puede caminar sosegado, ni descabezar un sueño cuando se va de vacío y el ganado está hecho a la carretera...?

No, buen labriego; ya no. Ni por los caminos, ni por la vida, se puede ya ir tranquilo. Se acabó el sosiego y el dormir perezosamente, dejándose llevar por la inconsciencia de las bestias. La inquietud ha hecho irrupción en la vida y en los caminos; y ya no hay paz.

Ya el silencio augusto de los campos se turba a cada instante, con el trepidar violento de las máquinas y el zumbiar y sonar de las bocinas; y el aire quieto, en el seno fecundo de los pinares, se estremece con el estrépito de los ruidos nuevos que rasgan el silencio, y se enturbia con el tufo acre que despiden esos autos veloces y con las estelas de humo y polvo que dejan en pos.

Y a una turbación sigue otra en seguida. Y pasan incasantes automóviles e ideas, cada vez más rápidos, como si se afanasen por alcanzarse. Y no hay quietud en las almas ni en los caminos; y el que se duerme perezoso, en la carretera o en la vida, despierta derribado en el suelo, con el carro volcado en la cuneta...

(5 Julio 1910)



1912

LAS ACEÑAS DEL PISUERGA

El paseante que, al caer de la tarde, una pálida tarde invernal, de cielo blanquecino y tibia luz grisácea, dirige sus pasos hacia el viejo puente que sobre el manso Pisuerga tendió Pero Ansúrez y que modernos ingenios transformaron, como otros mil de cien generaciones cambiaron la ciudad; el paseante, digo, que dejando atrás la miserable judería y el alegre campillo de San Nicolás, llega al Puente Mayor y, asomándose al férreo barandal, se queda un rato contemplando la tabla de San Roque, presta a sus ojos el suave deleite de un bello paisaje.

Se refleja en el claro cristal de las tranquilas aguas el difuso resplandor del cielo en el Poniente, y a un lado y otro alzan sus copas alargadas los altos chopos, desnudas de hojas, en que se erizan las orillas. Por entre los escuetos troncos se dibuja en la Huerta del Rey la silueta rojiza de una fábrica parada: era ayer fuente milagrosa de luz, que llevaba a la ciudad chorros brillantes con que romper las tinieblas de la noche, y cuando la tarde moría, la enhiesta chimenea se empenachaba de negra nube de humo y la oscura mole de los edificios se vestía de luces doradas, como de una diadema centelleante; ahora, la fábrica duerme, como muerta, en la ribera, mirándose en el espejo movedizo del río, y se abisma en la sombra de la noche, sin una voluta de humo, sin un destello de luz.

A la opuesta orilla, sobre el ordenado laberinto de chopos que pueblan el pradillo de San Roque, se recorta en el cielo plumizo la quebrada línea del caserío de la ciudad, y muestra, delante, su robusta esbeltez el ábside primoroso de San Agustín.

Abajo, la presa quiebra oblicuamente el limpio cristal de las aguas mansas, y en el ángulo, en que apoya sus restos desmoronados un roto puentecillo, se alzan las pétreas ruínas de las aceñas...

Fueron molino: siglos y siglos voltearon sus redondas piedras, moliendo el rubio trigo del ancho valle que el Pisuerga baña. Fueron batán: lustros y lustros golpearon

sus mazos con estruendosa pesadumbre las mantas, las bayetas, las fofas telas tejidas con el caliente vellón de las churras que pastan en los páramos... Fueron bomba impenetrable: un año y otro, impulsaban el agua hasta el alto depósito, pintado de rojo, que se destacaba sobre los tejados de las Arrepentidas, y desde el cual, por la red complicada de ocultas tuberías, bajaba impetuosa hasta las fuentes y las bocas de riego para saltar gozosa en alegres surtidores.

Bomba, batán, molino... Ahora, de estas aceñas de larga vida, laboriosa y varia, no quedan más que unos muros desmoronados, unas piedras derrumbadas, que el agua acaricia con un húmedo beso inacabable...

Las besa unas veces, en los días serenos del estío y del otoño; pero en estos días, en que la lluvia anega la tierra y la azota el viento con asolador ímpetu, y la riada trae furiosa su turbio caudal formidable, el agua rojiza, salpicada de barrosas espumas, salta sobre las ruinas con fiero estruendo y las maltrata con su violencia.

Esta tarde, desbordado el río, asaltaba el soto frondoso de la Huerta del Rey, invadía el Pradillo de San Roque, corría impetuoso por las Moreras, y de las aguas turbias, espumeantes, que arrastraban ramas y troncos y restos informes, sobresalían en las orillas las hileras de chopos desnudos, alzados al cielo, y en medio las crestas rotas de los rotos muros de las aceñas... Y el claror blanquecino del Poniente, se extendía sobre la furia de las aguas, como una mirada de piedad del cielo.

(8 Febrero 1912).

MOTIVOS DE «LA PASIÓN»

Desahucio.—Por los huecos de la valla tosca salen dos hombres llevando a cuestras una dorada columna de retablo. Están de par en par abiertas las dos puertas, y no sólo los postigos. La luz cruda, y el aire y el ruido de la calle entran en el templo; y bajo la bóveda barroca resueñan voces profanas y martillazos. Es que «la Pasión» se hunde, y la ruína ha desahuciado de la sombría iglesia penitencial a las imágenes y los altares.

Ya no queda nada. Bajo el techo deformado de la nave, bajo la resquebrajada media naranja del crucero, bajo el arco roto del presbiterio no hay más que montones de maderas carcomidas, restos informes de tallas doradas, cascos, polvo... El camarín de la Virgen dolorosa está vacío; descarnadas las paredes laterales del crucero; en la sacristía sólo queda en pie, entre los escombros, un viejo facistol derrengado.

Se han llevado a San Quirce las efigies devotas... El trágico Nazareno, vacilante, a quien el Viernes Santo ayudaba a llevar su cruz el Cirineo, mientras lloraba la Verónica, el sayón de la soga tiraba despiadado y el soldado de la coraza refulgente soplabá en su trompeta; el Cristo del Perdón, desnudo ya para la cruz, arrodillado sobre las piedras del Calvario, la faz hacia lo alto, los brazos abiertos en supremo ademán de misericordia; el Jesús de la columna, la espalda desollada por los azotes, las manos atadas, el rostro dolorido; la Piedad, bajo la cruz, traspasado el pecho por todos los dolores, mojado el rostro por las lágrimas...

Se han desarmado y puesto a buen recaudo los cuadros, las cornucopias, el retablo, los altares...

Calaveras.—De uno de ellos está todavía allí la mesa, volcada al pie de la hornacina. Sobre el borde de ésta, alineadas por manos reverentes, nos miran con sus ojos vacíos siete calaveras. Una es de un niño. Otra alarga, como en un gesto irónico, sus colmillos desmesurados; las demás no tienen dientes. Abajo, en el suelo, en el hueco que dejó la

mesa de altar, revueltas en el polvo, hay otras cuantas calaveras rotas, entre un montoncillo de fémures y tibias. No hay esqueletos; no hay más que esas calaveras y esos huesos, con que gubias y pinceles suelen expresar la idea de la muerte. No es un enterramiento.

Los demás huesos, que con esas calaveras y esas tibias y esos fémures, formaron cuerpos humanos, Dios sabe dónde estarán. Trajéronse, sin duda, éstos aquí siglos atrás, para que los hermanos de las cofradías, en sus reuniones rituales, meditasen sobre la única verdad tangible de la vida, que es la muerte.

Años y siglos esas calaveras, con sus bocas mudas e inmóviles, han dicho a muchos hombres la suprema lección, que acaso no supieron en vida los mismos cerebros que en ellas se alojaron; y lo que apenas es resto ínfimo de la materia, ha elevado las almas hacia la más alta espiritualidad.

Ahora, esa tarea póstuma termina. Las calaveras y los fémures y las tibias, volverán definitivamente al polvo.

Humildad.—También entre las maderas podridas de los viejos altares, ha parecido el cadáver acartonado de una garduña. No huele a algalia ya, sino a carroña; hedor de muerte, en vez de aroma de fecundidad. Entraría en el segrado lugar este cazador furtivo persiguiendo a los pájaros que hacían nido entre bóveda y tejados, y la muerte castigó su saña. O tal vez entraría para limpiar el templo de ratas y ratones, colaboradores de polillas y carcomas en la tarea destructora; y la honrada muerte y el honroso sepulcro, entre doradas tablas, fueron su premio.

Ejemplo que puede movernos a humildad este de la garduña momificada, sepultada junto al altar mayor—como príncipes, infanzones y fundadores—no sabemos si en galardón de sus hazañas o en castigo de sus garduñerías.

Arriba.—Sobre la bóveda barroca de la nave, hasta igualar la altura del crucero, se abre la sala de las cofradías. De tres sé: la del Cristo del Perdón, la del Cristo de la Columna, la de la Paz y Caridad. Fueron ricas y son pobres. Poseen, no obstante, dos joyas inestimables: las dos dramáticas esculturas de Gregorio Fernández, que con la del Nazareno, son lo máspreciado del tesoro de la Pasión.

La Paz y Caridad, por la humanización progresiva de los tiempos, apenas si tiene ocasión de cumplir su primera misión piadosa: asistir a los condenados a muerte y darles sepultura. Años y años suelen estar, por dicha, sin servicio el crucifijo y los candelabros y el féretro negro de terciopelo, y ociosos los cuarenta caritativos cofrades. Han pasado muchos lustros desde que—niños todavía los que ahora somos hombres—sentíamos correr por la espalda el frío del terror al oír en las calles la tétrica campanilla de los hermanos de la Paz y Caridad, que iban pidiendo limosna para misas «por los que van a ajusticiar».

Ahora está vacía la gran sala. Un trozo de ella, convertido en casa del sacristán por obra de unos mezquinos tabiques. En un rincón han puesto una cocina, que ahumó hasta el techo. En el suelo hay papeles profanos y los restos rotos de un cesto de costura. Nada recuerda los viejos años del esplendor de las cofradías, de las juntas rituales, de las piadosas polémicas, de las devotas ceremonias... Y menos todavía el son profano de los folijones, que hace cerca de un siglo turbó más de una vez, con el tañer del arpa y violín, guitarra, tamboril y castañuelas, el silencio religioso del templo penitencial.

Recuerdo.—Se hunde la iglesia. La pared se desploma sobre el callejón de la Caridad. El cascarón barroco de la sacristía está abierto, las escaleras del coro tiemblan bajo los pasos, la bóveda del crucero se resquebraja temerosamente, el techo churrigüesco pierde la simetría de su curvatura, las piedras de la fachada se desmoronan... La joya barroca que es esta iglesia, tan devota, de la Pasión, se pierde sin remedio.

Desde mi alcoba de niño se entraba al coro de la Pasión por un falsete. Allí, muchas mañanas, rezaba con mi madre. Pocas veces decían misa por entonces. Pero, colgada del arco del crucero, ardía siempre ante el Sagrario la lámpara litúrgica, que llenaban de aceite cada día unas manos piadosas de mujer...

(4 Junio 1926)

DE CÓRDOBA A SEVILLA

(*Recuerdo de un viaje*)

El tren se ha detenido.

A través de los cristales, empañados por el húmedo frescor de la mañana, entra en el departamento del vagón una indecisa claridad que alumbra vagamente los rostros fatigados de los viajeros aún dormidos pesadamente en las estrechas camas, bajo las fofas mantas cenicientas que orla una franja roja...

—«¡Córdobaaa!»—canta plañideramente una voz ronca, en el andén de la estación.

¿Córdoba? Bajo la metálica marquesina, despintada, ennegrecida por el humo de las locomotoras, la luz del amanecer pone tintas melancólicas en los hombres y en las cosas: la pared de la estación, hendida por puertas uniformes, muestra en su revoque desteñido desconchones añejos; unos mozos cargados de maletas, envoltorios y sombrereras, siguen con aire de cansancio a unos viajeros mustios que, en demanda de la salida, atraviesan lentamente el andén, cuyo asfalto negruzco está cubierto de humedad viscosa; una vieja locomotora de dorada caldera, resoplando asmática, avanza fatigosamente por la tercera vía, arrastrando en pos de sí una larga cadena de furgones vetustos y de renegridas bateas de carbón, con un sordo resonar de maderas carcomidas y de hierros oxidados, que interrumpe a veces un silbido estridente; por la entrevista van y vienen, despacio, como distraídos, mozos de tren, con mugrientas gorras galoneadas de rojo y sucias blusas azules, llevando bajo el sobaco los banderines arrollados, y haciendo oscilar, a compás de sus pasos, colgado de la mano, el farol, cuyo redondo cristal brilla aún con mortecina luz amarillenta... A lo lejos, encuadrado en el marco angulado de la marquesina, el paisaje aparece melancólico: un denso cortinón grisáceo cubre el azul del cielo y desplegándose en jirones blanquecinos, baja a envolver la vega en un vapor de niebla; las cimas onduladas de la sierra se esfuman vagamente tras el velo ceniciento; son indecisas pinceladas de sombra los bosques que visten las vertientes, los olivares, los huertos de naranjos; son reta-

zos desgarrados de moruno tapiz deslucido, los prados verdes de la ribera, en que destaca acaso la nota viva de alguna casa blanca. Más cerca, los casetones de la estación hacen surgir de entre la neblina sus negruzcas moles; las vallas de la vía defienden, rígidas, el mezquino edificio de un ventorro, que una parra centenaria envuelve entre sus troncos retorcidos y sus sarmientos atormentados como una malla epiléptica; y las rayas metálicas de los rieles se pierden, en recta interminable, por entre las dos filas de piteras, en que el talud se eriza, y cuyos vástagos secos se alzan enhiestos, como dedos de espectro...

—«¡Córdobaaa!»—canta otra vez plañidamente la voz ronca de un mozo de estación.

¿Córdoba? Sí; Córdoba, la de los azahares y los jazmines, la del sol refulgente; Córdoba, la alegre, que hoy se despierta triste.

* * *

Triste está la vega alegre del Guadalquivir. Los campos mustios bajo un cielo melancólico.

El tren corre presuroso vega abajo, como si huyera, avergonzado de ofrecer el espectáculo inesperado de una Andalucía triste a los ojos asombrados de aquellos viajeros—que en las mesas del «dining-cars», después del desayuno, hablan a gritos en idiomas exóticos—, de aquellos viajeros que vienen de lejanos países, ahijados de la niebla, ávidos de embriagar su alma en la alegría fuerte del paisaje andaluz, en que la viva lumbre del sol meridional ilumina, ofuscadora, una opulenta fecundidad.

Velozmente, el expreso va dejando atrás lacios campos de trigo, prados en que la rala yerba amarillea, olivares mustios... Las onduladas cumbres de las lomas lejanas, vestidas de violáceas tintas, se recortan sobre un cielo plomizo; prolongados nubarrones cenicientos envuelven, en grisácea penumbra de neblina, las cimas ásperas de las lejanas sierras... Abajo, por entre oscuras arboledas en que el viento matinal zumba sordamente, se desliza el río, cuyas aguas, teñidas de un color terroso, lamen mansas y silenciosas las orillas...

A través de los anchos vidrios del lujoso vagón, que por momentos empañá levemente un ramalazo de humo blanquecino, perdura una hora y otra aquel desfile dolo-

roso de trigales raquíuticos, de olivares macilentos, de praderas sedientas; aquel paisaje en que la sequía implacable puso tonalidades de un verde amarillento, plomizas, parduzcas...

Y la honda melancolía del paisaje se filtra en el espíritu, abatiéndole en un desmayo triste, envolviéndole en una vaga niebla de desencanto, inundándole en una amargura trágica.

La trágica tristeza de las cosas alegres, cuando no están alegres.

* * *

—«¡Sevilla!»—avisa atento el mozo del «sleeping».

Y de pie en el pasillo estrecho del vagón, miramos anhelosos por las ventanillas.

Una llovizna melancólica cae lentamente sobre la vega inmensa, formando un denso velo blanquecino, tras el cual aparece, a lo lejos, la ciudad andaluza como una gigantesca pincelada oscura, en la pálida tonalidad del paisaje. Chimeneas enhiestas, empenachadas de humo, se alzan rígidas como mástiles formidables de embarcación demantelada. Torres, de clásica silueta, surgen a trechos, de la intrincada confusión de tejados negruzcos. La Giralda destaca firme su mole esbelta, recortando sobre el toldo ceniciento de las nubes su calada linterna. Acá y allá, entre el apretado caserío, vive la mancha de verde intenso de un parque, de un paseo, de un jardín...

Sevilla, la de las flores opulentas, la del sol ofuscante; Sevilla, la alegre—como Córdoba, como la vega del Guadalquivir—, hoy está triste.

¿Recordáis la tristeza honda y trágica de una guitarra abandonada, las cuerdas flojas, el mástil roto, la caja empolvada, lacios los lazos y descoloridos? Una tristeza que se mete en las entrañas, que amarra al alma en prisión angustiosa de amargura, que hiela el espíritu como un soplo de muerte.

¡Qué tristes las cosas alegres cuando no están alegres!
...El tren, haciendo retemblar con resonante estrépito las plataformas, ha entrado en la estación.

En el andén, una voz ronca, canta plañideramente:

—«¡Sevillaaa!»

(2 Junio 1907)

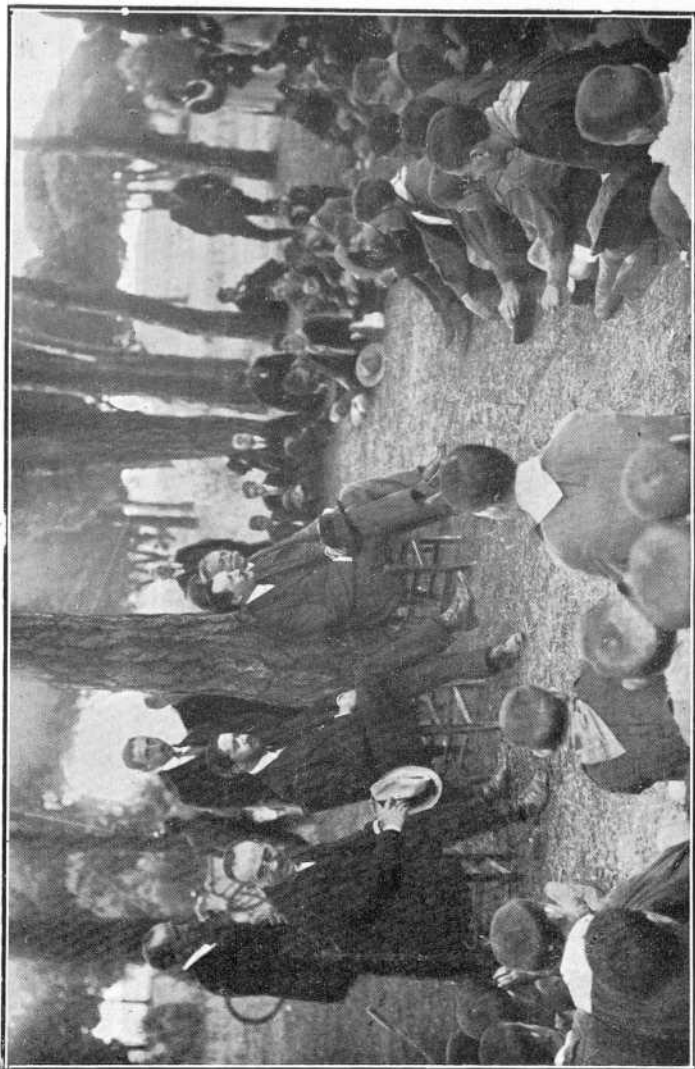
EN LA COSTA CANTÁBRICA

Arriba.—Cielo límpido. Mar llana. Calma. En la cumbre del monte, que se asoma al mar, hace más profundo el silencio el vago rumor lejano, apenas perceptible, de las olas que allá abajo se tienden mansas sobre la playa. «Se oye el silencio» en esta soledad.

En la redonda cumbre unos ásperos arbustos me dan sombra; la yerba, un poco agostada ya, mullido asiento.—Duerme el viento. Duerme el mar, que desde aquí arriba parece una plancha bruñida de plata. Ni una vela, ni un penacho de humo, se divisan en la azulada inmensidad. El cielo claro, que refulge al poniente, empapado de sol, es de purísimo azul en el zénit, y allá, cerca del horizonte, donde se funde con el mar, la calina sutil y transparente le da una blanca vaguedad de ópalo... Brilla el sol ofuscante—en este manso atardecer de Agosto—derramando el oro vivo de su luz sobre los montes verdinegros y sobre el mar encalmado, encendiendo en resplandor el cielo...

La tarde es toda paz. Paz, y silencio, y luz. El alma en éxtasis se siente libre, desasida de la carne mortal; gusta con suavísimo deleite el divino dulzor de esta paz infinita; oye en delirio la palabra suprema del silencio; se embebe mansamente en la luz clara y pura, y reflejo vivo de aquella otra increada... Flota gozosa entre el cielo y el mar; y se aviva su ansia inextinguible de infinito. En el ala vibradora de la luz quiere subir, subir hacia lo eterno, donde todo es certeza...; dejar abajo, para siempre, lo humano: lo que es perecedero, lo fugaz, lo inconstante; la duda, la inquietud... Subir... Subir hasta fundirse en el eterno infinito, en el seno mismo de la divina esencia, en la lumbré inmortal de que es chispa aventada por el soplo creador...

Cuesta abajo.—Declina la tarde. Los ásperos arbustos de la cumbre alargan su menguada sombra hasta el sendero. Palidece el cielo opalino allá donde se besa con el mar; resplandece, pero no ofusca ya, el reflejo del sol en las aguas tranquilas; los montes, que alzan uno tras otro, tierra adentro, sus cumbres redondas, van tornándose negros...



El sendero, caprichoso y difícil, baja en pendientes rápidas, en curvas repentinas, en zig-zags inverosímiles, agarrándose a las peñas pizarrosas, metiéndose por entre hoscas malezas, hundiéndose en el fondo de los barrancos pedregosos, izándose acaso por las torrenceras para caer después por temerosas cortaduras... Es cruel el sendero. Todo él piedras esquinadas, de agudas aristas, que se clavan en los pies; todo él piedras sueltas que resbalan bajo el peso del caminante, como si quisieran echarle cuesta abajo; todo él cortaduras y escalones absurdos, que hay que saltar con riesgo; todo él; oquedades húmedas, menos agua que lodo, donde chapotean los pies sordamente, levantando negruzcos escupitajos de fango; todo él, carrascas ásperas, y marañas de zarzas erizadas de púas, y arizones espinosos, y cardos...

Más abajo hay manzanos; al otro lado, pinos. En la falda, maizales. Pero hasta llegar a ellos, la espesura es toda espinas. «Arazamendi» llámanle. Bajo la yerba, toda clase de cardos afila sus púas; y disimulan los arizones con su verdor hipócrita la muchedumbre de sus agudas puntas, y las zarzas, que a intervalos alzan franca y fieramente en hoscos macizos la amenaza sangrienta de sus pinchos, tienden también traidoras, a ras del suelo, largos sarmientos cuajados de garfios, como lazos crueles.

Sendero abajo voy: heridos los pies en la afiladas aristas de las piedras; rasgadas las ropas en las púas de los zarzales; ensangrentadas las manos, que muchas veces, al resbalar violentamente, buscaron apoyo y hallaron espinas; fatigado el cuerpo de saltar barrancas y descolgarse por las cortaduras, y maltrecho también de no pocas caídas sobre las rocas... Triste trabajo humano es bajar. Hechas están las almas para subir. Cuesta arriba, el alma tira del cuerpo y le ayuda; cuesta abajo, el cuerpo ha de tirar rudamente del alma. Al subir, nos espera la cumbre, toda luz; al bajar, es la hondonada en sombra hacia donde caminamos. El alma, que en lo alto ha gustado la inmensidad, se resiste a bajar de nuevo a hundirse en la miseria de la limitación. El dolor del camino, hacia arriba se amengua con el ansia gozosa de subir; hacia abajo, la angustia de bajar le acrecienta. Subir es un poco volar; bajar, es como caer.

Sendero abajo voy. Ya se ve, en el fondo del valle, el

caserío negruzco de humedad, acurrucado junto al seno del barranco.

Sigue el sendero hundiéndose, entre la espesura hosca, hasta el lecho pedregoso de una torrentera. Desde un repliegue, en que la maraña de arbustos espinosos y yerbas salvajes es más espesa, baja un hilillo de agua, que enrojece las piedras y forma en la tierra del camino, al cruzarla, un lodo turbio que parece sangre... Al saltar sobre el barro rojizo, de entre un matojo surge un reptil. Retrocedo con asco instintivo. El vivo látigo verdoso serpea un momento, se enrosca rápido y alza la cabeza irritada hacia mí. Mi ferrado bastón le golpea mortal y le arroja al fondo de la torrentera.

Pero la sierpe se ha vengado: tengo salpicados los pies y las manos no sé si de lodo o de sangre...

Sendero abajo voy. Ya llego a la hondonada. Ya está aquí el caserío, negruzco de humedad, acurrucado junto al barranco, rodeado de parras esqueléticas y de yedras verdinegras... Todo en sombra aquí abajo.

Saturrarán. Fiesta de San Roque.

(21 Agosto 1912)

A TRAVÉS DEL ATLÁNTICO

(De mi diario de a bordo)

Mal tiempo

El temporal no cesa. También hoy, cuando amanece, la luz indecisa del nuevo día se quiebra en reflejos grisáceos, sobre las olas furiosas. El barco avanza lentamente, luchando contra el viento, que le azota de proa, y contra el oleaje, que le asalta violento y hasta en las toldillas altas la asesta sus húmedos zarpazos. Está el cielo plomizo; el mar color de asfalto. Las nubes cenicientas forman, amontonadas, un toldo oscuro que cubre el cielo por igual hasta el horizonte; las aguas, agitadas en olas enormes, se empenachan de unos largos jirones de espuma blanquecina. Ruge el mar; zumba el viento los recios golpes de las olas contra el casco y el rudo vibrar del aire en mástiles y jarcias, son hoy como una bárbara canción de tragedia.

Y así van nueve días. Nos despidió el Cantábrico con la furia inaudita de un temporal deshecho; nos acogió el Atlántico con furia igual, aterradora, que parece brotar de las entrañas mismas de su abismo insondable. Las olas cantábricas, coronadas de rabia espumeante, nos empujaban hacia la costa, como si las enfureciese nuestra partida y, vengadoras, quisieran estrellarnos contra las ásperas montañas que extienden hasta el mar sus faldas de roca; el Atlántico nos opone también el furor de sus olas gigantes y de sus vendavales, y amenaza, implacable, sepultarnos en el fondo sin fondo de sus aguas.

El temporal arrecia. Por el Poniente se ha oscurecido más y más el cielo, y entre el mar y las nubes a lo lejos, se ha tendido denso un cortinón de lluvia.

El viento es ya huracán; por instantes acrecienta su furia, y desde la punta de los mástiles hasta la borda, las cuerdas todas del aparejo vibran violentas con un son angustioso, como hecho de lamentos y de aullidos; ronan sordamente trompas gigantes, las anchas bocas encorvadas de los ventiladores, y el largo chorro de humo de la chimenea, se tiende a ras del agua y se deshilacha sobre la cresta de las olas como una pluma rota. El barco salta y salta, metiendo la proa en el agua, hasta tocar con el bau-

prés la espuma; hundiendo la popa hasta mojar la borda en la rugiente estela; sacando fuera el principio de la aguda quilla, al trepar bravamente sobre las cumbres móviles de las olas; mostrando en los balances la panza roja; volteando en el aire reciamente la hélice, al caer de proa en un seno profundo entre dos olas. El agua, hecha espuma rabiosa, azota los costados, con aletazos gigantescos, al ser hendida fieramente por el tajamar y luego, recibiendo un nuevo impulso al chocar con la bravura de otras olas, se revuelve enfurecida y asalta los costados con formidable golpetazo, hasta clavar su garra en las cubiertas y en los sollados.

Llueve. El vendaval ha empujado sobre nosotros el turbión violento, y el barco avanza, oscilando en una danza trágica, entre las aguas furiosas del mar y del cielo. En el rugido formidable de las olas, pone el repiqueteo de la lluvia un ritornello lúgubre, y enlaza las dos rudas sonoridades el huracán zumbando.

Se han cerrado, reforzándolas con las planchas de hierro, las ventanas redondas de los camarotes; en la cubierta, se han atornillado sobre los ventanales encristalados recios tableros y han amarrado encima una lona embreada; de las toldillas han retirado los sillones del pasaje, ya plegados, y en los largos bancos, de férreo armazón, han añadido a las firmes tuercas que les sujetan, unas recias ataduras.

Aterrados ante los furores juntos del cielo y del mar, los pasajeros, con los rostros rígidos y los nervios tensos, se agolpan, mudos, estremecidos, en los largos salones, en los dormitorios de proa, en las cámaras de popa, en el comedor, en las plazoletas de los camarotes... Algunos rezan; las mujeres mezclan a veces en la oración un suspiro angustioso. Hay muchas caras varoniles teñidas de intensa lividez. Alguien quiere poner en la unánime angustia, la valiente excepción de una sonrisa y en su rostro se dibuja no más que una mueca. El terror viene en ayuda del balance, y prende el mareo hasta en los más fuertes; acá y allá, sobre los asientos, ruedan cuerpos convulsos que se agitan con la doble ansia del miedo y de la náusea, y yacen otros, rendidos, agotados, como muertos, con una lividez cadavérica en el rostro.

De pronto, dominando el zumbar violento del huracán y de las olas, resuena, aterrador, un crujido espantoso. El barco todo, parado un momento, con la proa hundida y la popa en alto, cruje siniestramente bajo el porrazo formidable de un golpe de mar, que suena en el costado con estruendo apocalíptico. Un instante no más, pero supremo. Un grito de todos, sobrecogidos; un grito de angustia final, con la vida presa en la garra feroz de la muerte. La muerte ante los ojos; la muerte sin piedad; la muerte horrenda en las aguas revueltas, entre maderas rotas y herrajes retorcidos, agitados los miembros convulsos contra la violencia de los torbellinos, los ojos ciegos bajo la espuma turbia, las fauces abiertas por el empujón mortal del agua que penetra asfixiando, el corazón agarrotado por la angustia suprema de la muerte, y una roja nube de desesperación apagando para siempre la luz en el cerebro... Un instante supremo.

Y todos se han alzado súbitamente, y han echado a correr despavoridos; y en la loca carrera de pánico han caído unos, se han golpeado otros contra las paredes, rodaron algunos escaleras abajo... Todos quedaron un minuto después, inmóviles, mudos, estremecidos, los ojos saltándose de las cuencas hundidas, la boca contraída en un rictus de terror, lívidas las mejillas, temblorosas las manos...

Mientras el barco lentamente levantaba la proa y otra vez, poderoso, invencible, volvía a hendir las olas, abriendo con el agudo rilo del tajamar dos alas gigantescas de espuma que le azotan, con impotente rabia, los costados.

(8 Abril 1913)

La misa a bordo

La mañana está triste. Del temporal de ayer aún azotan el mar los postreros ramalazos; bajo el cielo plomizo, en que apenas si un claror blancuzco deja adivinar el sol por el naciente, las olas se encrespan violentas y se empenachan de brillantes crestones de espuma. Hay mar de fondo: la inquieta superficie de las aguas tiene color mate de acero, y al rasgarlas con su curvada proa el trasatlán-

tico, rugen furiosas y le golpean los costados con sordos golpetazos. El barco cabecea: unas veces alza la proa sobre las olas que le asaltan y hunde la popa entre las espumas agitadas de su propia estela; otras, mientras con el bauprés toca en el agua, la hélice sale fuera y voltea poderosa en el aire, haciendo estremecer todo el casco con un rudo temblor convulsivo...

Un grumete ha recorrido los pasillos de los camarotes y los ranchos de proa y los sollados y las toldillas, llamando a misa con un argentino tintinear de campanillas; y en el salón del comedor, convertido por un rato en capilla, se agolpa el pasaje y la oficialidad y la marinería libre de servicio y la servidumbre... Todos confundidos: los triples galones del capitán brillan junto a la blusa azul de un toldillero; la gasa rosada que envuelve la cabeza señorial de una dama, se destaca tras el chaquetón pardo y el tapabocas gris de un emigrante... El horror de la noche tormentosa ha dejado su huella en los rostros, y lucen, con expresión de espanto todavía, ojos febriles en caras lívidas.

El capellán de a bordo, revestido de rojos ornamentos, oficia ante el altar erigido en el testero. Bajo el blanco dosel, que sostienen desde las barandas del salón alto unas largas cadenillas, la imagen de la Virgen del Carmen abre los brazos amorosamente. Dos marineros dan la guardia de honor a los lados del altar y, cuadrados militarmente, oscilan a compás de los balances. Un grumetillo moreno, de pelo ensortijado, hace de acólito.

La misa avanza. Ya han oído, todos a pie, el Evangelio, que ha explicado luego en plática sencilla el sacerdote; ya, en el prefacio, se han elevado a Dios los corazones. Ha sonado de nuevo la campanilla de plata; se han hincado en el suelo las rodillas y las frentes se han inclinado humildemente; en las manos del oficiante se ha elevado la Hostia...

Se ha oído el silencio de los hombres, rendidos ante la presencia soberana de Dios, que aquí, en el mar, parece estar más cerca de nosotros; y han subido hasta El, como una espiritual nube de incienso, las oraciones mudas de los mareantes, que ayer le adivinaban en el furor soberbio del viento y de las olas y hoy le contemplan, todo paz, todo amor, en el blanco pan supremo del sacrificio.

La misa acaba. El sacerdote reza de rodillas y le con-
testan todos, prosternados también:

—«¡Dios te salve, María, llena eres de gracia...!»

El murmullo de la última oración, que todos rezan emo-
cionados, le apagan por instantes los rugidos del mar. Una
ola rompe con estruendo en el costado y sus espumas irri-
tadas azotan las ventanas redondas... El barco oscila; las
maderas crujen siniestramente...

Y sigue su oración la muchedumbre sobrecogida:

—«...Ahora y en la hora de nuestra muerte».

(21 Febrero 1913)

Las luces del puerto

Es serena la noche. Barrió el viento las nubes pardas
que entoldaban el brillo, brilló la luna en lo alto de la
azurina limpidez y las aguas quietas de la bahía se vistie-
ron de un vago resplandor. Duerme el mar, bajo la luz
plateada; duerme la ciudad, tendida en el verde tapiz de
la costa ondulada; duermen allá enfrente, las colinas que
en el agua salobre mojan sus faldas, y lejos, las montañas
ásperas que hunden sus crestas en la penumbra indecisa
de la lejanía; el puerto duerme, como si hubiera caído fa-
tigado por el trajín del día. Todo duerme en el agua y en
la tierra y en el cielo: sólo las luces velan.

Brillan acá y allá, amarillentas o verdosas, blanqueci-
nas o doradas, verdes y rojas. Los faroles fulgen macilen-
tos, salpicando de puntos de luz las masas negras del ca-
serío; los focos eléctricos del Malecón, de la Punta, del
Prado, de los Muelles, ciñen la curva del puerto con hile-
ras de luces, y a lo lejos una ringla atrevida se entra agua
adentro, llevando al frente el batidor bélico de un farol
rojo. Sobre la tersa superficie del mar, en que la lucha plá-
cida traza una franja inquieta de argentino resplandor, des-
tacan a trechos, emparejadas, las luces de los barcos. Una
arriba colgada en lo alto del mástil invisible; otra abajo
en la borda del casco, que en la noche es una mancha ne-
gra. Y de una y otra caen sobre el mar, hundiéndose como
espadas flamígeras, dos chorros aureos de resplandor.

Nada turba la calma de la noche. Hay en el ambiente una paz suprema que se entra en el alma, como la luz pálida de la luna en las aguas dormidas de la bahía.

Sin las luces, el paisaje dormido sería un paisaje muerto. Ellas parecen el espíritu, siempre despierto, sobre la vida material que se adormece bajo la noche. Cesaron los muelles en su faena febril de llenar las bodegas de los buques atracados a ellos, a cambio de la carga que trajeron en sus negras entrañas; cesó el correr de vagones por los rieles, con retumbar de hierros, el pesado ir y venir de las carretas, con agudo chirriar, el confuso movimiento de los descargadores, con rumor de enjambre, el roncar de sirenas y el vibrar de campanas y el recrujir de seco maderamen y el trepidar de grúas y el resoplar furioso de purgadores; cesó el rápido cruzar de vaporcitos, el lento maniobrar de grandes buques, el estruendoso bogar de los remolcadores, y el gallardo correr de los veleros que dan al viento sus lonas como alas abiertas a ras del agua. El puerto duerme.

Pero su espíritu vigila; y en la paz de la noche abre sobre las aguas mansas sus mil ojos de luz. Acaso mira al cielo.

Se atraen los infinitos: el infinito del mar busca ávido, amoroso, al infinito del cielo insondable, y envía hacia lo alto la múltiple mirada de sus luces; el infinito del cielo deja caer, enamorado, la luz de plata de su luna pálida y el fulgor argentado de sus estrellas vívidas. Y en el silencio de la noche serena, cielo y mar cambian besos supremos de luz; celebran sus nupcias misteriosas, calladas, mientras los hombres y los barcos duermen. Nupcias de silencio y de paz: nupcias fecundas, en que acaso se forman los gérmenes ignorados del viento y de la lluvia, del azul opalino que viste de día el cielo y del azul verdoso, rizado de espuma, que viste el mar; del prodigio incontable de los peces y las algas y las conchas que pueblan de milagros el fondo de las aguas, y del vivo prodigio de los aires en que las nubes ruedan entre palpitaciones irisadas de luz y las aves vuelan raudas abriendo al sol el abanico de sus alas...

En el grato seguro del puerto, al abrigo de las furias del mar; en el reposo de la recalada que suspende unas

horas la inquietud constante de la travesía; en la calma suprema de esta noche de paz, el alma se estremece, agitada por el ansia insaciable de sondear el abismo sin fondo del misterio. Y le busca en la faz transparente de la luna blanca, en el leve rielar de las luces sobre las aguas mansas, en el indeciso claror del cielo, en la vaga transparencia del mar... Y oye el silencio.

Este silencio augusto de la noche, en que sólo el mar y el cielo hablan, sin voz, con sus lenguas de luz.

Bahía de la Habana.

(28 Abril 1913)

NUEVA YORK A PRIMERA VISTA

Viviendo a escape

Llegar a Nueva York; trotar por sus «innumerables» calles «numeradas», saltando de los «subway» a los «ferries boat» y de los «surface» a los «elevated»; atracarse en sus «lunch room», refrescar en sus bares, dormirse en sus «music-hall», observar la vida de este pueblo y vivirla en todo lo posible unos cuantos días, es suficiente para que un latino saque, y con pleno fundamento, esta deducción: Aquí no se puede vivir.

Un sajón sí podría; probablemente, todos los anglo-americanos vivirían aquí tan ricamente; es seguro que los buenos de los neoyorquinos viven en su ciudad como el pez en el agua. Pero un latino, no.

Yo no me explico cómo se han adaptado a esta vida los españoles que aquí trabajan y medran, o trabajan sin medrar. Catalanes, especialmente, hay muchos en Nueva York, y les va bien. Tal vez este fácil adaptarse a un medio tan distinto, y hasta—valga la palabra—hostil a nuestro modo de ser, constituye una prueba más, e importante, del vigor de la raza, una de cuyas manifestaciones es la facultad de adaptación.

Pero esto no es vivir.

Como la ciudad es tan grande, las distancias son enormes, y aunque los rápidos medios de comunicación abundan, una parte considerable del día se pierde en trasladarse de la casa al taller o a la oficina o a los sitios en que la profesión o los negocios o las necesidades de la vida obligan a asistir. Los tranvías aéreos y subterráneos corren a velocidades que ya quisiéramos para nuestros trenes ordinarios; pero, a pesar de esto, desde «183 street» o las inmediaciones de «Bronx Park» o cualquier barrio de Brooklyn y no de los más apartados, se tarda hasta «Cily Hall» o «Battery place» sus buenos tres cuartos de hora. Unos cuantos asuntos en tres o cuatro distintos barrios de la ciudad, suponen más de dos horas de tranvía.

Y esto sin ir a medio día a comer a casa. Este es un lujo que muy pocos pueden permitirse: supone perder hora y media, y aquí, más que en Inglaterra, «el tiempo es oro».

Así que todos los que trabajan, es decir, todos los neoyorquinos, hacen esa comida del centro del día en cualquier «lunch room» de los innumerables que hay en cada calle; y la hacen de pie, en su mayoría, y de prisa, todos: A lo sumo se sientan en uno de los altos taburetes de redondo asiento, que hay ante el mostrador y que son característicos de todos estos establecimientos, como de los bares. Entran como una tromba, de una ojeada se enteran del surtido que hay a la vista, eligen lo que prefieren, engullen precipitadamente lo escogido—sandwichs, pasteles, huevos...—lo riegan con un «bock» de cerveza, un vaso de vino o sencillamente agua, cogen su «ticket», pagan en la caja y se van a escape, como entraron.

Con prisa igual toman en el bar sus refrescos o sus «wiskings», de los cuales hacen en verano y en invierno, respectivamente, un consumo extraordinario, dicho sea de paso.

Y con prisa mayor andan por las calles, suben y bajan de tranvías y ferrocarriles, entran y salen de casas y comercios, y lo hacen todo, en suma.

Por las calles no van despacio más que los «policemen» cuando no están parados en su esquina respectiva. Los transeuntes trotan desalados; y nadie repara en llevar su derecha, dejar la acera a las señoras, evitar encontronazos y demás nimiedades de la circulación callejera que ocupan y preocupan a los que no llevamos tanta prisa. Las escaleras de las estaciones de los «elevated» y los «subway», semejan hormigueros humanos cada vez que llega un convoy de tranvías, y llegan cada cinco minutos; corriendo casi, empujándose, estrujándose, pisándose los talones, suben y bajan las escaleras y recorren las plataformas y los andenes, hombres y mujeres de todas edades, condiciones y perjeños; los que entran en los coches ocupan de golpe los asientos, apenas desocupados por los que salen, y suele ayudar a que se arrellenen bien el empujón de la brusca arrancada del tranvía.

Ya queda dicho que éstos, por las plataformas elevadas y por el subsuelo, corren con velocidades de expreso; tanto que los «surfaces», los eléctricos que circulan a buena marcha por las calles, parece que van a paso de carreta. Pues ni aun aquéllos bastan a satisfacer la necesidad de

velocidades creada por la prisa de la vida neoyorquina; y «elevated» y «subways» ponen a ciertas horas tranvías expresos, que no paran más que en algunas pocas estaciones y que marchan con velocidad duplicada. Y éstos, que cruzan como balas la ciudad, van siempre llenos.

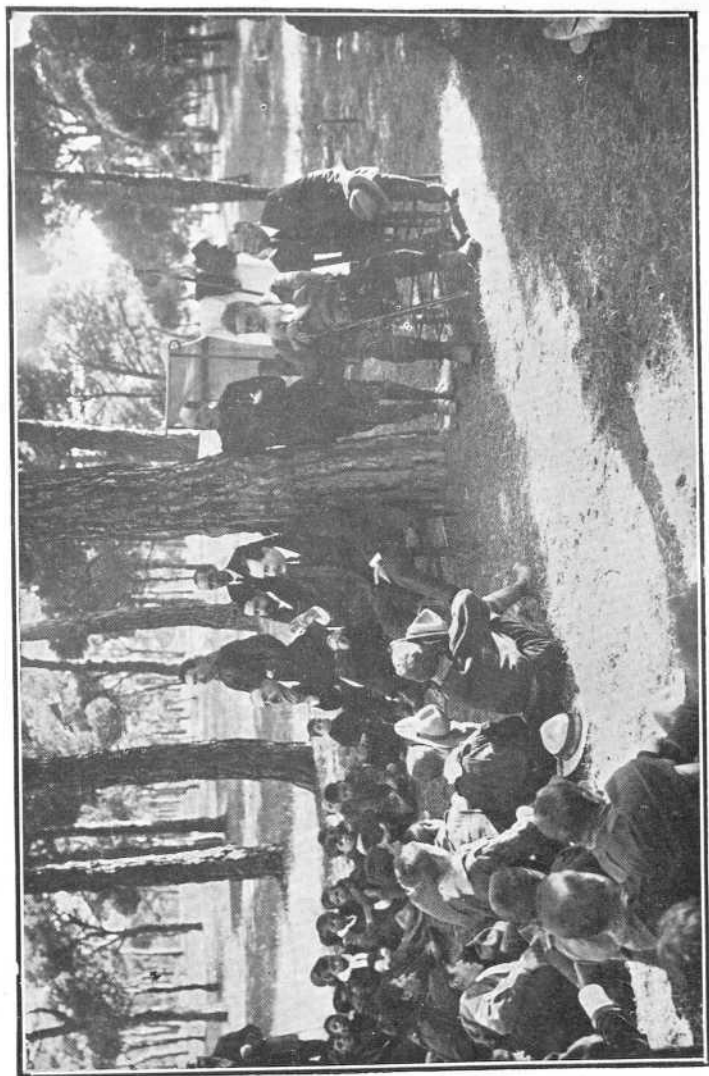
A las horas de entrada y salida de talleres y oficinas se ofrece en ciertos sitios un espectáculo característico: los puentes que unen la ciudad con Brooklyn y con la ribera derecha del Hudson, las puertas de la estación de City Hall, los muelles de los «ferries boats», y Madison Square y otras plazas céntricas son invadidos por una inmensa multitud apresurada, que cruza con rapidez de huracán, como un aluvión humano...

Aquí hay que correr siempre; a todas horas hay que ir de prisa.

Porque si las distancias enormes de esta ciudad gigantesca son una dificultad, no es esta la única ni la menor de las que hay que vencer para vivir.

La industrialización de todos los elementos de vida; la copiosa concurrencia de trabajadores para todos los oficios y todas las profesiones; la agilidad con que se llevan los negocios; la total ausencia de todo impulso cordial en cuanto a éstos o a las industrias atañe; con más, cuantas dificultades son comunes a todas las grandes ciudades, se juntan en ésta para acrecentar lo duro de la lucha por la vida.

Menos mal que ésta es barata. Aquí sólo es caro el lujo. El automóvil, el coche, el restaurant de tono, los deportes, la localidad preferente en los teatros, la indumentaria elegante, la casa suntuosa, todo lo que es lujo, superfluidad, cuesta un ojo de la cara; pero lo necesario—el tranvía, el «lunch», el refresco, la casa sencilla, el espectáculo modesto...—todo está muy barato. Por cinco centavos (un real de nuestra moneda) se puede recorrer todo Nueva York e ir a Brooklyn en cualquier tranvía, por cualquiera línea y cambiando de ésta en todos los empalmes que se quiera: es precio único. Veinte dólares cuesta, poco más o menos, una habitación en calle no lejana del centro y con ascensor, baño, termosifón y otras comodidades. En un buen restaurant me costó ayer 60 centavos, propina incluida, este almuerzo a la carta: entremeses, tortilla, «sandwichs» de pollo, jamón con patatas y postre. A cinco centavos ven-



1914

den en casi todos los bares el «ice crem soda»: un gran vaso de helado, naranjada y agua gaseosa acabo de beber por ese precio en un elegante bar de Broadway. Anoche estuve en un buen «music hall» de la «14 st», donde actúan veintitantos excelentes números de «varietés», y pagué por la butaca 40 centavos, con opción a agua helada y abanico gratis. Y está mañana, en fin, he comprado en la «5.ª Av.» (la calle ultralujosa) unas botas magníficas por 2'25 pesos, un traje kaki por cuatro y un gran impermeable por cinco.

Se vive barato, y hasta se viviría bien aquí, si no hubiera tanto ruido y si no fuera necesario vivir con tanta prisa.

Pero vivir aquí, sin sosiego, sin parar un momento, corriendo siempre como quien va a apagar un fuego, eso no es vivir.

Estos yanquis, a fuerza de ensanchar la ciudad y agrandar los negocios y las industrias, han dificultado enormemente la vida aquí; y luego, empujados por la necesidad de vencer esas dificultades, han creado tantos y tantos medios para obviarlas que sin resultar fácil, resulta complicadísimo vivir aquí.

Tiene razón Emerson, el admirable filósofo norteamericano, cuando escribe esto, que debió pensar cualquier noche de cualquier día vivido en Nueva York:

«Es evidente que nuestra vida podría ser más sencilla y más fácil de lo que la hacemos; y que nosotros mismos somos los creadores de nuestros propios males».

Verdad profunda, y más verdad aquí que en ningún otro pueblo del mundo. Pero...

Un yanqui que se estime en algo, siempre tiene muchos negocios y mucha prisa.

Y si no tiene prisa ni negocios, lo aparenta.

Me lo ha dicho en secreto el andaluz a que antes he aludido: y un inglés, compañero de barco, me lo ha confirmado.

En el Atlántico. Julio.

(29 Julio 1913)

Los rascacielos

—¿Qué le ha parecido Nueva York? ¿Grandioso, eh?

—Grande, nada más. La cantidad hace el grandor, pero no la grandeza. Y en Nueva York lo que hay es cantidad, mucha cantidad, pero calidad no. Lo único grandioso es la bahía.

* * *

Con esta pregunta suya y esta respuesta mía comenzábamos esta mañana una animada charla, sentados en la toldilla de barlovento del «Montevideo», un cubano harto americanizado (1), y yo, que después de recorrer incansablemente Nueva York durante unos días, me siento menos americano que nunca.

Caía la tarde; el sol bajaba hacia el horizonte, para hundirse tras la quebrada línea del caserío, erizado de chimeneas, al otro lado del Hudson, y la luz esplendorosa encendía en una ofuscante fulguración de reflejos las aguas mansas de la bahía, que una brisa suave rizaba levemente. El barco avanzaba con lentitud, dejando atrás las hileras de muelles, que a un lado y otro de la «East River» se meten en el agua, y enfilando proa hacia el coloso de La Libertad, que en «Bedloe's Island», frente al mar abierto, sostiene en alto su simbólica antorcha.

—¿Y esto, no es grandioso?—exclamó mi amigo, señalando a la estatua.

—Grandioso, ciertamente—asentí—. Es un reflejo de la divinidad la belleza sublime de la bahía, y este faro simbólico en medio de ella, es un puro resplandor del espíritu humano. Pero no olvide usted que la bahía la hizo Dios y la estatua de «La Libertad iluminando al mundo» la regaló Francia; ni una ni otra son obra norteamericana. Ese signo de la civilización moderna, que tiene la libertad por principio fundamental, es lo único verdaderamente espiritual que he hallado en Nueva York; y el símbolo, como la idea simbolizada, son de origen latino. Lo «americano», lo yanqui, es eso otro—añadí, tendiendo el brazo hacia la ciu-

(1) No se olvide que en el nuevo continente decir «americano», es decir «ciudadano de los Estados Unidos».

dad, en cuyo primer término, sobre el amontonamiento confuso de edificios, se destacaban los «rascacielos».

Esas casas monstruosas, que por encima de la muchedumbre de casas normales, levantan el orgullo de sus varias decenas de pisos, son, en efecto, la exteriorización más completa del espíritu norteamericano y la síntesis de su metrópoli.

Nueva York es una ciudad enorme; grande a fuerza de cantidad. Una casa, muchas casas; una calle, muchas calles; millares de casas y millares de calles, todas parecidas. Las calles todas rectas, paralelas o cortándose en ángulo recto unas a otras; uniformes en lo rectilíneas y en la anchura correspondiente, y hasta en tener por distintivo, en vez de un nombre, un número, completamente decisivo de la uniformidad. Las casas, en su inmensa mayoría, de un mismo tipo; todas parecen hechas, como los trajes de almacén, a patrón y con dos o tres únicos modelos por toda variedad; y hechas de prisa y «bon marché» materiales de rápido empleo y gran baratatura, ausencia de adornos; ni una canal, ni una ménsula, ni un alero, ni un dintel adornados; ventanas y puertas lisas, unicolor la fachada, y los balcones (que unidos de piso a piso por escalerillas de mano, sólo sirven para escapar en caso de incendio) sin un solo hierro superfluo: los estrictamente necesarios y lisos todos.

Casas y calles, con su muchedumbre uniforme, antes de agotar en ancho y largo el terreno, han echado por la otra dimensión. Las calles, insuficientes para peatones, carruajes y tranvías, se han ensanchado hacia arriba, y a la altura de los segundos pisos corren velocísimos los «elevated railroads» (tranvías elevados), y a la profundidad de los terceros sótanos, donde los hay, se deslizan más veloces todavía, los «subway» (los tranvías subterráneos).

Las casas, imitando a las calles, han profundizado sus sótanos y han elevado sus techumbres; dos o tres pisos por bajo del nivel de la calle, y por encima en número indefinido todavía, porque cada nuevo «rascacielo» que se construye es más alto que todos los anteriores.

Estas casas enormes, que las tarjetas postales y los cines han popularizado, son «barrios puestos en pie», según gráfica y pintoresca frase de un sevillano amigo mío, que

lleva algunos años de vivir en esta inmensa metrópoli de Norteamérica. Veinte mil personas se asegura (acabo de leerlo al pie de un fotograbado) que pueden alojarse en la mole enorme del «Hudson Terminal building»; es decir, todo el vecindario de nuestro populoso barrio de San Andrés y sus aledaños.

Los tubos de los ascensores son verdaderas calles hacia arriba; plazuelas, las mesetas de los pisos, y cada uno de éstos bien puede tenerse por casa de vecindad, no más chica que aquella de Calderón, en la esquina del Callejón de los Toros a la calle de Panaderos.

Pero estas humanas colmenas gigantescas, en que puede albergarse cualquiera de nuestras villas, y no de las más pequeñas, si como obras de ingeniería son dignas de admiración, miradas desde el punto de vista de la arquitectura-bella arte, carecen de todo mérito unas, y son otras verdaderamente disparatadas. Una pesada mole de hierro y cemento armado, un enorme mazacote, cuatro paredes horadadas por centenares de ventanas simétricas; nada de esbeltez, de gracia, de elegancia, de majestad en las líneas; ni siquiera dan sensación de solidez; la desproporción de sus dimensiones hace que unas parezcan de pesantez tan abrumadora que van a aplastarse, y otras como la del «Times» y la de «la Plancha», que se las llevará el viento a poco fuerte que sople.

En algunas, las más modernas dentro de lo modernísimas que todas ellas son, se ha llamado al arte en auxilio de la ingeniería; y aquí sí que ha sido peor meneallo.

Prefiero las otras. Ejemplo típico de cómo se ha hecho al arte auxiliar a la construcción es el nuevo «Woolworth building», aún no terminado; la fachada, así como la cúpula que remata el edificio, se han exornado profusamente con elementos característicos del estilo gótico; pero las líneas todas de la construcción son rectas, rectos todos los ángulos y cuadradas las ventanas; y las agujas, capiteles, doseletes, arquitos y toda la calada profusión de adornos, le sientan al «rascacielos» como le sentarían a la casa de Antiocho las agujas de la Catedral de Burgos, o a un yanqui de estos, grandote, basto, colorado y juanetudo, una mantilla de blondas.

En síntesis, lo mismo de lejos, al llegar al puerto y di-

visarles desde la bahía, erguidos, entre la neblina y el humo, que de cerca, al mirarles, el cuello doblado hacia atrás, desde las mismas calles en que se alzan, los «rascacielos» no producen más impresión que la de casas enormes; grandes, muy grandes, pero sin pizca de grandeza. La grandeza es siempre espiritual; la da a las cosas materiales, el arte que es la espiritualidad en las obras humanas. En su arte es donde los pueblos dejan eternizado su espíritu.

Aquí el arte no sale a la calle; y aun dudo que «se quede en casa». Más bien creo que no vive aquí, y si se le encuentra alguna vez, es que está de paso y como forastero. Y además es evidente que este pueblo no le echa de menos.

Nueva York es la ciudad menos espiritual que conozco. En cambio, por su vida material, supera a todas las del mundo.

* * *

—En esa su vida que usted llama «material», es donde está el espíritu de este gran pueblo—me oponía mi amigo el «americanizado», al terminar esta parte de nuestra charla.

—No lo niego. Al contrario, creo exactísima la observación; y por creerlo, estimo, después de unos días de «verle vivir», que su espíritu no está tan alto como los techos de los «rascacielos»; a lo sumo a la altura de los «elevated railroads».

Y mientras se venía encima la noche, seguimos la charla sobre este tema el cubano americanizado y yo, cada día más latino.

(23 Julio 1913)

MIRANDO DESDE ARRIBA

Ahora hemos descubierto en las ciudades y en los paisajes un aspecto nuevo, al conquistar un nuevo punto de vista: el de los aviones. Sólo los contados aeronautas que hacían títeres colgados de los montgolfieres o que se dejaban llevar por el viento a bordo de los globos de hidrógeno, habían podido gozar de ese aspecto de la tierra y los pueblos reservado por la Naturaleza a las aves; pero aquéllos, nuestros predecesores del aire, iban demasiado ocupados y preocupados con sus acrobacias y sus maniobras, para obtener una visión serena del paisaje. Ahora es distinto: el avión ha conquistado definitivamente la altura, y el observador, entregado a la seguridad del piloto, mira y admira con serenidad.

Neófito del aire, yo he podido esta tarde abrir tranquilamente el alma a la belleza de este encuentro de los tres anchos valles—Duero, Esgueva y Pisuerga—en que se asienta Valladolid. Fiado de la mano inteligente del piloto don Vicente Rodríguez, en el sillín de observador me creía tan seguro como en este sillón en que ahora me siento ante la mesa de trabajo. Navegaba el avión majestuoso; volaba serenamente firme en sus alas y en su hélice, como aquella cigüeña que unos minutos antes planeaba sobre el páramo de San Isidro, un poco asombrada de la vecindad de aquellos otros pájaros gigantes y estruendosos.

Pájaros sabios, hijos de la inteligencia y del valor de los hombres; pájaros de acero, que significan una victoria más del esfuerzo humano sobre sus limitaciones. El avión ha roto otro límite de los que encierran estrechamente al hombre. La locomotora y el automóvil han suprimido las distancias; la dinamita, ha hendido las profundidades de la tierra; el submarino ha abierto el abismo misterioso del mar; el avión ha conquistado la infinitud de los aires, y vuela sobre las montañas y sobre las nubes, bajo la luz inmaculada, en la diafanidad ligera de la atmósfera, más alto que los condores, más veloz que las águilas, más seguro de su ruta que las golondrinas.

Hendiendo el aire, entre una estela invisible de viento que la hélice agita, se levanta del páramo el avión. Esa

triste pesantez que nos pega a la tierra, ha desaparecido. El piloto y yo ya no pesamos. Caminamos por el aire sin esfuerzo visible. El motor y las alas nos dan la fuerza que nos hace ingrávidos; el piloto es la inteligencia que la manda y aprovecha; yo soy un ojo más.

Miro desde lo alto. No está más cerca el cielo; pero está más lejos la tierra. Miradas desde arriba las cosas parecen más puras. No las envuelve el aire turbio de a ras de tierra; las ilumina, en íntegra transparencia, la luz dorada de la tarde.

Desde arriba, las colinas, y los oteros, y las torres, y las casas, son más pequeñas; pero en cambio los espacios abiertos—el valle, los páramos, las plazas, los jardines...—son más anchos. La ciudad no es el macizo de casas, cortado por las calles en trozos multiformes, que vemos en los planos; detrás de esas hileras de fachadas pegadas unas a otras, hay espacios insospechados. Entre el dédalo informe de callejuelas estrechas, allá por entre la Antigua y la Magdalena, se ofrece la frondosidad de unos jardines, la gigantesca cuadrícula de muchos patios, la insospechada extensión de algunos huertos monjiles. Y apartando unos de otros los barrios y los arrabales, anchos espacios de oscuro verdor son fondo suave sobre el que destacan las hileras blancas y rojas del caserío.

Las plazas muestran netamente a la mirada que viene de lo alto, la graciosa geometría de sus aceras, de sus árboles, de sus fuentes, de sus monumentos; los jardines almohadillan de verdor la rigidez de líneas de las calles; las torres muéstranse esquemáticas; los edificios aislados, cobran una vigorosa personalidad; las estaciones son un juguete maravilloso... Y en redor de la ciudad, el Pisuerga ondula, plateado, entre las masas verdes de los sotos, y el Canal de Castilla, y el del Duero, y el Esgueva, encauzado, y las acequias de riego, dibujan unas rayas brillantes, un poco geométricas; y destacan de entre el verdor, cercados por el río, Santovenia y la Overuela, y la mole roja del Carmen, flanqueada por la masa verdinegra, salpicada de blancuras, del cementerio, y los caseríos que miran al valle del Esgueva, y el mogote gigantesco de San Cristóbal, y los cerros del Prado, de la Fuente de la Mona, de la Marquesa...

Al partir de la alta paramera de San Isidro, el avión ha descendido hasta las eras bajas, como si quisiera abreviar en el canal brillante, junto al Puente Encarnado; pero se ha encabritado poderoso, y de un salto ha ganado de nuevo la altura, y todo el valle del Esgueva se ha ofrecido a nuestros ojos. Apenas resalta, frente a los primeros cerros de la divisoria, la Cuesta del Tomillo; el río encauzado corta, con una raya de plata bruñida, el verde unánime del valle, que se dobla graciosamente al llegar a Renedo y, curvándose en torno del cónico cerro, va a buscar Castro-nuevo, y se lanza después, sol a la espalda, hacia Villarmentero, Olmos y Piña... Girando el avión sobre las alas tersas, se cierne por encima de las curvas inquietas con que el Pisuerga ciñe el Soto de Medinilla y la Overuela, cuyos tejados rojizos interrumpen el mullido verdor de las arboledas y la tersa esmeralda de los campos. Es un peine dorado en trenza albina, el Puente Mayor; la presa pone un trazo de espuma en el verdiblanco espejo del Pisuerga; allá lejos, en una blanda sinuosidad, el semicírculo gris del Puente Colgante, le corta de nuevo. Se tienden como festones de verde intenso, a los lados del río, la Huerta del Rey y las Moreras, y el triángulo agudo del Vivero y el rectangular de las Tenerías; el trozo del Esgueva cubierto, allá en el Cubo, es una fea calva; la Academia, San Ildefonso, Sancti-Spíritu, el Colegio de los Hermanos, con notas ocres entre el verdor de jardines y huertos, y tangente a la blancuzca raya de la carretera, se abre el anillo rojo de la plaza de toros.

Gira el avión sobre el caserío, muy alto unas veces, a ras de los tejados otras; y extasiado ante la belleza nueva de la ciudad vista de arriba a abajo, he de hacer un esfuerzo para mirar con atención singular los sitios predilectos: la casa blanca y roja donde tengo el hogar, el jardín de la escuela donde juega mi hijo, la claraboya, refulgente al sol, de estos talleres de «El Norte de Castilla»; y la Universidad toda dorada por la luz vespertina, y la Antigua entre andamios, y el cubo pálido de Santa Cruz, y las Huelgas junto a la Magdalena, y la casa de Ansúrez—que hoy lo es de la Piedad—con sus patios imprevistos, y la torre mocha de San Martín, y el bloque dorado de San Gregorio y San Pablo, y la techumbre gris de Calderón, y

el embudo bullicioso de la Fuente Dorada, y el recinto rectangular de la Plaza Mayor, moteado de arbolitos y faroles, mordido por los soportales, vigilado por la maciza mole del Ayuntamiento...

En una arrancada súbita, corre el avión hacia el Mediodía, y bajo sus alas divisamos el hito enyesado del Banco Castellano, la techumbre plumiza—quilla al sol—del Campillo, el minúsculo jardín de Cervantes, la extensión negruzca de la estación del Norte... Un giro, y bajo nuestros ojos se abre el abanico verde del Campo Grande, con su varilla lateral, rayada por tres hileras de pompones, y su remate de granito y bronce.

Bajamos, bajamos, asustando a los cables del teléfono y a las chimencas, como si el avión fuera a besar devotamente la cruz de cristal que sobre la cubierta grisácea de Portugalete forma la claraboya; pero le atrae la vecina torre metropolitana, y pasa, haciendo una reverencia, a los pies del Corazón de Jesús, que desde aquella altura mira amoroso a la ciudad. Pasa, más bajo que la barandilla de la torre, y tan cerca, que tres hombres que desde allí contemplan el vuelo, se recuestan instintivamente sobre la pétre convexidad, mientras pasamos...

Una volada recta y rauda, un giro coquetón sobre la paramera, y el avión toma tierra en San Isidro, entre una nube de polvo que nos ciega y una muchedumbre amiga que aplaude al piloto.

Yo le estrecho la mano agradecido. El sonrío, con esa transparente alegría, un poco infantil, que tiene este muchacho hábil y valeroso, prudente como un viejo y atrevido como un niño, cuya mano inteligente y segura rige el mecanismo complicado y dócil del avión, como si fuera el alma serena de un organismo vivo.

Y pongo el pie en el suelo, con la admiración acrecentada hacia estos jóvenes soldados, que en la paz juegan con la muerte y en la guerra la desafían.

(30 Mayo 1926)



1914

EL PAISAJE EN CASTILLA

(Fragmentos)

Si abandona la ciudad y echa campo adelante, por donde quiera, hallará desde los primeros pasos deleite para los ojos. Acaso echa vía adelante una tarde invernal, y deja a la siniestra mano el Cementerio, por encima de cuyas tapias blancas asoman las cruces de los panteones y las copas puntiagudas de los cipreses, y más allá la pesada mole rojiza de la ermita del Carmen... Acaso está la tarde fría; el cielo, poblado de nubarrones cenicientos. Sopla el viento rudamente, con un rumor áspero, y hace rodar las nubes, apelotonándolas como vellones gigantes, desgarrándolas a veces con furia en jirones que se irisan, y abriendo en su ingrátida masa boquetes informes por donde asoma un pedazo de luminoso azul y el sol envía al valle un chorro de áurea luz. Las colinas, a lo lejos, esfuman la línea ondulada de sus cumbres en la grisácea vaguedad del cielo; y cuando un rayo de sol las acaricia, sobre el matiz blancuzco de sus laderas, brilla suave, como una gasa sutil, el verdor incipiente que anuncia la vecindad de la primavera. En el llano la tierra es parda, de un jugoso tono en los barbechos, y está rayada de un verde esmeraldino en los sembrados. Con sus trazos de acero, corta la vía el anchuroso valle, por lo más hondo; las dos rayas, que centellean al sol; y la hilera interminable de los postes, se abisman rectas en el horizonte...

Poco a poco, vía adelante, el Pisuerga manso traza una curva suave y se acerca... La espesura de sus sotos interrumpe la monótona igualdad de la llanura. Desnudos están de hojas los chopos y los álamos, que asoman sus troncos desde la hondonada por donde corre el río, y la espesura hosca de sus ramas semeja un recio seto que cierra el llano. Más allá, en la herradura que el río describe mansamente, de la hirsuta profusión de los arbustos, en un claro del soto, surgen tres altos chopos solitarios que alzan rectos sus troncos al cielo. Tal vez tuvieron una leyenda, poética o trágica, estos nudosos chopos centenarios, que parecen el alma del paisaje: cada uno, destacando sobre el horizonte de un blancor ceniciento, su raya tosca que sube

al cielo, es como un anhelo que brota de la tierra y busca lo infinito... Anhelo de vivir, de vivir gustando la vida y todos sus matices de dolor y de gozo, con intensa fruición; anhelo de amar, de amar con amor en que toda nuestra carne es brasa y todo nuestro espíritu es llamarada, con fecundo amor absoluto, en que todo el ser arde para encenderles nuevos; anhelo de morir, para hacer eterna la vida, al otro lado del tiempo y al otro lado de la vida misma, para huir de esta fugacidad y asentar nuestra alma en la inmovible roca de lo eterno... Las tres supremas ansias de que están llenos, como nuestra tierra madre, nuestros corazones, parecen encarnadas en aquellos tres árboles desnudos que salen de la tierra, por entre la espesura hosca de los arbustos, en la orilla del río. Como vivas ansias, se alzan rectos al cielo en las horas de calma; cuando el viento les azota furioso, como acaso en esa tarde de pálida luz tristonera y frío sutil que cala los huesos, los altos troncos se estremecen, y se inclinan las puntas de sus copas, barbadadas de ramas, secas aún, y si la furia del vendaval arrecia, todos enteros se curvan, con un sordo crujir que parece un gemido...

* * *

Más lejos. Es el valle del Duero. La primavera avanza. El caminante, si mira a la izquierda, ve barbechos parduzcos y reseco; sembrados en que las cañas verdes de los trigos se erizan sobre los lomos de los surcos; viñedos, cuyas cepas levantan sus nudosos brazos retorcidos como atormentados; altos chopos, todavía desnudos de hoja, enfilados a lo largo del Canal, que ciñe por su base una colina solitaria, cuya cima yesosa se recorta ondulada en un cielo de purísimo azul... Si mira a la derecha, sembrados y barbechos, verdes y pardos; la blanca cinta de la carretera, ribeteada de álamos y acacias; luego los pinares, con su laberinto de troncos, con el mar verdoso de sus copas redondas, con su alfombra de tomillos y romeros, sobre los que destacan gallardos los pimpollos; y allá, en el horizonte, el sol pálido, hundiéndose, poco a poco, tras la indecisa línea de las lomas lejanas... Una laguna y un caserío; el agua, levemente rizada por el viento, brilla con las últimas luces del sol que se esconde; el pueblo, de tejados rojizos, lanza

a lo alto nubecillas de humo azulado por las negras bocas de sus chimeneas.

Sigue caminando. Se interna en los pinares: la laberíntica cortina de troncos, bajo las copas verdes, no tiene fin; en los claros del pinar, los rayos pálidos del sol doran las yerbas secas del suelo con largos trazos de luz. Un momento vuelve a ver las colinas, en cuya falda ondula el Canal, con su talud cubierto de verde y sus bordes erizados de chopos. Hay luego una explanada descubierta, y hay en ella una granja, que se destaca blanca, sobre los campos. Más allá los pinares otra vez; a un lado, el río.

Un puente le franquea. Las aguas verdosas se deslizan mansas entre los estribos, bajo los arcos esbeltos y al ondular en torno de las recias pilastras, murmuran suaves. Más abajo, una presa se opone a su marcha: las aguas se detienen, como si vacilasen, se remansan para tomar alientos y se lanzan, por fin, saltando enfurecidas la sólida barrera de granito y levantando, al caer del otro lado, penachos gigantescos de espuma. Rugen atronadoras un momento, pero recobran luego su vencedora serenidad, y corren tranquilas por el ancho cauce, reflejando la luz del sol que brilla en lo alto, lamiendo la tierra cascajosa de las orillas, alegrando los llanos silenciosos con su eterna canción.

El cauce del río corta la llanura levemente ondulada, cuya extensión, verdosa a trechos y a trechos parda, se confunde en la lejanía con el cielo encrespado de nubes blanquecinas que ocultan de tiempo en tiempo la lumbre del sol. Junto a la presa, hay un molino abandonado, con las muelas cubiertas de polvo, la rueda rota, el tejado hundido, las viejas paredes orladas de muérdago y el alero coronado de jaramagos amarillos, la planta misericordiosa que corona de flores lo que muere olvidado. En un recodo del río, entre chopos y álamos, una huerta rodeada de almendros. A lo lejos, junto al pinar, cuya línea oscura cierra por aquel lado el horizonte, las casas terrosas de un pueblecillo se agrupan en torno de una torre mudéjar, en cuya alta cornisa un nido de cigüeña espera su huésped veraniego. Como una nube maldita, cruza el espacio una bandada de grajos, que marchan veloces huyendo de la primavera...

Una primavera acaso—ies tan frecuente la desdicha en

Castilla!—sin alegría: con sol, pero sin agua. Mucha luz en el cielo, fuego en el aire. Pero no llueve... La tierra, sedienta, comienza a agrietarse; el arado deja tras sí una estela de polvo al abrir los barbechos; los sembrados nacen raquíticos; amarillean de anemia las puntas de las hojas en los trigales.

—¡Si lloviera...!—ha exclamado tal vez un labriego, que al cruzar el puente se ha detenido un momento para mirar al cielo—. ¡Si lloviera...! Los trigos se mueren de sed; las cebadas no nacen. Si no llueve pronto, este año no habrá cosecha.

Y vuelve a mirar al cielo con afán angustioso, como si quisiera amontonar con la mirada las nubes todas que flotan majestuosas en lo alto.

—¡Habrá que sacar la Virgen en rogativa!—murmura al alejarse camino del pueblo, volviendo de cuando en cuando la cabeza hacia el Poniente, donde, impulsadas por el viento, se amontonan las nubes.

Y el caminante le mira marchar melancólico, y mira también desde lo alto del puente cómo las aguas del río corren estérilmente cauce abajo, mientras en sus orillas los sembrados se mueren de sed...

* * *

Es tierra de pinares. Llegó el verano. Descansa el caminante en hospitalaria casa labradora.

Y acaso un día, es mudo espectador de la tragedia campesina. Sentado en un poyo en el ancho portalón, ha visto, por entre los retorcidos sarmientos de la parra, cómo se van amontonando los nubarrones cenicientos, cómo van ocultando el azul transparente del cielo, cómo palidece la luz matutina, cómo se amortigua el verde amarillento de las cebadas, el verde intenso de los trigos, el verde plomizo de las avenas, el verde oscuro de los pinos, el verde tenue que en los eriales parece tender sobre la tierra grisácea un velo esmeraldino; cómo se trueca en negruzco el color pardo de los barbechos recién labrados; cómo las cumbres de las colinas lejanas toman tonalidades violáceas...; cómo el paisaje pierde su alegría y se va poniendo triste. En la era, las gallinas picotean inquietas, escarbando nerviosamente el suelo; ahuecan las plumas; cacarean, alcan-

do hacia las nubes el pico abierto. Las golondrinas, huéspedes estivales del alero, cruzan el aire en raudó vuelo ondulado y se posan en el borde de sus nidos de barro. Los gorriones pían agudamente en las ramas de los frutales de la huerta. Un aguilucho cruza el espacio oblicuamente, con volar seguro, y se pierde a lo lejos, hacia donde los nubarrones cenicientos dejan ver el ópalo del cielo.

Un relámpago ilumina el paisaje con su lumbre violada; un trueno rueda con estrépito resonante. Y otra vez alumbrado el relámpago súbito la llanura, y otra vez el tableteo horrísono del trueno hace vibrar estremecido el aire.

Un ventarrón iracundo sopla con furia: los frutales doblan sus copas; los tablares de espigas ondulan como un mar de esmeralda; del pinar vecino surge un sordo rumor de torrente; las ventanas y las puertas se cierran de golpe, estrepitosas, y un cristal se hace añicos en las losas del patio.

Comienzan a caer con violencia gotas gruesas, calientes, que suenan como escupitazos en el alero y pintan en la tierra del camino redondeles oscuros. Brota del suelo un aroma excitante, que se entra como soplo de vigor por los pulmones; un olor violento en que parecen fundirse, con afrodítica intensidad, todos los perfumes vivificantes de las flores campesinas. De pronto, en la arena del camino y en las paredes encaladas de la casa, y en el alero orlado de verbajos, rebotan furiosamente los granizos.

—¡Mala nube, señorito!—dice la cachicana, mirando sobrecogida al cielo y a los campos—. ¡Mala nube!

Por entre los pimpollos de la linde del pinar, aparece el cachicán, seguido de unos mozos, la chaqueta al hombro, el sombrerón sobre la frente, hundiéndose en la tierra arenosa sus rústicos borceguíes claveteados. —¡Mala nube! —grita también; y vuelve el rostro hacia los anchos recuadros en que los trigales ondulan a impulso del vendaval que hace bambolear las cañas, y del granizo iracundo que troncha las espigas.

El pedrisco arrecia por momentos. Las esferillas congeladas caen más gruesas a cada instante, y con más violencia, y con más devastadora abundancia. El paisaje parece velado por un tul blanquecino, que el vendaval agita con furia asoladora.

Bajo el dintel de la puerta, el cachicán, los mozos, las mujeres, pintándose en sus rostros atezados un terror trágico, inmóviles, callados, suspenso el ánimo, miran el pedrisco que les arrasa los campos implacable; y un estremecimiento de rabia impotente agita sus nervios, mientras la tormenta ruge en lo alto, y los panes, ya espigados, se abaten, con rumor quejumbroso, bajo la granizada...

* * *

Tierra de Campos. Diciembre. Nieva. El caminante, temeroso de la nevada, va en carruaje.

El cielo blanquecino parece deshacerse sobre los campos en copos enormes que caen lentamente, agarrándose a las ramas desnudas de los escasos árboles, a las pajas renegridas de los barbechos, a los sarmientos nudosos de los viñedos, cubriendo la tierra de capa blanquísima sobre la cual asoman los terrones parduzcos, como cabezas informes cubiertas de caperuzas blancas.

El horizonte sin límites de la llanura se reduce en rededor. La nieve, cayendo copiosísima, forma una cortina densa; la vista no puede atravesarla: a poca distancia los objetos aparecen indistintos. A la espalda se divisan, como sombras, las torres de la villa, sobresaliendo de la mole oscura del caserío; al frente se confunden a lo lejos, en penumbra indecisa, el cielo plumizo y la planicie blanca.

La carretera está desierta como la llanura. En todo el camino sólo se encuentra al peón caminero que, embozado en su capa, se guarece de la nevada en estrecho agujero abierto en un desmonte de la carretera.

Sopla de pronto un viento noroeste que ciega, arrojando la nieve al rostro, y mete el frío hasta los huesos, pese a las recias mantas. Los copos antes grandotes, son ahora microscópicos; ya no caen revoloteando pesadamente, sino rectos, de prisa, como arrojados, formando ángulo agudísimo con la superficie de la llanura, blanca ya por completo.

Un pueblecillo surge de entre el blanquecino cortinón de nieve. Están cubiertos de blanco, la cúpula de la torre, las rotas almenas del viejo torreón del castillo, los tejados, los salientes de las fachadas. En las puertas de las casas

apenas alguno que otro labrador, embozado en su manta, mira caer la nieve.

Va quedando atrás la aldea y empieza la subida a la meseta que separa las cuencas de dos ríos. Arriba, ya en lo alto, el viento sopla con más fuerza y es más frío; la nieve sigue cayendo copiosísima. Al poco rato, cuando comienza la bajada, se divisa a lo lejos un caserío, apenas distinto a través de la nieve. El viento afoja; pero el frío arrecia, y el caminante tiritita bajo las mantas, cubiertas de nieve.

En la posada a duras penas encuentra sitio junto a la lumbre. La cocina está llena. Sentados en taburetes alrededor de pequeña mesa, concluyen su comida, con postre de nueces, unos arrieros; otros atacan ansiosos una enorme cazuela de sopas de ajo, coloreadas con pimentón; dos molineros discuten vivamente; y unos cuantos labradores, arrimados al hogar, sazonan la conversación con tragos de rojo vino de la tierra. Todos están alegres: la nevada es para los campos una bendición. Lo dice el refrán viejo: «año de nieves, año de bienes».

* * *

Ya es Enero. Amanece. Hay niebla. Es el frío palpable. Está la tierra helada, y el lodo de otros días, hoy es peña dura, en cuyas aristas se hieren los pies. A través de la indecisa transparencia de la niebla, apenas se divisan las rígidas siluetas de tal o cual árbol que se alzan al lado del camino.

A medida que el día avanza, la niebla se ilumina; más tarde, señalase entre bruma luminosa el disco del sol, como una gran oblea transparente; y al poco rato sus rayos rasgan el crespón de brumas, e inundan de luz la llanura, arrancando chispas irisadas a los cristalillos de escarcha que cubren los surcos. A lo lejos, flotando sobre algún arroyo y agarrándose a las ramas heladas de los arbustos, se deshacen lentamente los últimos jirones de la niebla.

Estamos en el páramo. La llanura se extiende hasta el horizonte—como el mar—. Formando tapiz inacabable tendido hasta el horizonte, recórtasen los inmensos cuadros oscuros de las tierras labradas, los barbechos grisáceos, las viñas erizadas de sarmientos secos. Ni una casa, ni un ár-

bol, ni una mancha de verdor interrumpen la monótona gradación de pardas tonalidades, que allá en las lejanías del horizonte se confunden con el azul blanquecino del cielo.

Cielo y tierra no más es el paisaje. La tierra parda y el cielo azul. El sol derrama su luz esplendorosa, desde el abismo infinito de lo alto sobre el llano sin fin. El cierzo sopla helado y violento, con un sordo rumor áspero y rudo, como el de un aletazo gigantesco que rozase la tierra con furia.

La llanura está desierta. Sólo un hombre—enjuto, sarméntoso, fuertes los miembros, atezado el rostro, viva la mirada, envuelto en su tosco atavío del color del terruño... —Entre el llano y el cielo que se besan en el infinito del horizonte, sólo un hombre aparece, recortando su recia silueta en la luminosidad de la lejanía, quieto, sereno, erguido como dominador... Pudiera ser el símbolo de la raza...

(1915)

LA REVOLUCIÓN EN MEJICO

(Fragmentos)

(Diario de un testigo presencial)

Presagios ciertos

Domingo 9

De mi primer sueño en Méjico, he despertado a tiros. Llegué ayer, y esta mañana me sacó del lecho el estrépito siniestro de la fusilería. Había estallado la revolución.

Ya en el «Reina Cristina», durante la travesía, algunos mejicanos que regresaban de Europa, me dijeron: —Si está usted algún tiempo en nuestro país, presenciará acontecimientos graves.

Después, en la Habana, me confirmaron estos augurios. El mismo día de nuestra arribada, el «Diario de la Marina», daba la noticia de que las gentes de Zapata habían asaltado un tren en Ozumba. Pero esto era casi lo de menos: en la capital de Cuba se suponía que era inminente en Méjico un levantamiento. Y la realidad ha venido a probar que estaban bien informados los cubanos.

Como en Europa es cosa corriente tomar poco en serio estas revoluciones de América, en las tertulias de a bordo, durante los dos días de navegación entre la Habana y Veracruz, más de una vez se hicieron bromas sobre el asunto y fueron tema de chistes hasta las ferocidades de los zapatistas; y aún nos duraba esta disposición humorística a muchos pasajeros del «Reina Cristina», cuando, ya en Veracruz, nos disponíamos a terminar nuestro viaje con unas horas de ferrocarril.

Pero, en la estación misma, momentos antes de salir el tren, un mi amigo mejicano que ahora reside en Nueva York y que regresaba de la capital, me dijo, muy en serio:

—Los momentos son críticos. El levantamiento de Félix Díaz en Veracruz, fué más importante de lo que se ha creído, y se repetirá pronto. Aquello acabó en seguida, porque creían los felixistas que las tropas enviadas por el Gobierno contra ellos, se les unirían al entrar en Veracruz; pero no fué así, y Díaz quedó preso. Ahora pasarán las cosas de otro modo. El Gobierno ha sacado de la prisión de San Juan de Ulúa al brigadier y le ha llevado a Méjico,

porque teme que aquí se repita el levantamiento. Tal vez ha sido un error, pues acaso no ha logrado más que variar el sitio de la lucha, y más grave que lo sería aquí, será el levantamiento en la capital. De estos augurios—me decía después—usted mismo presenciara la confirmación, pues por desgracia son hartos bien fundados. Yo me vuelvo a Nueva York mañana, porque no quiero ver cómo las balas fratricidas manchan de sangre mi ciudad natal.

Y había un temblor de honda emoción en la voz de aquel hombre alto y recio, de rostro enérgico, de quien yo sé que en lejanos días se batió muchas veces por su patria y que lleva en el pecho escrita con cicatrices la ejecutoria de su bravura.

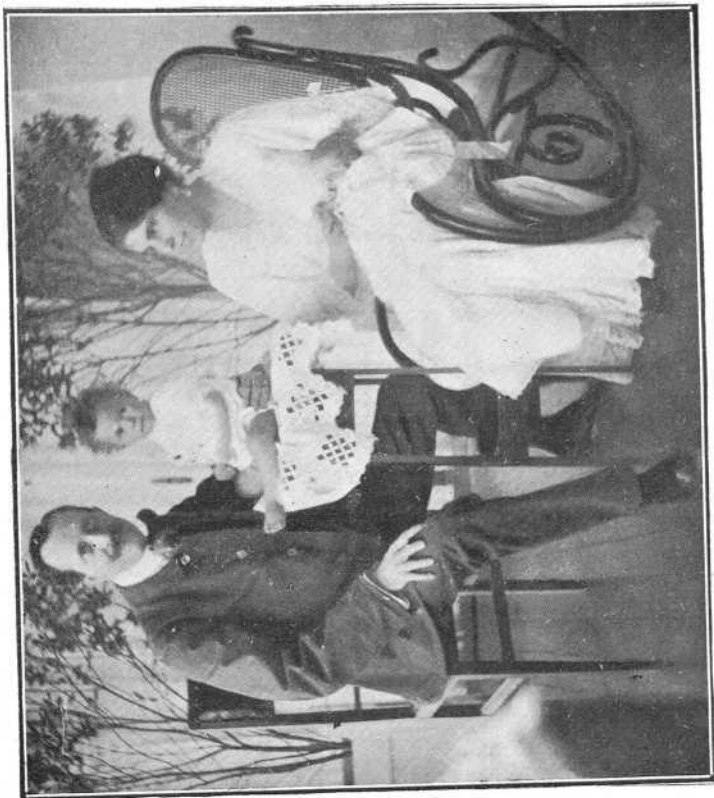
Nos despedimos rápidamente porque se oyó el «¡vámonos!» reglamentario y el tren se puso en marcha. No pude saber más.

Aquí, por la mañana, apenas llegado, pregunté a cuántos pude. Sí; había temores de acontecimientos, pero no se concretaban. Nadie sabía nada o nadie quería hablar si sabía algo. La ciudad ofrecía su aspecto normal; era el día espléndido, las calles estaban animadísimas; al anochecer, en Plateros, el paseo fué brillante; por la noche había la concurrencia habitual en los teatros. Tan sólo a última hora, al retirarme al hotel, noté un síntoma poco tranquilizador: recorrían las calles nutridas patrullas de Caballería. Alguien me dijo que esto no era de hoy; y me dormí, pensando en los vaticinios de mi amigo, pero sin sospechar que su cumplimiento estaba tan próximo.

La primera jornada

Me despertaron los tiros. Eran las ocho y cuarto de la mañana. Atronaba mi habitación del Hotel Humboldt el estruendo rudo de las detonaciones. Quise creer, en el primer momento, que era una función de pólvora; pero pronto el seco tableteo de una ametralladora, me convenció de que aquella pólvora tenía balas.

Salí al hall; pedí noticias. Sólo una se sabía: que había surgido un levantamiento, figurando al frente Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón.



1916

Me eché a la calle, cediendo mejor a los impulsos de mi ávida curiosidad de periodista, que a las voces de la prudencia.

Por la calle de Flamencos corrían despavoridas las gentes, huyendo de la inmediata plaza del Zócalo, donde se peleaba furiosamente. De portal en portal, de esquina en esquina, resguardándome del peligro de las balas, logré asomarme a la anchurosa plaza.

Desde las torres de la Catedral, desde las azoteas de Palacio y desde diversos puntos de la plaza, se disparaban sin descanso fusiles y ametralladoras. En los soportales y en los jardines, la gente inerme se había refugiado. Sobre el asfalto, ante el Palacio, estaban tendidos muchos muertos sobre charcos de sangre.

A poco cesó la lucha; logró huir la gente pacífica, no sin dejar cadáveres en tierra; vinieron ambulancias de la Cruz Roja...

¿Qué había pasado? De boca de unos y otros, preguntando aquí, oyendo allá, me enteré de todo, y gracias a un joven, felixista entusiasta, a quien, escondido en un portal, ayudé a vendarse con el pañuelo un rasponazo de una bala, supe también cómo se había preparado el levantamiento.

Tenía razón el amigo que en la estación de Veracruz me auguró graves sucesos en la capital. Desde que el general Félix Díaz fué recluído en San Juan de Ulúa, comenzaron sus partidarios los trabajos para librarle de la prisión y repetir el movimiento revolucionario.

Su labor fué rápida y eficaz, y era alma de ella el general Manuel Mondragón, el famoso artillero cuyo nombre llevan los cañones del ejército mejicano: le ayudaban decididamente los generales Velázquez y Gregorio Ruiz, el ingeniero José Mondragón, el abogado Rodolfo Reyes, el señor Cecilio Ocón y otras personalidades; y por diversos medios estaban en comunicación constante con los generales Díaz y Reyes, a pesar de la vigilancia de que éstos eran objeto en sus prisiones respectivas.

Aleccionados por lo ocurrido en Veracruz, decidieron dar el golpe esta vez en la propia capital, pero para ello necesitaban la presencia de Félix Díaz.

Y usando de un hábil y sencillo ardid, hicieron creer a la Policía que los conspiradores estaban ultimando en la Ha-

bana los preparativos para un nuevo levantamiento en Veracruz, y el Gobierno, en vista de ello, decidió trasladar a Félix Díaz desde San Juan de Ulúa a la Penitenciaría de la capital, cumpliendo así los deseos de los felixistas.

En numerosas reuniones, celebradas principalmente en Tacubaya, quedó ultimado el plan, y el viernes pasado se resolvió realizarlo hoy. Todo estaba listo.

Y en efecto, esta madrugada, poco después de las cuatro, salían de Tacubaya los dragones mandados por el coronel Anaya y los artilleros del 2.º y 5.º, por los mayores Aguillón y Frías, y con los del 1.º que se les unieron luego, entraron en la ciudad, y a las siete estaban en la Penitenciaría, donde les entregaron a Félix Díaz, ante los argumentos de cuatro cañones de grueso calibre.

Entre tanto, los cadetes de Tlálpam, con el coronel Vallejo al frente, vinieron en varios tranvías; sacaron al general Reyes de la prisión de Santiago; en el cuartel de San Ildefonso se unieron al 20.º batallón, y siguiendo a Reyes y Gregorio Ruiz, marcharon a Palacio.

Había llegado a éste la noticia de lo que ocurría, y el comandante militar, general Villar, se aprestaba a la defensa. Aun así, la guardia, medio sorprendida, dejó pasar a parte de los aspirantes, que al empezar el tiroteo volvieron a salir. Llegó Villar, intimó la rendición de los sublevados, y la respuesta fué una descarga.

Comenzó el combate. Las ametralladoras desde la puerta y las azoteas de Palacio, barrían la plaza; la fusilería tronaba violenta; los cadetes tiraban desde las torres de la Catedral; la tropa, pecho a tierra, en la plaza. En los soportales, la muchedumbre que acudió curiosa y que se refugiaba allí presa del pánico, fué diezmada por las balas. También los combatientes caían. Villar y el ministro de la Guerra, Peña, fueron heridos; cayó muerto a la puerta de Palacio el coronel Morelos; allí mismo el general Reyes, fué derribado del caballo por la furiosa descarga de una ametralladora, y muertos también, y como él, acribillados a balazos, quedaron tres cadetes; en las filas de la tropa abrieron las balas muchísimos huecos... Una espantosa carnicería.

Cuando salí del portal, con el joven felixista que me refería todo esto, ya no se oían tiros en Zócalo; pero comenzaron a sonar hacia la ciudadela.

—Ya está atacando Félix Díaz. Vamos a verlo—dijo, y echamos en aquella dirección.

Vimos correr velozmente a grupos de gentes de extraño aspecto. Algunos iban heridos. Eran, según supe después confinados de la prisión de Santiago que, después de pegar fuego al edificio y sostener sangrienta lucha contra sus guardianes y contra la tropa, habían conseguido huir. No eran los más; los soldados lograron, a tiros, contener en parte la huída; muchos presos perdieron la vida al buscar la libertad; estos que corrían delante de nosotros fueron más afortunados.

No pudimos pasar de la calle de Dondé. Félix Díaz, mientras se libraba el sangriento combate del Zócalo, intimó la rendición a la ciudadela. La guarnición le contestó a tiros, y él replicó con sus cañones y ametralladoras.

Desde la esquina, y fuera del alcance de las balas, vimos cómo el propio Félix Díaz, dirigía el fuego de cañón. El general es un hombre alto, fornido; moreno el rostro; la nariz bien acusada, enérgica; brillan con imperio los ojos oscuros; el mostacho se retuerce como el de un legendario mosquetero. Recuerda su figura la noble de su tío don Porfirio, el gran estadista mejicano que acaso fué un tirano, pero bajo cuyo mando disfrutó de paz y se engrandeció Méjico. Estaba sereno; mandaba bajo las balas con la misma tranquilidad que unas maniobras. A su lado se batían bravamente sus amigos.

Varias veces se suspendió el fuego para parlamentar. Inútil: la guarnición no se rendía. Y empezaban de nuevo los tiros.

Mi acompañante, enardecido por el ejemplo de sus amigos, salió de la esquina, se apostó en el hueco de un portal cerrado y entró en fuego, haciendo hablar a su browning. A poco, una bala le tumbó en la acera, con los brazos extendidos; muerto instantáneamente. Un hilito de sangre le corría por la mejilla izquierda. ¡Pobre muchacho!

Me alejé de aquel sitio con el corazón estremecido. Dejaron de oirse tiros. Aún no era la una de la tarde. La ciudad estaba en poder de Félix Díaz, y las fuerzas que la defendían tomaron la causa de éste.

En la calle de San Francisco, un cubano, compañero de viaje, me gritó desde un balcón:

—Pero ¿está usted loco? ¿Dónde va, compadre, con esta «bola»?

Me obligó a entrar en el portal, cuya puerta él mismo bajó a abrir, haciéndolo con no escasas precauciones. A él le sorprendieron los sucesos al ir en busca de una peluquería; por fortuna llegaba cerca de la casa de un pariente suyo (aquella en que nos hallábamos) y en ella se refugió.

—No se vaya—me instaba—. Quédese aquí hasta que esto acabe.

Y viéndome inclinado a no aceptar el cariñoso ofrecimiento, me atacó por el flaco:

—Le contaré la llegada del presidente Madero. ¿Sabe? Tuvo que acogerse ahí en frente, en la fotografía Daguerre.

Aquello era interesante. —Me quedo—dije—. Y muy agradecido.

El señor Madero, según me refirió mi amigo y huésped, se hallaba en Chapultepec al comenzar el «cuartelazo». En cuanto le comunicaron la noticia montó a caballo, y acompañado del ministro de Fomento, Bonilla, y seguido de una pequeña escolta, emprendió el camino hacia el Palacio Nacional, que se decía en poder ya de los sublevados.

Al doblar la esquina de la Avenida del 5 de Mayo, en dirección al Zócalo, un grupo de paisanos hizo una descarga contra el presidente y sus acompañantes. Estos le obligaron a retroceder; y a pie, fueron todos hasta la fotografía Daguerre, donde poco después se les unieron el ministro de Hacienda, el general Huerta, el coronel Malpica, varios diputados y el hermano del presidente, don Gustavo Madero.

Pronto, tropas leales y gendarmería tomaron posiciones para asegurar la persona del presidente; ante la casa en que éste se hallaba, reunióse gran muchedumbre; hubo vivas y aplausos; salió Madero al balcón y le aclamaron. Luego el coronel Malpica y el ministro Bonilla arengaron a las gentes, y anunciaron que el presidente seguiría su camino a Palacio.

Y así fué. A caballo, y rodeado de los ministros y los jefes militares, el señor Madero marchó calle adelante, entre aplausos.

La figurita exigua del presidente, se agrandaba sobre el potro brioso. Iba sereno; miraba tranquilo a todas par-

tes y contestaba cortés a los aplausos; en su rostro se dibujaba reciamente un gesto de energía tenaz.

—Este hombre no es capaz de ceder; si no vence pronto correrá mucha sangre. Lo he visto en su cara—afirmaba mi amigo, perspicaz observador, que por primera vez veía al señor Madero.

Y así llegó a Palacio el presidente.

Y esta es la situación: el Gobierno en el Palacio Nacional, Félix Díaz en la ciudadela, el ejército dividido y el pueblo sin tomar parte activa en la pelea.

La vida urbana quedó suspendida: sin tranvías, sin coches, sin carros, sin gente. Sólo tropas por todas partes. La ciudad está sobrecogida de terror por lo ocurrido y por lo que se teme.

Por la tarde, hacia las cinco, hubo tiros de nuevo. Una sección de rurales cambió algunos centenares de balas con los rebeldes de la ciudadela.

Al anoecer volvió la calma, y el día expiró dejando a Madero y a Díaz como a don Quijote y al Vizcaíno: «Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas». Y a la ciudad entera angustiada, temerosa, como las damas del coche en la aventura cervantina, ante la perspectiva del terrible duelo.

Día de expectación

Lunes 10

La pólvora calla. Los adversarios, frente a frente, permanecen quietos. En la ciudad hay calma.

Pero no hay paz. No se ha disparado hoy ni un solo tiro, y sin embargo, todos sabemos que este silencio de los fusiles y los cañones es precursor de nueva pelea; algo así como un momento de quietud en que los luchadores concentran sus fuerzas para lanzarse al combate.

Y sabemos también que éste se librará en torno de la ciudadela.

Félix Díaz, encerrado con sus gentes en el recinto fortificado, dispone de una posición formidable: para llegar a ella, las tropas del Gobierno han de dejarse en las calles muchos centenares de hombres derribados por la metralla.

La lucha será ruda y acaso larga. En la ciudadela está la flor de la Artillería, y son admirables los artilleros mexicanos. En las filas gubernamentales, soldados aguerridos y jefes excelentes, curtidos todos ellos en las campañas.

En las calles hay animación; pero es una animación anormal. Las gentes circulan con prisa; con prisa febril que indica terror. Cualquiera estrépito hace correr en todas direcciones a los transeúntes.

Se han situado las tropas en el Zócalo y sus alrededores, y las calles que afluyen a la ciudadela también están tomadas. Varias veces me han cortado el paso los soldados, y para curiosar he tenido cien veces que dar rodeos y desandar lo andado.

—¿Qué pasa?—se pregunta la gente—. ¿Por qué no hay lucha?

Nadie la desea, naturalmente; pero todos se muestran sorprendidos de esta paz material inexplicable. Se dice que los representantes extranjeros realizan gestiones para evitar que la pelea se reanude; mas no parece que sus esfuerzos lleven camino de feliz éxito: se estrellan tal vez en la irreductible actitud de los adversarios. «Que renuncie Madero»—dirá acaso Félix Díaz. «Soy la legalidad constitucional, y moriré, pero no renunciaré jamás»—acaso dirá el presidente que esta tarde ha regresado de Cuernavaca, trayendo al general Angeles y sus tropas.

Y no hay solución. En vista de ello, y presintiendo que voy a quedar encerrado en los sectores de fuego, me preparo otro alojamiento, en una de las calles de las Artes. Un periodista tiene el deber de correr los riesgos que hagan falta para enterarse de lo que ocurra, pero debe tener también la prudencia necesaria para que no le inutilicen de un balazo las noticias.

Anotemos las que hoy me han procurado mis correrías a través de la bella ciudad. Son todas de ayer, que hoy se han concretado y que añaden al sangriento cuadro de esa tragedia las pinceladas más negras.

Empecemos. Las víctimas de la jornada de ayer son unas 1.300. Se acercan a 300 los muertos y pasan de 1.000 los heridos. La mayoría, paisanos curiosos, mujeres y niños; transeúntes sorprendidos en las calles por la refriega; gentes a quienes alcanzó la muerte ocupados en sus quehaceres...

¡Y esta ha sido la jornada primera! ¿Qué horrores amenazan todavía a Méjico?

En Palacio hubo ayer fusilamientos. Primero, el general Gregorio Ruiz. Le cogieron prisionero cuando en el Zócalo, ante la puerta misma de Palacio, una ametralladora derribó a Reyes y a muchos cadetes. Ruiz salió ileso de las descargas, pero se quedó solo y con el caballo herido; se echaron sobre él los federales, y le aprisionaron. Horas después, por orden del presidente Madero, le fusilaron en el patio de Palacio. Al ser conducido pidió permiso para hacer testamento verbal, y a un sargento del Colegio Militar le confió su última voluntad: «Que mis dos hijas sean siempre buenas y honradas; que no abandonen a los huérfanos que tengo recogidos; que sepan que muerdo con la convicción de haber cumplido mi deber de patriota ayudando a Reyes y combatiendo a su lado». Y después de decir adiós a los presentes, él mismo mandó la ejecución: «¡Apunten! ¡Fuego!»—gritó con voz firme y resuelta. Sonó la descarga, y el valiente general Ruiz—que así renovaba la indomable bravura, casi legendaria, de aquel general León, «la mejor lanza del ejército», cayó muerto instantáneamente.

También fueron fusilados, y también por orden del presidente Madero, quince alumnos de la Escuela Militar de aspirantes. De los que habían penetrado en el Palacio, muchos no pudieron salir; quedaron prisioneros, se les desarmó, y uno de cada cinco, fueron pasados por las armas. ¡Quince vidas cortadas en flor; quince jóvenes, algunos casi niños, sacrificados! El horror se colma.

Dos periodistas han sido heridos durante la refriega. Arrostrando el peligro, cumplían su deber profesional, y las balas les alcanzaron. Estos héroes son don José Casas y don Manuel de la Torre. Este es el secretario de redacción de «El Imparcial»; un buen periodista. Aquél es redactor jefe de «El Correo Español», compatriota nuestro y «algo vallisoletano», pues pertenece a la familia de don Faustino Casas, tan estimada ahí; escritor de talento y bellísima persona. Por fortuna, las heridas de estos bravos compañeros no son graves. Y yo espero que cuando la paz se restablezca y ellos lo estén también, los periodistas de Méjico y los demás que aquí nos hallamos, les tributare-

mos un cariñoso homenaje: que ambos se han ganado la «laureada del periodismo».

Otra nota periodística, y lamentable. Ayer un grupo de maderistas, y dicen que guiados por un periodista, pegó fuego a las oficinas de «El País», «La Tribuna» y «El Heraldo Independiente», y apedreó las de «El Noticiero Mexicano» y el «Gil Blas»; todos periódicos de oposición. Hoy sólo han salido los ministeriales.

Noticias del anochecer.—Los hospitales, los sanatorios, las clínicas particulares, están llenos de heridos. Más de mil se han contado. Los menos son soldados y políticos de armas tomar; los más, son gentes que no «se metían» en nada, y muchos niños y muchas mujeres. Algunos vendedores de periódicos; varios miembros de la Cruz Roja, de la Blanca Neutral y de la Blanca Mejicana; dos médicos; un sacerdote...

En la ciudadela hay dos mil hombres, y allí está casi toda la artillería y hay un parque de municiones poco menos que inagotable.

Ahora entra en la ciudad el general Angeles con 2.000 soldados. De Celaya y Teotihuacán llegaron dos regimientos de rurales. Otras tropas están en camino.

El ministro de España, Cólogan—que en Pekín, cuando la sublevación de los boxers, se hizo famoso por sus extraordinarias dotes—ha logrado hoy que se garantice la vida de los militares presos en la ciudadela.

No hay más noticias comprobadas.

Llegó la noche. Sigue la paz, que no es paz, sino silencio temeroso, como el que media entre el resplandor del relámpago y el estallido fragoroso del trueno.

Sigue la batalla

Miércoles 12

Desde el amanecer comienzan los tiros. Silban las balas como sierpes aladas, que sedientas de sangre cruzasen las calles; las detonaciones hacen vibrar el aire, y los cristales en las casas repiten, con un siniestro estremecimiento, los estampidos. Un casco de granada ha roto un vidrio

de mi balcón y se ha hincado en las maderas. Le arranco y le guardo como recuerdo de la página histórica que los mejicanos están escribiendo a balazos.

También hoy dura el combate todo el día. Su episodio principal ha sido la recuperación de la sexta comisaría por los federales, en la esquina de Victoria y Revillagigedo. Por esta última calle trataron luego de avanzar, pero los mausers y las ametralladoras de la ciudadela les hicieron retroceder de nuevo.

En la cárcel de Belem los cañonazos felixistas abrieron ancha brecha y por ella se lanzaron los presos, ávidos de libertad, despreciando a la muerte que entraba jinete en las granadas, por donde ellos pretendían salir. Muchos lograron la libertad y la vida; muchos cayeron muertos, o por la metralla o por los balazos de sus guardianes.

Al declinar la tarde, fatigado de todo el día de curiosear la lucha, esquivando con mil rodeos el peligro y buscando en zaguanes y soportales refugios a cubierto de las balas, me cortan el paso, cuando ya llego a mi calle, los fuegos que se cruzan en la glorieta de Colón. Escondido tras uno de los anchos bancos de piedra que circundan la plaza, contemplo y admiro cómo se batien los soldados mejicanos. Tiran con serenidad que casi parece indiferencia; como en un simulacro. Pasan de un lado a otro, al descubierto, con inmovible tranquilidad, mientras las balas silban sobre sus cabezas. Y dan ejemplo de sangre fría los oficiales.

A mi derecha, en dos casas magníficas del Paseo de la Reforma, las granadas abren brechas enormes. Caen las columnas de las terrazas; las techumbres, al ser hendidas, crujen rudamente; un balcón ha quedado unido a la puerta, pues una bala rasa se llevó el dintel de ésta. En frente, el palacio de la señora Scherer, cogido entre dos fuegos, muestra por todas partes agujeros informes, que abrieron las granadas. Los árboles magníficos del paseo tienen las ramas mutiladas; algunas penden como brazos rotos.

Cuando la noche llega, cesa el combate. Y sobre las tristezas de la lucha, hay otra mayor: la de que nada se ha adelantado por unos ni por otros. La batalla entablada queda hoy como ayer.

El combate arrecla

Jueves 13

No ha terminado en calma la noche. Cuando era media por filo, los cañones de la ciudadela comenzaron a tronar; casi dos horas duró el bélico estruendo, que el silencio de la noche agrandaba. Hoy me entero de que fué un ardid de los felixistas para atraer la atención de los federales hacia determinados puntos, mientras por otro entraban al recinto carros de provisiones.

Para compensarlo, sin duda, esta mañana los federales han cortado las cañerías que surten de agua a la ciudadela. Pero alguien me dice que hay en ella pozos artesianos.

El combate ha llegado hoy a su mayor encarnizamiento. El cañoneo, sobre todo, ha sido espantoso. En el centro de la ciudad y colonias Juárez y Cuautemoc, las granadas han causado estragos espantosos. En los clubs alemán y americano han estallado varias.

Los felixistas avanzan. Con soberbio empuje tratan de apoderarse de la iglesia del Campo Florido. A tiros y cañonazos van ganando la calle manzana a manzana (cuadra a cuadra, que dicen aquí). Los federales les contienen haciéndoles fuego por el frente y, al llegar a las calles de Nuevo México y Morelos, por el flanco. Desde la esquina del Hotel Imperial, en la glorieta de Colón, y desde la primera de las Artes, hacen a los felixistas terrible fuego, que ellos contestan pronto con chaparrones de balas. La ciudadela apoya a sus gentes con los cañones: sobre los puntos que ocupan los federales empiezan a estallar granadas. Los artilleros hacen blancos soberbios, mostrando pericia insuperable.

Por fin, el avance es contenido; los felixistas retroceden, y cuando el sol declina, vuelven a quedar unos y otros combatientes en las últimas posiciones que ocupaban por la mañana... y que ocupaban ayer.

Por la tarde, el ministro de la Guerra ha hecho llegar a manos de Félix Díaz el aviso de que su artillería causa daños en vidas y haciendas de los extranjeros y de los diplomáticos y la amenaza de que, al caer la ciudadela en poder del Gobierno, se considerará fuera de la ley a sus defensores. Félix Díaz contestó que él se limita a defen-

derse, y como rúbrica a la respuesta, envió al Palacio Nacional unas cuantas bombas, que causaron muertos y daños.

Ni hoy ni ayer se ha podido saber el número, siquiera aproximado, de muertos y heridos. Sólo sé que los muertos quedan en las calles; nadie les recoge. Para evitar el hedor, algunos han sido quemados, empapándoles en gasolina.

Y el día acaba con una noticia inesperada: la Cruz Roja está en entredicho. Se prohíbe a sus ambulancias atravesar las líneas de fuego. Cree el Gobierno que bajo las rojas cruces van y vienen amigos de los felixistas, que llevan noticias interesantes a la ciudadela; y ha decidido anular la inmunidad de la caritativa institución.

Bajo las balas

Viernes 14

Con el alba empieza el cañoneo; a medida que avanza el día, fusiles y ametralladoras que hacen coro a los cañones, arrecian el fuego. Tiran desde todas partes a la ciudadela, y ésta contesta enviando balas en todas direcciones. Un rápido avance de los felixistas, determina combate furioso a lo largo de la calle de Balderas y en los entronques de la Avenida Morelos y de Donato Guerra.

A mediodía cesa la pelea; pero se reanuda por la tarde, y todavía después de anochecido, vuelve a atronar la ciudad el estampido rudo de fusiles y cañones.

Mis correrías alrededor de las líneas de combate, han sido hoy más que los días anteriores peligrosas, pero más fructíferas. Por ver lo que he visto, habría dado por bien empleado hasta el desagradable encuentro con una bala.

Porque he visto a España, encarnada en dos hombres, desafiar tranquilamente la muerte por ir en busca de la paz para este noble pueblo mejicano que tiene nuestra sangre. Cólogan, nuestro ilustre ministro, desde el primer día de la batalla trabaja para lograr que acabe, y hoy ha estado en la ciudadela.

Desde mi refugio de una esquina, le vi apearse del automóvil, apenas rebasadas las líneas federales y seguir después calle adelante, sin volver la cara siquiera al silbar junto a él una bala. Le acompañaba el cónsul Moreno Ro-

sales, llevando enhiesta la bandera española; y con el corazón suspenso veía yo a aquellos dos hombres avanzar tranquilos, serenos, con la entereza digna de un pueblo padre de razas.

Cuando al cabo de unos minutos de suprema ansiedad les vi llegar a la ciudadela, una nueva emoción llenó mi pecho: los que esperaban a la puerta gritaron con ardiente entusiasmo ¡viva España! y muchas manos, ennegrecidas por la pólvora del combate, asieron la tela roja y gualda de nuestra bandera y se la llevaron a los labios.

Y no sé si fué en los ojos de aquellos hombres o en los míos, donde tembló una lágrima.

Otro día más

Sábado 15

Estamos en el séptimo día de batalla, y la situación no parece mejorar. El «cuartelazo» es una guerra civil en plena capital.

La jornada empieza con un furioso cañoneo antes de amanecer, y con la noticia que el teléfono propala, de que Puebla, Veracruz, Guadalajara y alguna otra ciudad de la República se han pronunciado en contra del Gobierno.

Ignoramos la causa y el objetivo del cañoneo nocturno, y el origen y el fundamento de la noticia matinal.

Mi alojamiento—en el mismo edificio en que reside el ministro de Portugal, el señor Arenas da Lima, diplomático de talento y hombre amabilísimo—está hoy aislado; le barren de flanco sus dos fachadas las balas de federales y sublevados. No es posible salir sin recibir un balazo.

Por la Glorieta de Colón, los fuegos de la batería federal situada más allá de la Avenida, de una ametralladora oculta en el kiosco de la música y de los maüsers que asoman por entre la balastrada de piedra que circunda la plaza, se cruzan con los de la ciudadela. Desde ésta y desde las posiciones avanzadas de los felixistas, hablan los cañones y las ametralladoras.

Las balas rasgan el aire con agudo silbar; las granadas rugen roncas y estallan con seco estampido. Un pedazo de espoleta ha caído cerca de mí, en la terraza del ho-



1917

tel sobre cuyo frente el escudo de nuestra hermana Portugal, ostenta la nobleza de sus cuarteles. Arriba, en el piso alto, un balín de granada ha entrado, con gran estrépito de vidrios rotos, en el estudio del señor Hauser, un pintor alemán, muy notable artista y muy simpático camarada.

La casa frontera ha sufrido nuevos destrozos. Otro pedazo de la techumbre ha saltado hecho añicos, y el boquete de la fachada lateral se ha ensanchado pavorosamente.

Colón sigue incólume. Parece que las balas respetan la estatua del descubridor del continente. Los brazos extendidos, diríase que llama a la paz a estos hermanos que pelean con saña fratricida.

Por el otro lado del hotel, y a lo largo de la calle de las Artes, pasan desde Nuevo México las balas con rasgueo siniestro. Desde primera hora, un mausser, uno solo, bien situado, barre la calle a balazos. Aprovecha la munición; no tira por tirar; apunta siempre; persona que pasa, bala que silba. Una verdadera cacería. Tira igualmente que sobre los soldados, sobre los paisanos y sobre las mujeres. A una «soldadera» que se aventuró a cruzar corriendo la calle, la atravesó una bala la flotante punta del rebozo.

Y no se sabe dónde está situado el tirador. Acaso entre los altos andamios de una casa en construcción en la calle de Donato Guerra, desde la cual se puede enfilear la nuestra; pero no se ha podido precisar. Muchos ojos ávidos le buscan y muchos fusiles le acechan. Algunas balas han ido en su busca.

Cuando ya llega la tarde, al solitario se unen otros; el tirotoe arrecia. Las balas del mausser persiguen a cualesquiera que se aventuren a atravesar la calle de las Artes.

Y aquí no hay modo de adquirir noticias. El teléfono no funciona normalmente; apenas se consigue comunicación que no sea con centros oficiales, y en éstos nada dicen. No han llegado periódicos. Los vendedores, que con riesgo de la vida llevan de calle en calle los dos o tres diarios gubernamentales, únicos que se publican, hoy no se han atrevido, por lo visto, a entrar en esta zona demasiado peligrosa.

Sólo sabemos, pues, que el fuego sigue. Los fusiles, las ametralladoras y los cañones continúan atronando la ciudad. No disparan con tanta profusión como ayer mañana, ni como el jueves; pero el fuego es incesante, y más cerca

o más lejos, ni un solo minuto transcurre sin que oiga su estampido...

Al atardecer decae la pelea. Cuando el sol se oculta, ha cesado por completo el tiroteo.

* * *

Como otros días, las calles adquieren por breve rato una extraña animación. Las gentes recluídas en las casas por el peligro de los balazos, salen a buscar noticias y al mismo tiempo provisiones en los abarrotes, que entreabren sus puertas tímidamente y elevan los precios de los comestibles sin la menor timidez. A un peso y veinte centavos la docena, es decir, a dos reales cada uno, venden hoy los huevos; y así por el estilo, los demás víveres.

Las noticias van más baratas; se dan gratis en todas partes. La fantasía, avivada por el miedo, abulta los sucesos del día, los desfigura, los inventa nuevos.

Un periodista crédulo escribiría, a cada tarde, con lo que se cuenta en cualquier abarrote, un folletín lleno de sangre, de muerte y de horrores.

Buscando los informes en fuentes fidedignas, hallo yo esta noche dos noticias merecedoras de crédito.

Es una, que los senadores se reunieron y acordaron pedir la renuncia al presidente Madero, y que éste, sin recibirles personalmente, les hizo saber que «está dispuesto a morir antes que abandonar su puesto, en que el deber le sujeta».

Y es la otra, que el tiroteo de esta mañana en la calle de Nuevo México fué obra, según me dicen los soldados mismos, de una fatal equivocación. Fuerzas del 41.º regimiento de línea tomaron por felixistas a los soldados que ocupaban las esquinas de la primera y segunda cuadra de las Artes, y durante cuatro horas les tirotearon con pericia y tenacidad tan admirables, como dignas de otro empleo.

Antes de las ocho, la ciudad duerme fatigada de la pelea, extenuada por la continua tensión nerviosa, abatida por el horror de esta cruenta lucha que ya dura siete días y sólo Dios sabe cuántos más durará.

Es clara la noche: brilla blanca la luna en creciente, y en el azul opaco del cielo centellean vívidas las estrellas; el aire quieto; tibio el ambiente, como de primavera. Una hermosa noche, toda paz, sobre los horrores de la guerra.

La tregua

Domingo 16

Una grata sorpresa al despertar. No se oyen tiros.

Esta calma, anormal para quienes llevamos siete días con los oídos atronados por las detonaciones, tiene una todavía más grata explicación: anoche se ha convenido una tregua de 24 horas entre federales y felixistas, a instancias del embajador americano.

Santificaremos el domingo con la paz. Y mientras los que buscan el medio de lograrla duradera trabajan con ahínco cerca de los beligerantes, se recogerán los muertos que todavía yacen en las calles, descansarán las tropas, y los vecinos pacíficos aprovecharemos el día para «echar una mano» a los negocios, forzosamente abandonados durante la semana transcurrida, para restaurar abundantemente la despensa por si la batalla sigue, y para curiosear en calles y plazas las huellas de la pelea, al mismo tiempo que durante unas horas tomamos el sol y el aire, de que estamos tan deseosos al cabo de siete días de forzosa reclusión.

La noticia, bien comprobada, de la tregua, nos ha aflorado los nervios, y libre el ánimo de la angustia del peligro y de la emoción dolorosa de la lucha y sus horrores, todos nos lanzamos fuera de casa, sintiendo el gozo, un poco egoísta y por eso tan humano, de estar sanos y salvos, en estas calles llenas de sol, por donde ayer corría la muerte cabalgando locamente sobre las balas.

Para evitar un encuentro, si como es de temer, vuelve pronto la Intrusa a ser dueña y señora de las calles, muchas gentes huyen de la ciudad y muchas más abandonan sus casas del centro para buscar refugio en puntos menos expuestos a los cañonazos. No tiene nadie fe en el éxito de las nuevas gestiones que, aprovechando la tregua, se realizan para poner fin a esta sangrienta lucha; y contra su prosecución, dentro de unas horas, se previene, alejándose de los barrios que circundan la ciudadela y que vienen sufriendo lo más recio del fuego.

Este éxodo forzoso, da hoy a las calles un extraño aspecto; por las aceras marchan las gentes apresuradas; por el arroyo pasan y cruzan rápidos en todas direcciones, coches, carros y automóviles.

Llevar algunos vehículos banderas de diferentes naciones; muchos las ostentan blancas, en señal de paz y neutralidad, y de ellas, no pocas han sido improvisadas con un bastón y un pañuelo; alguna he visto hecha con una toalla, y hasta con una funda de almohada otra.

La previsión de acogerse al seguro de la bandera blanca, no sólo la emplean los que transitan en carruajes; la usan muchas personas de a pie. Y es de ver cómo algunas mujeres del pueblo, cesta al brazo y rebozo al cuello, llevan enhiesto un palo, en cuya punta flota un girón de tela blanca.

Vuelta a la pelea

De pronto, a prima tarde, han sonado tiros.

Apenas son las dos. La tregua estaba pactada hasta media noche; todos lo sabían. Pero ya se acabó.

El pánico cunde; y hay unos minutos de loca agitación en las calles y plazas. Todos huyen del fuego, que comienza de nuevo a sembrar de balazos la ciudad; y corren en busca de refugio, esquivando como pueden el peligro que se ofrece en cada esquina.

¿Qué ha pasado para que la tregua se haya interrumpido? Un felixista me contesta a esta pregunta:

—Félix Díaz no quiso firmar la tregua al proponérsela. Sólo dió su palabra: «No tiraré mientras no me hostilicen», dijo, y le han hostilizado ya.

Y un oficial de Caballería de las tropas gubernamentales, me dijo al poco rato:

—La tregua estaba acordada hasta media noche; pero claro es que a condición de no moverse ni unos ni otros de sus posiciones. Los felixistas han intentado aprovechar la suspensión de hostilidades para emplazar cañones en posiciones nuevas más avanzadas, y estamos rechazando a tiros ese intento.

Esta versión del teniente federal la confirma por la noche un «Boletín» que circula con carácter oficial, como editado por el Gobierno.

La súbita y anticipada interrupción de la tregua, ha sorprendido a muchas familias que huían, y no pocas han tenido que refugiarse en fondas que hallaron cerca o en ca-

sas particulares, donde forzosamente esperan a poder reanudar su éxodo, ya que no se hacen ilusiones respecto a regresar pronto a sus hogares.

A mí me sorprendió el tiroteo en una de las zonas donde era más nutrido, y a duras penas logré salir de ella; la experiencia de siete días y las amables indicaciones de varios oficiales, me ayudaron a conseguirlo.

Poniéndome a cubierto de las balas como buenamente pude, fuí ganando esquina tras esquina, hasta dejar atrás las últimas de Donato Guerra y primeras de las Artes.

El fuego arreciaba por momentos; federales y felixistas peleaban furiosos; los tiros de mausser se sucedían tan continuamente, que sonaban como un siniestro repiqueteo; las ametralladoras tableteaban con estruendo ensordecedor, y pronto tronaron también los cañones. Se generalizó el combate, y era ya de noche cuando acababa.

No acabó, mejor dicho, amenguó solamente, pues apenas si con las primeras sombras nocturnas hubo media hora de paz. Después volvieron a resonar la fusilería y los cañones, y con breves intervalos la pólvora ha seguido hablando durante toda la noche.

La última jornada

Martes 18

Anoche entró Blanquet con sus tropas. Atravesaron éstas lentamente la ciudad y se instalaron en el Palacio Nacional.

Esta noticia inesperada, compartió la febril curiosidad del vecindario con la calma, también inesperada, con que transcurrieron las primeras horas de la mañana. No se disparó un solo tiro.

Las gentes supusieron que se había pactado otro armisticio, pero, por si acaso, y aleccionados por el anticipado final de la tregua del domingo, no se echaron a la calle, y a la puerta de las casas o a lo sumo en la esquina más próxima, comentaban la suspensión del combate y la entrada de Blanquet.

Corrió el rumor de que se realizaban gestiones para poner hoy mismo fin a la contienda, y hasta se aseguró que al

comenzar ésta, los Estados Unidos habían advertido al presidente Madero que si no restablecía el orden y la seguridad en una decena de días, ellos intervendrían para defender las personas y los intereses de sus súbditos. Y ese plazo expira mañana.

Esta noticia tal vez no sea cierta; pero sí es lo que en respuesta al cablegrama del señor Madero, dice Mr. Taft lo siguiente en otro que publica esta mañana un periódico oficioso y recién nacido:

«Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad a México, «después de dos años de pruebas de paciencia y buena voluntad».

»En consideración a la especial amistad y a las relaciones existentes entre ambos países, no puedo llamar lo bastante su atención a su excelencia sobre «la vital importancia del pronto restablecimiento de esa paz real y orden que este Gobierno ha esperado ver establecidos», ya porque los ciudadanos americanos y sus propiedades tienen que ser protegidos y respetados, cuanto porque simpatiza profundamente con las aficciones del pueblo mexicano.

»Recíprocamente a la ansiedad manifiesta en el mensaje de su excelencia, creo de mi deber añadir sinceramente y sin reserva, que «el curso de los acontecimientos durante los dos últimos años y que hoy culminan en una situación muy peligrosa, crea en este país un pesimismo extremo y la convicción de que el deber imperioso de estos momentos está en aliviar pronto la actual situación».

Y añadamos que los acorazados yanquis ya están en Veracruz.

Antes de medio día se reanudó el tiroteo. Los felixistas eran otra vez dueños de la «Asociación de Jóvenes Cristianos» y desde ella ametrallaban a los federales.

Atacaban éstos con denuedo, y el cañón emplazado en la esquina de Morelos, volvió a meter granadas en aquel edificio.

En distintos puntos de la ciudad volvióse a la pelea, y se luchó con furia asoladora.

Pero a las cuatro de la tarde las cornetas tocaron «alto el fuego». Y su claro sonar llevó a todos los ámbitos de la ciudad, con su vibrar sonoro, un mensaje de paz.

De boca en boca corrió veloz, como una chispa eléctrica

ca, la gran noticia: «Blanquet y Huerta han puesto preso a Madero. La lucha ha terminado».

Y las gentes, sin excepción—hasta olvidando muchos sus pasiones políticas ante el interés patriótico—recibían con júbilo la noticia de la paz.

Madero, preso

Era verdad. El presidente Madero estaba preso, y con él los ministros y el vicepresidente Pino Suárez. El general Huerta había asumido la jefatura de la nación. La guerra civil estaba terminada. ¡Por fin!

No es posible conocer todavía por modo auténtico la génesis y el desarrollo de este inesperado final de la contienda.

Acaso la iniciación se debe al general Blanquet. Al llegar éste a las goteras de la ciudad, se detuvo, tendió sus tropas en la Tlaxpana, y allí permaneció a la expectativa. Enteróse bien de la situación. Madero—a pesar de que las tropas federales llevaban siete días ante la ciudadela sin haber logrado avanzar un solo paso—seguía empeñado en no renunciar; Félix Díaz—que con Reyes y demás sublevados se habían comprometido por escrito a no entrar en el Gobierno que sustituyera al de Madero si la revolución triunfaba—mostrábase fácil a todo arreglo de paz, aun siendo dueño de unas posiciones inexpugnables o poco menos; el vecindario entero deseaba ardientemente la paz, fuese como fuese, pues veía hundirse en ruinas la ciudad y peligrar la nacionalidad misma en el borde de un abismo insondable; el ejército, aunque callaba y combatía, estaba cansado de una lucha estéril, en que ni siquiera se disputaban ideas y que seguía sólo por la obcecación de un hombre...

La misma noche de su llegada, Blanquet habló con Huerta, el general que mandaba las tropas federales, y probablemente en esa entrevista quedó acordado lo que hoy se realizó, y que ambos generales sabían, acaso, que tendrían el concurso de todos los que en días anteriores trabajaron por la paz.

Esta mañana las tropas del general Blanquet, adictas a él personalmente y en absoluto, eran las que montaban todas las guardias en el Palacio Nacional.

Al mismo tiempo o muy poco después, el general Huerta detenía, en el aristocrático restaurant «Gambrinus», al hermano del presidente, don Gustavo Madero, que con varios amigos celebraba allí el ascenso a general del coronel Romero, presidente de la Cámara de Diputados. En una dependencia del edificio quedaron presos, con Madero, los generales Delgado y Sanguines, que figuraban entre los comensales; Romero se evadió no se sabe cómo. Al atardecer les lleva al Palacio un regimiento de rurales, que durante varias horas había contenido a la multitud enardecida que pedía violentamente la cabeza de Gustavo Madero.

Este, que no desempeñaba cargo político alguno, comparte con su hermano, y acaso en mayor proporción que éste, el odio de los adversarios, que le atribuyen todo lo que juzgan malo en la marcha de la política. «Ojo parado» le llaman, por su hábito de usar monóculo, y contra él arden los rencores, con razón o sin ella, que yo no lo sé. Lo positivo es que don Gustavo constituye la más alta influencia en el país y que su intervención en la política, al frente del partido de su hermano, viene siendo activa, constante y decisiva.

Gustavo Madero, fusilado

Miércoles 19

Me despierta muy temprano el tintinear apresurado del timbre del teléfono. Un amigo y compatriota me llama.

—¿Sabes la noticia? Esta madrugada han fusilado en la ciudadela a Gustavo Madero.

—¿Al hermano del presidente?

—Sí; y al exintendente de Palacio, Bassó.

Me quedo un poco estupefacto. Pero en realidad, conocida la situación, había que esperarlo. Nadie se sorprenderá hoy en Méjico al saberlo.

Pido detalles a mi amigo. No sabe más. A esta hora tan temprana ya es saber bastante.

Más tarde logro los deseos pormenores. No muchos, y sin embargo son numerosas las versiones que recojo.

Respecto a Bassó, todos coinciden. Se le fusiló por haber mandado las descargas que causaron la muerte al general Reyes a la puerta de Palacio.

Con valor que honra su figura militar, pidió que le fusilasen a la luz de la luna y no en la sombra; y murió dignamente, bajo las balas de los soldados. Eran las dos de la mañana.

Don Gustavo Madero pereció próximamente a la misma hora. ¿Fusilado? ¿A tiros al pretender escaparse? No he podido averiguarlo.

Lo único exacto es que cayó acribillado a balazos en un patio de la ciudadela. Unos dicen—y sólo consigno las dos versiones que vienen de fuentes fidedignas—que al entrar, trasladado desde Palacio, Gustavo Madero echó a correr, tratando de huir; el oficial que mandaba la escolta, le derribó de un tiro, y los soldados le hicieron, casi al mismo tiempo, una descarga. Dicen otros, que al formarse el cuadro para fusilarle, Madero, dándose cuenta—entonces y no antes, por lo visto—de su próxima muerte, huyó, y las balas le alcanzaron a los pocos pasos.

La noticia de este nuevo episodio sangriento ha causado en la ciudad honda emoción. A pesar de que en once días de tiros y sangre nos hemos familiarizado con la muerte, es natural que la de don Gustavo Madero emocione profundamente.

Y lo es también, que al conocer la noticia, se pregunten en seguida todos:

—¿Qué suerte correrá don Pancho?

Epílogo sangriento

Domingo 23

A la cruenta página de la historia de Méjico, que fusiles y cañones han escrito en las calles de la capital, la faltaba el epílogo. Con la apoteosis pública de Félix Díaz, daba yo por terminadas mis notas; sólo había añadido una interrogación, que era de todo Méjico:

¿Qué suerte correrán Madero y Pino Suárez? ¿Seguirán presos aquí? ¿Serán juzgados por el Parlamento?—nos preguntábamos.

He aquí que tengo que romper el sobre en que iban al correo estas cuartillas, para consignar la respuesta a esas preguntas:

Madero y Pino Suárez han muerto anoche a tiros.

La tremenda noticia ha despertado a la ciudad esta mañana, y la emoción ha superado a todas las recibidas en esta trágica quincena.

¿Quién les mató? ¿Cómo? Oid el informe oficial:

«El Gobierno deplora lo acontecido, y precisamente deseando atender a las necesidades de salud pública, había encargado al ministro de Justicia que presentara un proyecto para proceder legalmente contra los detenidos por sus diversas responsabilidades, al propio tiempo que verificaba esfuerzos para que algunos familiares del señor Madero ayudaran a facilitar la resolución de una situación difícil y peligrosa.

»El Gobierno asegura que la sociedad será satisfecha. Están ya detenidos los jefes de la escolta y recogidos todos los datos previos. Así quedará bien aclarado este desgraciado evento, por lo demás, muy explicable en las actuales y dolorosas circunstancias».

«Los señores Madero y Pino Suárez, que se encontraban detenidos en el Palacio Nacional a disposición de la secretaria de Guerra, fueron conducidos a la Penitenciaría, cuyo establecimiento se había puesto bajo la dirección de un jefe del ejército esta misma tarde, para mejores y mutuas garantías; al llegar los automóviles al tercio final para llegar a la Penitenciaría, fueron atacados por un grupo armado, y habiendo bajado la escolta para defenderse, al mismo tiempo que el grupo se aumentó, pretendieron huir los prisioneros; entonces tuvo lugar un tiroteo, del que resultaron heridos dos de los agresores y muerto uno, destrozados los automóviles y muertos los prisioneros.

»El señor presidente y su Gabinete resolvieron que al punto la autoridad judicial militar practique una estricta averiguación, con directa participación del procurador de Justicia militar, y que terminadas las averiguaciones previas y por tratarse de caso tan excepcional, interviniera el procurador general de la República».

Esto es todo lo que se sabe hoy, y acaso todo lo que se podrá saber hasta que, el tiempo andado, la divina Clio que guía la pluma del maestro Galdós a lo largo de la historia moderna de España, haga lo mismo con algún paciente escudriñador de los rincones históricos de Méjico en este ac-

cientado lustro, que vió desplomarse el edificio de orden y prosperidad levantado por Porfirio Díaz y que ha visto a Madero subir en brazos del pueblo, vivir sin lograr la paz y caer por la violencia.

Pongamos al final de esta crónica de muerte y horrores, la expresión del deseo de que la noble sangre mejicana vertida sea prenda de paz para el futuro, y sobre las ruínas que dejó la guerra, florezca de nuevo y para siempre la prosperidad de esta nación hidalga.

(24 Marzo a 2 Abril 1913)



TRIGO NUEVO

Sobre la mesa del corredor de granos el cartero ha dejado, por primera vez en este año, muestras de trigo nuevo de Castilla. Son dos: un paquetito de papel tela, cerrado con un clavillo dorado, y un saquito de lienzo atado con bramante. Ellos atraen la atención del negociante, que aparta a un lado las otras muestras llegadas también: trigos andaluces, crucher, jejas, avenas de Extremadura, cebadas de la Mancha. Los abre presuroso, derrama el grano sobre sendos periódicos desdoblados y lo examina con curioso ahinco, con interés atento, mirándole y remirándole, moviéndole y removiéndole, plegando y desplegando los papeles para voltearle, esparciéndole y amontonándole y volviéndole a esparcir, hundiendo los dedos en los leves montoncillos, como acariciándoles; les pesa luego y lo sopesa en las manos, calculando y comparando mentalmente su peso, y con ademán de respeto un poco religioso, se lleva unos granos a la boca para apreciar entre los dientes su dureza...

«¡Buen trigo!—murmura satisfecho—. Duro, de peso, blanco, limpio... Sólo algún grano partido... ¡Superior! Y este otro es también trigo bueno. Más chico el grano y un poco menos limpio. Ni el bieldo ni la criba hacen lo que la trilladora... Pronto empezamos este año con el trigo nuevo...»

Y cuidadosamente vuelve cada muestra a su paquete, se sienta a la mesa, abre un gran libro apaisado, toma la pluma y anota las ofertas...

¡Trigo nuevo! ¡Con qué emoción ha llenado el labrador en la misma era el sobre o el saquito de la muestra, tomando el grano gozosamente de un saco repleto!... ¡Trigo nuevo! Trabajo y sudor, ilusiones y angustias, fatigas y esperanzas de un año entero hechas grano dorado. Fué el sol, y fué la lluvia, y la tierra, y el aire, y fué la inteligencia del labrador, y sus cuidados y su esfuerzo, que desde la húmeda mañana otoñal que levantó las pajas del barbecho, día tras día, todos los días se han derramado fecundos sobre sus campos... Toda la vida y la labor de un año pasan ante los ojos del labrador, evocadas por el aureo tesoro de este puñado de grano, que ha tomado de un saco, junto a la aventadora, mientras los trillos dan vueltas y más

vueltas sobre la parva y la afanosa actividad de los agosteros se aplica en los trajines de la era.

Y es lo mismo en la era pobre del labrantín que en la era rica del labrador en grande. Junto a la gigantesca trilladora, que atruena con su crujir de hierros y maderas, y el rudo resoplar de su motor, es igual que junto a la modesta aventadora, y las cribas, y los bieldos, y los trillos de pedernal. Uno mismo es el labrador y unas mismas son sus emociones, como son sus trabajos y sus angustias, sus desdichas y sus esperanzas. Les diferencia sólo la cantidad. Labra uno mucha tierra y poca el otro, coge aquél grano por millares de fanegas, y las cuenta éste por centenares; los apuros de la mucha labranza son por miles de duros, pero no menos apurados que los de cientos de pesetas que al labrantín agobian. Un vagón ofrece éste; diez vagones ofrece aquél; mas la prisa de la oferta es la misma, y la necesidad de convertir el grano en dinero, también. El corredor, leyendo las dos cartas de oferta que acompañan a las dos muestras, sin pensar, piensa que son iguales. Sólo cambia la cifra.

Y es para los dos el mismo problema: el precio. Esta vez el apuro y la conveniencia apremian. Aún no ha comenzado la campaña y ya se habla de baja. Hay que aprovechar el momento, por si acaso. De aquí la prisa. De aquí y de la necesidad; hay que hacer dinero para acabar de pagar el verano y aun tenerle disponible para la otoñada, sin verse forzado a vender trigo por el apuro del trimestre de la contribución o la factura de los abonos...

En la era misma, y en la misma hora en que acaban los afanes del cultivo, comienzan para el labrador las angustias del precio. El fruto, logrado a costa de tanto esfuerzo, crece o mengua según se cotice; la buena cosecha se trueca en mala si los mercados pagan poco. Está el grano en la panera y aún no está cierto el labrador de que el fruto de su trabajo, libre ya de pedriscos y sequías y heladas, no se lo mermará el juego de un Arancel, la codicia de unos negociantes lejanos o la inconsciencia de un ministro.

Nunca está el labrador seguro; jamás pudo dormir tranquilo. Su hacienda, a la intemperie, a la inclemencia de los cielos, abierta a los reveses del tiempo, a las injurias de los

hombres y a la rapacidad del Fisco. Su bienestar o su hambre, a merced del negocio de unos o del capricho de otros. Nadie con tanto sudor, de trabajo y de angustia, gana su pan.

(14 Agosto 1923)

MEDALLA CAMPESINA

ANVERSO

La recolección de cereales toca a su fin en Castilla la Vieja. Apenas queda espiga sin segar; en las eras, bajo un sol de fuego, se trabaja febrilmente. Recorren encorvadas las espigadoras los rastros. Los últimos carros de mies se bambolean por los caminos. Las primeras cargas de trigo limpio marchan hacia el mercado, cuando no hacia la sima negra de la panera del usurero... El verano se acaba, y el labrador echa sus cuentas.

La cosecha es mejor de lo que temía. Del «cosechón» presentado en Mayo a lo que se ha recogido, hay enorme diferencia en menos; pero hay alguna diferencia en más; entre lo que esperaba recoger cuando metió la segadora en el primer trigal y lo que acaba de ensacar, limpio ya, al pie de la aventadora.

Hay más grano y es mejor grano. La diferencia se notaba en la media fanega con que ha medido el trigo al ensacarle; pero aún se notaba más en la báscula, cuando ha pesado los sacos llenos. El grano, algo menudo, es duro, limpio y con bastante peso.

Y el buen labrador, enjuto y renegrado por el sol del verano, se frota las manos con satisfacción.

Es justo. Recordemos un cálculo que avanzábamos a mediados de Junio. Según nuestros datos, la cosecha presentada en primeros de Mayo hubiera sido en Castilla la Vieja (sin la Rioja, que para los efectos del cálculo uníamos con Aragón) de 13.825.000 quintales métricos; lo que en principio de Junio creíamos se recogería era un 20 por 100 menor: 11.060.000 quintales métricos. Pero las harinas de las eras mejoran el cálculo de los tablares de espigas en las tierras, y aquella merma sólo es, probablemente, de un 15 por 100; la cosecha recogida será, pues, de 11.751.000 quintales métricos.

Es decir, que en Castilla la Vieja el labrador se encuentra al meter el trigo en la panera con 691.000 quintales métricos más de los que creía al echar la hoz a los trigales.

Y se frota las manos con satisfacción. Pero...

REVERSO

Todavía los trigos nuevos de Castilla la Vieja no llegan al mercado más que en exigua proporción—los trigos de los apurados, de los pobres labrantines sin dinero, de los grandes labradores con menos dinero del necesario...—Tan exigua, que ni en las plazas más importantes sirve apenas para establecer cotización.

Y, sin embargo, la cotización baja. El gran mercado consumidor de Barcelona, y los grandes mercados compradores de Castilla la Vieja, y los pequeños mercados comarcanos donde un carro parece una partida... todos a una tienden a la baja.

Nadie quiere comprar. Los negociantes catalanes tienen comprado mucho trigo del Mediodía, y aunque necesitan nuestros candeales para mezclar, pueden aguantar sin salir de su retraimiento. Los fabricantes de nuestra región tienen, en su mayoría, las fábricas paradas, o a media mollienda, o moliendo unas pocas horas cada día a represadas; es poco el grano que necesitan sus artefactos mientras los ríos sigan en régimenes de estiaje; pueden también esperar. Y si ni unos ni otros compran, los pequeños negociantes de los pequeños mercados, los que van haciendo saco a saco las partidas, se arruinarían si comprasen.

Y el trigo en Valladolid ha bajado, en el pequeño mercado detallista, hasta 43'35.

Al pobre labrador castellano no le va a salir la cuenta que le hacía frotarse, satisfecho, las manos.

Porque la cosecha, mermada en 20 por 100, los 11.060.000 quintales métricos a 46'25 pesetas—precio mucho menor del que como normal debiera regir para que el labrador viviese—, valían 511.535.000 pesetas, mientras que la cosecha, sólo mermada en 15 por 100, los 11.751.000 quintales métricos que ha recogido, cotizados al precio ruinoso de 43'35, que rigió hoy en Valladolid, sólo valen 509.406.000 pesetas.

O sea, que ha cogido 691.000 quintales métricos más de lo que pensaba; pero a poco que la «posición» de los compradores prevalezca en los mercados, tendrá 2.119.000 pesetas menos.

He aquí cómo los hombres le quitan al pobre labrador lo que le había dado la Providencia.

Y cómo, después de haberse frotado las manos con satisfacción al ver medido y pesado su trigo, tendrá, al ver este sencillo cálculo, que levantarlas a lo alto.

Acaso con los puños cerrados...

(29 Agosto 1923)

«POR SAN MATEO»...

«... No hay Septiembre sereno», dice la vieja sabiduría popular. Y este año lo confirma.

Aún no llegó San Mateo; estamos en sus vísperas, y ya se acabó la serenidad de este Septiembre histórico: ya llueve.

Meses y meses hemos tenido cielo claro, sol ardiente y suelo seco. Gracias a ello hemos hecho el verano en las más favorables condiciones. Salvo la breve parada que algún nublado nos impuso, en las tierras ni en las eras no se ha perdido un día. A estas horas ya está el grano en las trojes—propias o ajenas; más, por desgracia, en las ajenas que en las propias—, la paja en el pajar y las eras barridas. El labrador más retrasado está, a lo sumo, limpiando granzas.

Mirando desde las eras, la lluvia ha llegado a tiempo; pero mirando desde el lagar, ha llegado tarde. Todavía aprovecharán el agua las uvas, que de ella están harto necesitadas; pero ya no ganarán todo lo que perdieron con la sequía. Habrá un poco más de mosto; pero un poco menos de azúcar en el mosto.

Los frutales tomarán jugos con que acabar de henchir los frutos, prontos ya a madurar, y que prematuramente se coloreaban, sobrados de sol y faltos de humedad.

Pero todo ello este año tiene escasa importancia: heladas y pedriscos y sequía primaveral dejaron a Castilla sin vino y sin fruta. De las heladas se libraron muy pocos viñedos; de los pedriscos se salvaron muy pocas vegas; de la sequía no se libraron ni valles, ni páramos, ni campos... Apenas quedó fruta bastante para, con su dulzura, quitar de las bocas labradoras el amargor de sus desdichas, y apenas quedaron racimos suficientes para exprimir un rojo vaso de vino, que en cada castellano enciende una hora de alegría, de amor... o de coraje.

El agua llega tarde, demasiado tarde para los campos. Pero llega todavía a tiempo para los mercados.

El estiaje es la clave de la situación. Y el estiaje está a punto de terminar.

Llueve ya en toda esta gran cuenca del Duero. El abar-

ca lo más de Castilla la Vieja. Esta tarde misma, en Aniago, donde son ahora casas de labor las ruinas del viejo monasterio, en el lugar donde se juntan todas las aguas de Castilla—Duero, Pisuerga, Adaja—veíamos recobrar su caudal a los tres ríos castellanos: bajaba ya copioso, aunque sin perder su mansedumbre, el Pisuerga; ya crecía el Duero, impetuoso; el Adaja metía, violento, la lanza cristalina de sus aguas, de través, en el Duero, hasta la orilla opuesta, y más abajo y más arriba de la confluencia unas turbinas habían reanudado, tras silencio de meses, su fecunda canción.

Llueve ya en toda Castilla. Amontonadas sobre campos y valles, las nubes cenicientas se deshacen en lluvia, y la tierra, sedienta, con sed de meses, sorbe con avidez el agua. El aire, seco y ardiente como vaharada de horno, es ahora suave y fresco. Un aroma otoñal de tierra húmeda, de madurez, de fecundidad, llena el ambiente y pone en el sentido así como un vigor nuevo.

Las pajas del rastrojo, enhiestas, duras, se ennegrecen y se ablandan bajo la lluvia; en las lindes, la hierba, reseca, se aplasta contra la tierra, donde un nuevo verdor germina; los barbechos cambian su costra cenicienta, reseca, por el pardo jugoso de humedad, empapados en lluvia; alcanzan al cielo su último verdor los chopos; baila su danza verde y plata la inquietud de los álamos; brillan las copas rotundas de los pinos; se trueca más acerado el verdor grisáceo de las encinas y de los robles... La tierra toda de Castilla se viste de otoño.

Otra vez comienzan los afanes de un año nuevo para el labrador. Nace, entre mil angustias del año que acaba, la angustia nueva del año que empieza. No sabe aún si del trigo que metió en la panera sacará lo bastante para vivir un año, y ya su mano recia se dispone a sembrar otra vez. Inquietud del ayer; inquietud del mañana. Y en un ambiente de inquietud. «Por San Mateo no hay Septiembre sereno».

(19 Septiembre 1923)

ENTRE LA ERA Y EL LAGAR

Barridas ya las eras, en la panera el grano, hecho ya el arreglo de los ganados—vendiendo el sobrante, comprando el necesario, cambiando el inservible por el útil—, en las ferias de San Mateo, el labrador, mientras acaban de madurar las uvas, comienza a preparar las nuevas siembras.

Está escogido el grano destinado a simiente; la sembradora, limpia y engrasada, espera ya. Falta sólo que coja la tierra buen tempero. Llovió poco para lo seca que estaba, y luego el sol se ha sorbido buena parte. Unos días de lluvia son necesarios. Hay que aguardar.

Y el labrador medita. No hay trabajo tan propicio a la meditación como la labranza. En estas tierras anchas de Castilla, donde los valles son llanuras, y en los páramos es circular el horizonte como en alta mar, y en los llanos se funden en la lejanía la tierra y el cielo; donde el cielo es claro y puro, el sol brillante y el aire tan diáfano, que la mirada se hunde hasta los confines del infinito; donde el calor abrasa, y el frío hiela, y el viento azota; en estas tierras anchas de Castilla la vida es clara y áspera, y los hombres la ven así, con la misma absoluta clarividencia que los campos y el cielo.

No hay nieblas que empañen la diafanidad del aire ni nubes que enturbien la claridad del cielo y amengüen la violencia de la luz; no hay neblinas de ilusión ni de suavidad; las colinas recortan su línea ondulada sobre el azul inmaculado; los árboles, las torres, las casas, los hombres, destacan reciamente sus siluetas sobre la tierra parda y el cielo luminoso; todo aquí se ve claro, definido, concreto. Cada cosa como es. Tierra de místicos y de trabajadores; seguros del cielo y de la tierra. El corazón, en alto; las manos, en el surco. Hombres de realidades: la gracia en el cielo y el pan en la tierra. Meditan y trabajan. Y ven claro y llaman a las cosas por su nombre: al pan, pan, y al vino, vino.

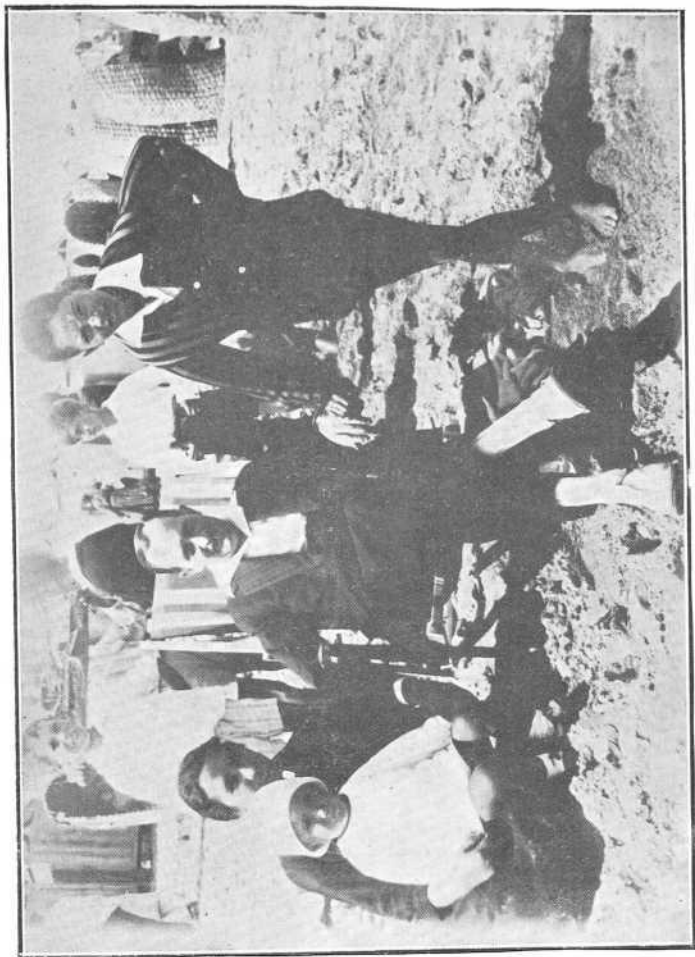
Por eso ahora, mientras maduran las pocas uvas que dejó la helada y se preparan las siembras tempranas, medita el labrador sobre su vino y su pan.

Aún tiene vino del año pasado. Un tiempo hubo en que estos vinillos claretos de Campos, y estos vinos negros y rojos de las riberas del Duero, y estos vinos dorados y opulentos de Rueda y de la Nava y de Medina, no cabían en las bodegas, tan abundantes eran. Pero la filoxera destruyó el viñedo, y el olvido y el desamparo del Estado hicieron imposible la repoblación; los labradores, arruinados, no podían por sí solos intentarla. Además, ¿para qué? Alguno de los últimos años de abundancia, al llegar la nueva cosecha, en muchas bodegas hubo que tirar el vino del año anterior; no se había vendido, y hacían falta las cubas para el nuevo. La exportación se había interrumpido. Nadie de los que debían hacerlo había previsto el caso. Después, apenas nadie se acordó de remediarlo. Y desde entonces, las que fueron viñas ubérrimas son tierras pobres, que a fuerza de trabajo dan centeno, y malamente trigo. Eso sí, todavía hay alguna que sigue pagando la contribución como viñedo.

Aún queda vino del año pasado, y eso que se cogió poco. Pero no faltarán cubas para lo que hogaño fermente en el lagar, porque será poco... Poco y con venta difícil—piensa el labrador y medita sobre su porvenir mientras acaban de madurar las uvas y la tierra toma tempero para sembrar.

¡Sembrar!... Aún no sabe si tendrá que vender a precio de ruina el grano que cogió este año, como ha tenido que vender ya buena parte, y ya piensa en sembrar. ¿Qué porvenir le espera a lo que recolecte de lo que ahora siembre? Un año entero para que la semilla sea fruto. Un año entero entre la sembradora y los bieldos. Un año y otro año, casi hasta que el grano sea dinero en la gaveta y pan en la mesa del labrador. Toda la labranza es previsión; el tiempo es en ella factor esencial; no cabe improvisar; no se puede meter prisa; todo ha de ir por sus pasos; todo ha de consumir su tiempo debido. Nadie como el labrador necesita de la paz y de la estabilidad. La vida segura, la tierra segura, el mercado seguro. He aquí los tres factores esenciales para que la agricultura de un país prospere.

En España nos faltan los tres. El coste de la vida, de los medios de producción, de los jornales y salarios, de la parte que el Fisco—«porque me llamo león»—se toma, cam-



bia a cada año y amenaza cambiar en adelante; el mercado, más que de las naturales influencias de las circunstancias, depende de caprichos o improvisaciones, de negocios mal disimulados, de apetitos triunfantes, de juegos de arancel o maniobras financieras, de interpretaciones económicas erradas o conceptos parciales de la economía nacional; la tierra misma, y su precio en manos del aparcerero y del colono, es inestable, y aun en las del mismo propietario no tiene en muchos casos la certeza de la continuidad.

Y esta es la base. Reunir los elementos que se necesitan para establecer esos tres factores primarios y esenciales, es la obra que tiene ante sí quien quiera hacer en España una revolución pacífica, que transforme totalmente nuestra vida económica y social; o, más modestamente, quien pretenda evitar que la ruina, ya avanzada, de nuestro país se consume.

Pero esto acaso requiere un hombre que se llame, a un tiempo, Costa, Carlos III y... Sagasta. O un pueblo entero que lo imponga.

Y por ahora nos faltan los dos: el hombre capaz y el pueblo consciente.

Tierra de Campos.

(3 Octubre 1923)

MIENTRAS HAY TEMPERO...

Viene el otoño seco. Unos días de lluvia a mediados de Septiembre, y se acabó. Ya no ha llovido más. Hace calor de día; hace frío de noche. El sol se ha bebido buena parte de la humedad que cogió la tierra cuando las últimas lluvias, y no hay buen tempero. El labrador, que había empezado a preparar las siembras tempranas, tiene que esperar, y mientras espera, el mercado, que había empezado a reaccionar de la grave depresión sufrida, se ha paralizado. Los piensos están muy flojos; trigo no hay quien compre. Los compradores han vuelto a su retraimiento. El Gobierno y los gobernadores han puesto mano en las subsistencias, y, como siempre, refluye sobre el labrador inocente la restricción impuesta al negociante o al industrial en la amplitud de su ganancia.

Entre el cultivador del trigo y el consumidor del pan, no se interponen solamente el molinero y la tahona: viven y medran entre ellos intermediarios innumerables. En el pueblo, el comprador, que hace partidas; en el camino, el porteador, que lleva el grano a la estación, y la Compañía ferroviaria, que lo transporta, sin olvidar los parásitos propios del camino—que unos exigen propinas y otros hacen agujeros en los sacos—; en la ciudad, en torno al fabricante, el comisionista, los Consumos, el corredor, el vendedor de sacos...; alrededor del panadero, los criados, el repartidor, el vendedor del puesto, el tendero, el teniente de alcalde y sus guardias...; y todavía, sobre el consumidor, el proveedor, que fía, y la criada, que sisa... Y faltan muchos en la enumeración, porque en las grandes ciudades la cadena de intermediarios es una cadena sin fin.

Y en ésta reside la causa de ese hecho absurdo que tantas veces hemos comentado: que no dependa directa y sensiblemente el precio del pan del precio del trigo.

Años y años llevamos oyendo que quieren resolver ese problema, reducir a términos lógicos esa paradoja. Y no dan con el medio, porque enfocan el problema desde un extremo, y la falsa perspectiva les engaña; porque le cogen por una sola punta, y es menester agarrarle por las

dos; porque le buscan soluciones artificiales, y los artificios que idean son nuevos estorbos. Y cuando evitan la carestía producen la escasez.

¡Tan sencillo como sería mirar la realidad! El labrador coge su saco de trigo, le lleva al molino, vuelve con su harina, va al horno y cuece su pan; otras veces, en la fábrica, vende trigo y compra harina; paga otras veces al panadero con el dinero con que a él le pagó el harinero. Y siempre le sale su cuenta: el salvado y el agua dan para todas las faenas, y la libra de pan vale por libra de trigo.

Hasta en las ciudades castellanas la realidad de su vivir ofrece ejemplos en que inspira soluciones. Suele sorprender al distraído, en la puerta de algunas tahonas, bajo el rótulo que las anuncia, un letrero pequeño que reza así: «Se amasa para mujeres». No es fácil entender por su letra, que se presta al chiste fácil, su significado real. Quiere decir, sencillamente, que en aquella tahona, por un pequeño tanto fijo, que se cobra en dinero o en especie, a quien lleva su harina, se la amasan y bregan y le cuecen los panes. Y como los clientes de este especial servicio son mujeres generalmente, de ahí el anuncio «para mujeres» se amasa. Son mujeres de posición modesta: artesanas, menestras y también algunas de las que forman en la clase media; compran la harina en la fábrica que saben moltura mejor clase, y cada semana se hacen cocer el pan para toda ella, y así se queda en beneficio de su bien administrado bolsillo la ganancia de los intermediarios, la merma del panadero y la rapiña de quien fía. Toda la mitad del problema que está de su lado, la resuelven así, bien sencillamente, estas buenas mujeres; lo que no pueden alcanzar es a la otra mitad. Ellas hacen de buena harina pan barato; lo que no pueden hacer es abaratar la harina. El trayecto desde la era a la fábrica está fuera de su zona de influencia.

Pero si unimos para la observación los ejemplos del labrador en la aldea y en la villa, y de las artesanas en la ciudad, es fácil que al meditar sobre ellos hallemos claramente las bases para esa solución, que a cada día que pasa y a cada intento que se realiza parece más inalcanzable.

Abundancia en el mercado; supresión de intermediarios

y parásitos; simplicidad en la organización y encadenamiento de los distintos factores. Esto es todo. Y es todo lo contrario de lo que siempre se ha hecho... y empieza a repetirse.

El viejo camino no debe volver a recorrerse. El fenómeno que se registra en los mercados esta semana, es un aviso de la realidad, que muestra el peligro. Ante el solo temor de que se vuelva a las andadas, a las tasas y a las restricciones de circulación, ya no hay quien compre trigo ni harina para el día; un paso adelante, y los mercados quedarán desabastecidos.

Y, entre tanto, el labrador, que aguardaba esperanzado el avance de las cotizaciones hacia un precio remunerador, ante el derrumbamiento de sus esperanzas, medita sobre si le conviene sembrar trigo. Ante sus barbechos, que esperan el paso fecundo de la sembradora, la máquina lista y el grano dispuesto, el labrador vacila. «Para vender a menos precio de lo que cuesta el cultivo, mejor es no sembrar».

Y es ahora cuando al labrador hay que sacarle de su vacilación. Porque luego será tarde. En la labranza nada se improvisa. Todo requiere tiempo. Es ahora cuando se decide de la cosecha del año que viene. Ahora, y no luego.

Ahora es cuando hay que darle al labrador la certeza de que el cultivo que hoy empieza, derramando por los tubos de la sembradora los áureos chorros de trigo sobre la tierra labrada, tendrá el año que viene la remuneración justa en un precio favorable.

Si en lugar de esa seguridad se le pone ante los ojos la sospecha siquiera de que prevalezca en los mercados un precio ruinoso, es probable que muchas sembradoras se queden en el almacén y mucho trigo en la panera. Nadie se mete a sabiendas en un mal negocio.

Leal es advertir el peligro. El mercado lo advierte esta semana, y el labrador, que muchas veces no oye el consejo del técnico, escucha siempre y atiende los de la experiencia.

(11 Octubre 1923)

AL COMENZAR LA SIEGA

De pie en la linde del camino, el labrador mira sus campos. Comienza la siega. Allí está, junto a él, la segadora, lista ya, recompuesta, engrasada, entero el carrete de «sisal», brillantes las cuchillas dentadas, al aire las aspas, enganchado el par...

Ha llegado, por fin, la hora deseada de recoger el fruto de tantos meses de sudores y afanes. Casi dos años... Comenzaba el otoño cuando levantó el rastrojo; binó más tarde con buen tempero; cuidó con inteligente afán la barbechera; sembró legumbres y las enterró en verde... Pasaron invierno, primavera, estío; volvió el otoño, y en la tierra, bien mullida y abonada, depositó la simiente, que escapaba como riego de oro por la hilera de tubos de la sembradora... Nació bien lo sembrado...; creció de prisa, que el invierno fué húmedo y suave, y prosperó después tan fuerte y lozano, que pocos años se conoció campo tan bueno. ¡Daba gozo mirar los trigales, macizos, apretados, de un verdor oscuro, signo de robustez...!

Pero en casa del pobre no dura la alegría, y en Castilla suele la primavera ser madrastra y no madre. Hubo heladas cuando ya el calor era necesario; hubo sequía cuando otra vez era necesaria la humedad; el frío, que no «apretó» en el invierno, vino en primavera. Día a día, en las mieses enhiestas se mustiaban las puntas; a cada mañana, el angustiado labrador recorría sus campos, mordidos por la helada a cada amanecer. Luego volvieron las esperanzas; y aunque las mieses se quedaron bajas, las espigas prometían... No era ya el «cosechón», pero era la cosecha.

Y ahora, en la linde de sus campos, junto a la segadora, lista ya para empezar su faena, mira allá lejos el haza seca en que arrancó lo que heladas y sequía dejaron de yeros y algarrobas: a un lado, los centenos, que doblan ya las espigas exiguas; más allá, las morenas de cebada, que esperan el acarreo; y aquí, a sus pies, los trigos, oro pálido, que hoy mismo va a segar. Se inclina, corta una espiga, la tritura entre sus palmas callosas, sopla para aventar la paja, y, mirando y remirando los granos, dice entre sí:

—¡Lo que temía! ¡Ha granado mal...! ¡Dios sea bendito...!

Y con ademán resignado, del resignado contra lo imposible, se acomoda en el sillín vacío que le espera, empuña las riendas, restalla el látigo y, animando a las mulas, pone en marcha la segadora... La última faena. ¡La recolección, por fin!...

Pero no han acabado todavía los afares y las angustias con que el labrador gana su pan. Del grano limpio y ensacado de la era, irá una buena parte a la panera del amo de la tierra, y el fisco se llevará otra bien grande, y otra caerá en las uñas insaciables de don Caifás, y del que en el mercado se convierta en dinero, habrá que pagar a las cuadrillas de agosteros, y a mozos y criados, y a herberos y carpinteros, y al de la maquinaria de todo el año, y al de los abonos, y comprar una mula, que la «Torda» está vieja..., y vivir hasta la otra cosecha...

—¿A cómo se venderá este año el grano? La tasa es más baja que el anterior; y por ahora no hay quien compre ni a la del año pasado, que era vender perdiendo. Y hay menos cosecha, y sale más caro, ¿y habrá que vender todavía más barato?... Y si hay que vender barato, ¿llegará para todo?...

Por su mente, evocado por esta pregunta, pasa el fantasma inquietador del porvenir: las faenas de un año entero, el amo, el fisco, los intereses, los mil ciertos apuros, la casa, los hijos, la mujer... Mientras, se doblan las espigas bajo las aspas y caen cortadas por la férrea dentadura, y van quedando en pos las gavillas doradas sobre el rastrojo...

—¿Habrá que vender bajo también este año?... ¡Riá, «Torda»! ¡Oooh, «Romera»!... ¿Llegará para todo?...

(1 Agosto 1926)

LA RECONSTRUCCIÓN DE LA ANTIGUA

Otra vez, por fin, después de varios años de silencio, cantan los martillos sobre la piedra en las obras de la Antigua, y al compás milagroso de su canto, los muros y las columnas vuelven a crecer hilada a hilada. El arquitecto García Guereta ha venido para poner en posesión al nuevo contratista Varona, y en el recinto, cercado por la valla, en que ya hay tablas nuevas, han entrado otra vez canteros y alarifes. Cuatro años de plazo para la reconstrucción se han señalado en la subasta: hay la esperanza de que antes, en 1929, la veamos acabada.

De todos los monumentos arquitectónicos vallisoletanos, esta iglesia de Nuestra Señora la Antigua es el que está más unido a la historia de Valladolid y el que con más acendrado amor miramos. Nació con la ciudad. Cuando el conde don Pero Ansúrez recibió de Alfonso VI el Gobierno de Valladolid, tenía el poblado «apenas dos mil doscientos pies de circuito». Al buen «Peranzules», espejo de lealtad castellana, debe la ciudad serlo. Santa María la Antigua fué una de sus primeras fundaciones. De aquel último cuarto del siglo XI son las partes más bellas de la iglesia: la claustrilla y la torre maravillosa. Alfonso XI amplió la primitiva fábrica, «elevándola sobre las naves laterales y cubriendo de esbelta bóveda la principal», y modificando su estilo con elementos góticos. Tres siglos adelante, Juan de Juni puso en ella su asombroso retablo.

Pero la airosa fábrica estaba condenada desde el siglo XIV a la ruina. Los remedios sucesivos no lograban alejarla; algunos la precipitaron. Las columnas llegaron a doblarse en varias direcciones; la piedra se había descompuesto en muchas partes esenciales; peligraba la bóveda; peligraba la torre... Ya en tiempos actuales se iniciaron trabajos de restauración: una vez, mientras la iglesia amenazaba venirse al suelo, restauraron la claustrilla y un feo murallón que la cerraba; otra vez coronaron la torre con un andamio, complicado e ingenioso, que semejaba colosal

chichonera y que no sirvió sino para que lo quitaran años después, con mucho trabajo, medio podrido... Al cabo, vino la Antigua a las manos expertas de Ricardo García Guereta, y gracias a su inteligencia y a su audacia, se ha salvado lo que podía salvarse. Lo más bello, por fortuna: la torre bizantina y el ábside gótico. La claustrilla románica no corría peligro; ni después ni antes de la primera restauración. Con arte y con amor, García Guereta salvó la torre lo primero. Fué una obra tan inteligentemente atrevida, que todavía nos tiene admirados a los que, día a día, con el ánimo inquieto, la seguimos. Hizo nuevo el cimientito; arrancó la antiestética envolvente inferior, que en lugar de proteger, ruinaba; piedra a piedra substituyó por nuevas las descompuestas; cambió por otras iguales las mil rotas de las tejas primitivas de extraña forma, y un día, al fin, lució con nuevo esplendor bajo el sol de Castilla, el «bolo de la Antigua», símbolo vallisoletano, que corona la torre desde que Peranzules la mandara erigir.

Se salvó la torre; pero no tenía salvación la iglesia. Los esfuerzos de García Guereta, esfuerzos casi heroicos, sólo lograron conservar el ábside y parte de las capillas absidales, prodigio de ágil gracia. Entonces se proyectó la reconstrucción, y poco después comenzaba. Con respeto nunca bien alabado, empleando solamente los mismos elementos de construcción y decorativos que contenía la iglesia desaparecida, formó el proyecto García Guereta. La iglesia, que ya se va alzando, realiza el sueño de Alfonso XI: es una pura y clara construcción del XIV. Y para que no quede encubierta la belleza del ábside, alumbrado por rasgados ventanales, fué desplazado el retablo formidable con que los tapó el genio barroco de Juni, y que ahora, en la Catedral, en que Churriguera trabajó después de Herrera, es admirado en marco propio y de adecuada amplitud.

Alba, desde la Diputación y desde el Gobierno, consiguió que el Estado acometiese la obra, que comenzó en restauración y en reconstrucción acaba. Luego faltó en los presupuestos dinero y consignación. Ahora volvió a haber uno y otra. No son ajenas a ello las gestiones del señor Gandásegui, el arzobispo emprendedor. Y de nuevo alarifes y canteros, guiados por la mano inteligente y el amor a lo

bello de García Guereta, trabajan animosos, como en los días de Pero Ansúrez y de Alfonso XI.

Un año, dos años, tres años... Poco hemos de vivir para no ver de nuevoalzada la vieja iglesia, que tanta historia y tanto amor de vallisoletano concentra en sí. En sus muros se grabará el escudo de la ciudad; no el de las llamas, o el de las ondas, o de los jirones, o de los pendones posaderos, o de las fajas, que ahora lucen de oro sobre gules entre las ocho puertas, sino el viejo, el del sello anterior al siglo XIII, el de las ocho puertas y el castillo con los tres torreones, el «sigillum Concilii vallisoleti», y leeremos la inscripción de su orla, y la repetiremos como jactatoria: «Gratia Sancti Spiritus adsit nobis».

Que buena falta nos hace.

(12 Mayo 1927)

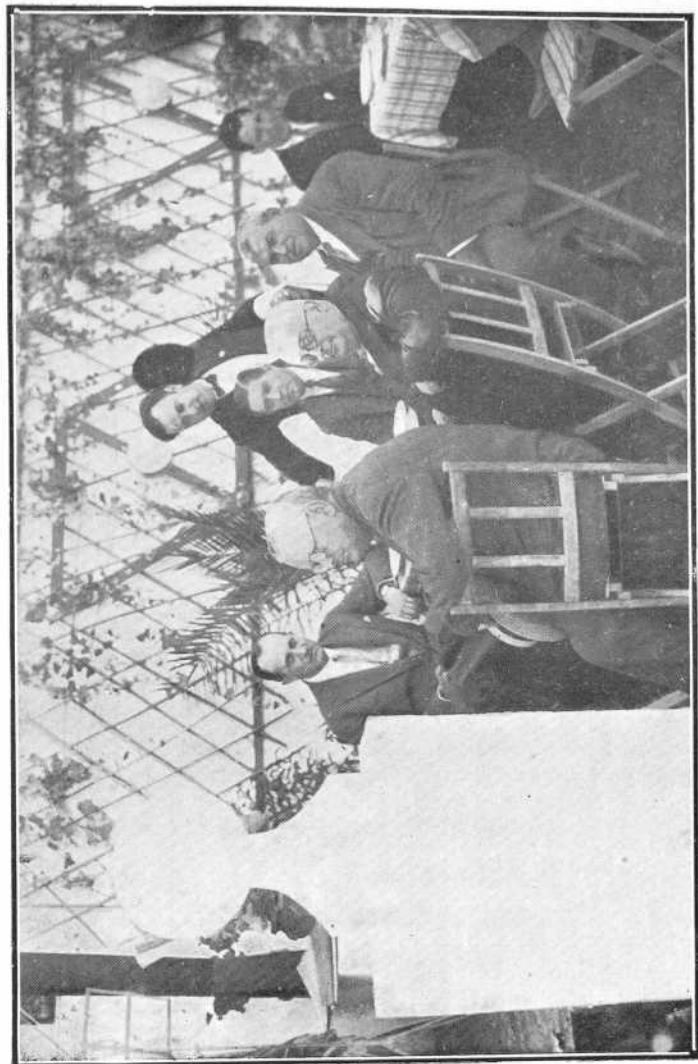
LA TORRE ENTRE ANDAMIOS

También las torres envejecen como los hombres. La silueta, firme y ágil, que se levanta de la tierra y rasga el cielo con audacia de espíritu, parece en paz y quieta, y no lo está. Su permanecer es continua batalla. La combaten en todos los minutos su propio peso, que tira de sus pies hacia la tierra de que se alzara; el viento que la empuja, hoy de un lado, del otro mañana, de alguno siempre; el sol, que dora sus piedras, pero las muerde al par; la lluvia, que la viste de humedad y en ella la impregna, metiéndose por entre sus juntas, disolviendo cuanto hay de soluble en su constitución molecular; el hielo, que hiere la piedra y la argamasa, con los mil puñales de sus dilataciones invisibles... A veces, el rayo mismo replica, con su estocada atronadora y fulgurante, a la finta eterna de la aguja final. Y un día la ingravidez espiritual y milagrosa que el arte infundió en la torre, se acaba, y amenaza rendirse a su gran pesadumbre—que dijo el poeta.

Así, un día, la esbeltez prodigiosa del campanil bizantino de la Antigua vallisoletana. Así, hoy, las caladas agujas de la Catedral burgalesa. Y acuden al remedio, para repetir y perpetuar el milagro de quienes las alzaron, artistas como ellos; ayer, en Valladolid, García Guereta; hoy, en Burgos, Julián Apráiz.

Un día vimos los vallisoletanos, llenos de asombro y esperanza, que subían en redor de la torre de la Antigua un andamio gigantesco. Pies derechos, tablones y escaleras se entramaban en torno de la gracia moribunda de la torre, y subían, subían hora por hora, con chirridos de poleas, ruidos de berbiqués y golpear de martillos, hasta más arriba del rojo capitel y del «bolo» simbólico. Unos meses después, se deshacía la trama colosal de maderas y cuerdas y hierros, y de nuevo surgía el campanil, fino y fuerte, joven otra vez, sólido, audazmente ingrávido, como antes, por obra y gracia del saber y el ingenio de los modernos alarifes.

Ahora, tras largas horas temerosas ante la amenaza de ruina de las agujas—hechas con aire y luz más que con



1927

piedra—de la maravillosa Catedral de Burgos, vemos, esperanzados, cómo surge por entre los aéreos capiteles la trama ingeniosa y formidable de un andamio. Se enhebran unos en otros los tablones, subiendo verticales: crúzanse en alas gigantes; tiéndense horizontales, como persiana colosal, en cada cara del castillete. Ya cubren la alta flecha de la aguja, y aún han de subir más, aún han de rebasarla para poder plantar sobre su última piedra, la que mira más cerca al cielo, el remate arriesgado que el rayo derribó.

La aguja sutil se oculta dentro del octógono cajón desmesurado. El viento ya no canta en el encaje increíble de la piedra que labró Juan de Colonia; ahora zumba en las tablas sordamente. No encuentra el sol cada mañana, al mirar la maravilla burgalesa, la gracia fina y ágil de la aguja, entre cuyas randas de piedra juguetea el oro de su luz. Ni los pobres ojos humanos, al elevarse cada día de la miseria terrenal hacia la lumbre de los cielos, encuentran tampoco, para guiarles en su ruta espiritual, aquella pura «oración petrificada», que es la torre. Nos la oculta el ingente almacén.

Bajo su geométrica envoltura, la aguja rejuvenecerá. La magia del arte y de la ciencia, por la mano inteligente del arquitecto y sus oficiales, devolverá a la torre su juventud, su fuerza, su belleza, su gracia sutil, su ingravidez... Y cuando acabada la obra, la máquina ingeniosa del andamio se desarme, y vuelva al suelo, tabla a tabla y hierro a hierro, la trama gigantesca que ahora se encumbra, volverá a surgir, recortando su encaje primoroso en el azul castellano, la aguja milagrosa «al cielo alzada», y la cantará el viento, y la besará el sol, y la contemplarán de nuevo, en éxtasis, los ojos admirados de los hombres.

(2 Junio 1927)

LA FERIA DE LOS AJOS

Hay dos ferias típicas, entre las innumerables que alrededor de San Pedro se celebran en Castilla: las ferias de los ajos en Zamora y Toro. Son también de madera y ganados y aperos en ambas ciudades; pero lo característico son los ajos.

En la histórica Toro, la plaza evocadora de Santa Marina y toda la calle de las Gallinas estaban el día de San Pedro atestadas de ajos. Las ristras y los horcos, en montones, llenaban el aire con aroma picante y denso de ajos. No hacía falta el pregón; desde bien lejos, el olor los pregonaba. Pero las vendedoras—tocadas todavía con atavíos regionales, que en este bello rincón del Duero se conservan—gritaban, como padrón de nobleza, la patria de sus ajos, garantía de su calidad: «¡Ajos de Villabuena! ¡Ajos de la Bóveda!»

Allí estaba la atracción de la feria. En la plazuela de Santo Domingo, bajo la sombra venerable de las ruinas del convento, se vendían maderas y aperos: trillos de Cantalejo; puertas y muebles rústicos de Iscar; palas, horcas y bioldos de Reinosa; aventadoras construídas en el propio Toro... En San Agustín, el ferial de ganados: mulas, asnos, caballos... En una y otra, pocos compradores. Buen ganado, buena madera, buenos aperos, pero mala feria. No se compra. La cosecha se anuncia mediana en casi toda Castilla. Las vegas del Duero fueron assoladas, muchas, por las tormentas del final de la primavera. Se avecina escasez; falta el dinero. No se compra apenas, ni hay para qué.

Sólo ajos. De esto sí que se hizo venta. En un par de días de feria, en la plaza de Santa Marina y en la calle de las Gallinas sólo quedó el olor. Sano y varonil y rústico olor de ajos. Olor calumniado por el desprecio ciudadano. Los que hinchados de vanidad zapatean las calles urbanas, «más tiesos que ajos», suelen afrentar con desdén a los rústicos campesinos, «villanos hartos de ajos». Y acaso en su interior, muy adentro, cerca de lo subconsciente, a la hora en que engañan al estómago con su «café con media», envidian la cazuela humeante y olorosa de sopa de

ajo, que el campesino cena junto al hogar, en que llamean crepitando los manojos, regándola después con un trago de este vino toresano, rojo y espeso, suave en el gáznate y ardiente en el corazón.

Huyen del olor del ajo los insectos, y más de su sabor. Huyen de él los parásitos intestinales, que es buen vermífugo. Huye la fiebre y el cólera, y la tos y el reuma. Estimulante, diurético, expectorante, antiescorbútico, pebrífugo; con miel, antirreumático; en apósitos, revulsivo; el ajo es un remedio y es un preventivo de muchas enfermedades, según la experiencia campesina, avalada por la ciencia de no pocos doctores.

Pero tiene más devotos en las cocinas. Las guisanderas de Castilla, como las de Levante y la Rioja, y Andalucía, y Extremadura, y Canarias, y la América hispana; las guisanderas—y no los cocineros—, las guisanderas del pueblo y de los pueblos, las sabias aderezadoras de los sabrosos guisos campesinos, son las que saben el valor de un diente de ajo. ¿Quién comería unas sopas sin él? ¿Quién sin él gozaría la sustanciosa frescura de una ensalada o un gazpacho? Quien no ha saboreado un ajopollo, unas costilletas de lechazo con ajaceite, un ajocomino, un ajoqueso, un alioli, un ajomolinero, un ajoblanco... o de chico, no se ha merecido una rebanada de pan frotado de ajo, ha privado a su paladar de un recio deleite y a su estómago de un sano condimento. Nada exquisito. No me comprenderán probablemente las damas de libro de cocina; me anatematizarán seguramente los cocineros y las «cordon bleu»; dirán que esto es querer «hacerles morder el ajo». Pero afirmarán mi rústica verdad campesina aquellos lectores que alguna vez se hayan «chupado los dedos» con una cazolada de bacalao en ajoarriero.

Estos ajos de la orilla del Duero, desde el remanso de Toro para abajo, se quedan en España. Son pocos para rebasar la zona de consumo que los rodea. Pero otros ajos españoles van a Francia, y, sobre todo, a América: los de Levante y los de Canarias cruzan todos los años el Atlántico, llevando a Sudamérica y a las Antillas el más típico de los condimentos españoles. Allí, al otro lado del mar, el olor, basto y pobre y rústico, de los ajos es para muchos aroma evocador de la tierra nativa. ¡Cuántos, al ma-

chacar un ajoblanco para un gazpacho, verán desde la pampa, con los ojos del nostálgico recuerdo, el blanco caserío levantino, la verde aldea sayaguesa o el terroso pueblecito de Campos, donde nacieron!... La exportación de ajos era una riqueza mayor antes que ahora. Los norteamericanos, también en ajos, nos hacen en Sudamérica la competencia.

Esto no lo sospechan siquiera los ajeros de la Bóveda de Toro, que en dos días se han quedado este año, como todos, sin una sola ristra. Ni los que en Zamora, en la primera jornada de su «feria de los ajos», también los vendieron todos. Ni menos todavía los labriegos compradores, que al caminar de regreso a sus lugares, con sus buenas ristras colgadas en la albarda del arze, no pensarían, pensando en el trabajo que los espera, sino que «ajo crudo y vino puro pasan el puerto seguro».

Pero deben pensarlo los que tienen la obligación de velar por las riquezas de nuestro suelo, para no dejar que se pierda una parte de ella, aunque sea modesta, como se perdieron y se dejan perder otras muchas, de las cuales eran fuente nuestros campos. Me limito a apuntar esta advertencia, como lección deducida de las «ferias de ajos» en Zamora y en Toro. No es por «revolver el ajo», que harto lo está, ni porque «se pique» quien «haya comido ajos». Es tan sólo porque todo el que tiene ventana a que asomarse debe decir desde ella a los distraídos las grandes y las pequeñas verdades que la realidad de la vida le vaya dictando. Y el campo, «que no tiene puertas», itiene tan pocas ventanas—como esta franca y alta de «El Sol»—que den a las grandes calles, donde las gentes puedan oírle!

Hagamos punto. No sea que merezcamos el dictado que el refrán aplica a quien «maja muchos ajos en mortero» y los maja mal. Y volvamos, para hablar otro día de otras cosas interesantes de Toro y Zamora y el Duero, a las calles de estas viejas ciudades, henchidas de historia, donde todavía flota en el aire el olor picante, rústico y varonil de los ajos.

(6 Julio 1927)

TORO Y SU VEGA

El Corro.—Delicia de los ojos, halago del olfato, esperanza jugosa del paladar son estas frutas toresanas, que rebosan en los mil canastillos del mercado. Suben, al amanecer, desde la vega sobre brazos labriegos, y cuando el sol hace resplandecer la plaza, ya encuentra amontonados en ella los canastillos rebosantes. El aire fresco de la mañana se perfuma con los puros aromas de la fruta. Tersa y relucientes las bolas rojas de las cerezas «garrafales»; estas «garrafales» toresanas de carne dulce y suave, que se deshacen blandas entre la lengua y el paladar como un bombón helado y aromático...; guindas «de tomatillo», rubíes transparentes, que atraen la mano ávida sobre el cogüelmo apetitoso del cestillo; albaricoques amarillos y rojos, aterciopelados, dulces hasta el tito; perillos sanjuaneros—que este año, tardío, ni siquiera San Pedro vió maduros—verdiblanco y sonrosados, de fina piel y pulpa blanca y esponjosa, cuyo frescor invita al apetito... Todas las frutas que ayer dejó maduras el sol, al ocultarse tras los taludes lejanos del ancho valle, están aquí cuando el sol vuelve, en este viejo mercado de El Corro, en la severa amplitud de la plaza. Y aquí esperan su destino. A la tarde, cubiertos de hojas verdes los cestillos, marcharán, unos, en repletos vagones trepidantes, vía férrea adelante; otros, carretera arriba o carretera abajo, en camionetas veloces o en carros cansinos. El Corro es el mercado de exportación de estas frutas incomparables que la vega de Toro, cría ubérrima entre las anchas curvas espejeantes del Duero.

Este año vienen tardías; pero «la dicha es buena», gran cosecha, y «nunca es tarde»...

«La parpaja».—En esta luminosa mañana de domingo, en la plaza de Toro se ven entre los labriegos muchos soldados. ¡Soldados de la paz. Ninguna misión bélica les ha traído, ni menester castrense. Han venido—volviendo a su condición labriega la mayoría—para ayudar a los toresanos a defenderse de «la parpaja». Ya otros años recibieron esta ayuda militar contra la invasión, y labradores y soldados habrían logrado la total destrucción del minúsculo y terri-

ble enemigo si entre los campos y las huertas, tan amorosamente cultivados, no hubiera terrenos abandonados, sin dueño o como sin dueño, donde el descuido sirvió de reducto último al voraz adversario. Todos los días se les ve combatir—labriegos y soldados—sobre la tierra feraz. La pacífica pelea se desarrolla ahora en los pagos de Bardales, Peñacabra, Picorrollo... ¿Será por fin la última campaña? ¿Volverá todavía «la parpaja» a devorar la vega toresana?

La esperanza sonríe en los rostros labradores y en los de estos muchachos del regimiento de Toledo, que han cambiado el cuartel zamorano por la vega de Toro y en esta mañana dominguera descansan, alegres, paseando por entre los canastillos de frutas coloradas y mirando a las mozas, del color de la fruta, mientras se guisa su almuerzo castrense en el Santo Hospital de la Cruz.

Temporal.—En pleno Julio llueve y hace frío. Se lavan en los árboles las frutas, ya maduras, y sufren sus delicadas pulpas bajo el frío. El viento, como de Marzo, inclemente, tira muchas al suelo. Los cereales, encerados ya, se empapan de agua. La hoz tendrá que esperar a que se enjuguen y los reseque de nuevo el sol.

Del cielo ceniciento, encapotado, cae furiosa la lluvia. Se hinchán de nuevo los arroyos, como en Abril, y corren turbios a enturbiar el Duero. El río traza sobre la inmensa vega su doble rúbrica de fecundas curvas y viene a ceñir las altas trincheras amarillas sobre las que asienta la ciudad; el espejo de sus aguas pierde, bajo el aguacero, la ternura; el diáfano cristal de otros días se ha enrojecido de arcilla. Lleno viene el cauce, que por estos días, en pleno estío, otros años recaba al sol sus bordes, anchos festones de tierra rojiza. Salta el agua las presas como en primavera; voltean a más y mejor las ruedas, cansadas, de aceñas y molinos. La vega parece que se encoge bajo el frío insólito y la lluvia tardía. Se ennegrecen sus verdes y se hace gris el amarillo de las mieses maduras. Los frutales—recortando sus siluetas sobre el claror blanquecino del atardecer—alzan sus ramas al cielo, expectantes, como que no se explican lo que pasa...

A orillas del Duero.

(21 Julio 1927)

«LOS QUE EN EL PISUERGA SE BAÑAN...»

«Famoso por la mansedumbre de su corriente» dijo Cervantes que era este ancho río vallisoletano, que desde las altas montañas palentinas baja, pausado y fecundo, hasta derramarse en el Duero, en aquel punto donde, a la sombra del castillo de Simancas y de las ruinas tristes del monasterio de Aniago, se une a Pisuerga y Duero también el Adaja, con lo cual se mezclan en un solo cauce las aguas todas del sur, el norte y el oriente de Castilla. El valle inmenso que forman allí los dos grandes valles—y el menos grande del Esgueva y la boca estrecha del Adaja—, cubierto en su mayor parte de pinares, y de regadíos y tierras de pan llevar lo que resta, es uno de los más bellos paisajes, con belleza fuerte y sombría, toda grandeza, que los ojos humanos pueden contemplar. Pero hay que subir, para contemplarlo, a las estribaciones de Torozos, que limitan el valle por el Poniente, o al cerrote redondo de San Cristóbal, o a la torre histórica del castillo de Simancas. Desde abajo no se ve, no se sospecha siquiera. Los que pretenden ver estas tierras de Castilla desde la ciudad o desde el tren no ven nunca nada. Los paisajes y el espíritu de Castilla hay que subir muy alto para conocerlos. Son, esencialmente, anchurosos. Los paisajes tienen su primaria belleza en su inmensidad; el espíritu castellano tiene como cualidad fundamental su tendencia a la universalidad. Por eso han fracasado siempre en Castilla lo pintoresco y el regionalismo.

«Los que en el Pisuerga se bañan» somos, hoy por hoy, la mayoría de los vallisoletanos. Desde que pasa el río bajo los arcos robustos del Puente Mayor, que doña Elo, la esposa de Pero Ansúrez, tendiera sobre las aguas, y salta espumeante la presa de los batanes derruidos, baña suave y tranquilo la orilla tendida y arenosa de las Moreras. Desde el pradillo de San Roque hasta el Vivero de San Lorenzo, la margen izquierda del Pisuerga es una playa. Más larga, y más ancha, y de más blanca, limpia y fina arena que muchas playas marítimas de las que nos envían carteles de mil colores con vistas del balneario y el gran hotel. Playa

hermosa y fresca, sombreada por árboles centenarios, que podíamos haber utilizado, como tantas fluviales inglesas y alemanas son utilizadas, pero que a nosotros sólo nos ha servido para que sobre ella y a nuestra costa improvisaran chistes fáciles los escritores festivos.

Ya en tiempos del Valladolid corte, aunque las Moreras eran estimadas, preferíase para paseos y fiestas el Prado de la Magdalena. No vino la ciudad hacia el Pisuegra cuando salió de sus primitivos recintos sucesivos, sino que se extendió en dirección opuesta; el Esgueva, con sus dos brazos, servía las necesidades higiénicas—entonces harto sucintas—de la ciudad, y las nieblas durante los largos inviernos impulsaban a huir del río, donde más se espesaban. En el siglo pasado, la orilla del Pisuegra cobró valimiento; los paseos altos de las Moreras, desde el Puente Mayor hasta el Poniente, con sus bancos monumentales y sus árboles copudos, eran sitio de fiesta y reunión de la ciudad; los paseos bajos, bien cuidados, goce de la chiquillería y de la gente menuda de antesala, cocina y cuartel; el Vivero de San Lorenzo, lugar de reposo plácido para los mayores, y para los jóvenes, verde y umbroso escondrijo donde tramaba Don Amor sus asechanzas; y aun quedaban el Cubo, y la Riberilla, y el Pradillo de San Roque, y la Cascajera, para mayor expansión de los vallisoletanos. Por entonces comenzaron las casetas de baños, erigidas sobre estacas dentro del río, y los «baños calientes» en la orilla, y las cien chabolas de los merenderos, a la sombra de las moreras añosas. Cada «balneario» tenía enfrente, en tierra firme, bajo los árboles, su «salón de descanso», y como no faltaban en él piano u organillo, improvisaban, mañana y tarde, alegres bailes los jóvenes bañistas.

Junto a los baños se amarraba la flotilla numerosa de botes, esquifes y barcas planas, que iban y venían «de Puente a Puente» en sus excursiones, y hasta un vaporcito, el «Miguel Iscar», surcó algunos años el río llevando y trayendo «navegantes», no precisamente «desde las Moreras al Puente Mayor», como afirmaba la copla popular por fuerza del consonante, sino desde las Moreras al Puente Colgante, donde un merendero, que todavía existe, fué bautizado con el ilusionador título de «Biarritz». Era la época del esplendor de las Moreras.

Luego, la preferencia, justificada, por el parque y los paseos del Campo Grande—donde el genio urbanizador de Miguel Iscar y el ingenio del jardinero Sabadell hicieron el milagro de convertir en vergel una casajera—hizo olvidar la orilla del río; el Vivero padeció abandonado; creció el ejército urbano de las lavanderas; el alcantarillado abrió—provisionalmente, y aun dura—su desagüe en las Moreras; los feriales, por San Juan y San Mateo, maltrataron los árboles; las riadas se llevaron cien veces casetas y tenderetes, que al reconstruirse eran cada vez menos en número y más ruines... Del Puente Mayor al Cubo no quedaron más que el lavado, la instrucción militar y... el amor después de anochecido.

Ahora parece que de nuevo la ciudad se acuerda de su río. Los baños se renuevan, los merenderos se multiplican, se acrecienta la flotilla de botes y esquifes, y hasta una blanca gasolinera boga veloz río arriba y río abajo; se han plantado unos centenares de árboles nuevos en el sitio de los que se secaron; por las tardes se pueblan aquellos parajes de gran muchedumbre; todavía no hemos tenido regatas, pero ya hemos jugado al «water-polo». Y quién sabe si al espíritu inquieto de algún empresario se le ocurrirá repetir a la moderna aquella «corrida de toros acuática» que un Ayuntamiento organizó como un festejo, allá medio siglo atrás, «aprovechando la feliz circunstancia de pasar el Pisuerga por esta población», según rezaba el cartel municipal.

Bromas aparte, es lo cierto que esta moderna atracción del río podría y debería aprovecharse para que Valladolid empezara a sacar partido de este desdeñado Pisuerga. Un gran río es un factor importantísimo para el progreso de una ciudad. Si Madrid tuviera junto a sus muros y a su mismo nivel el Pisuerga, en lugar del Manzanares, muchos grandes problemas urbanos madrileños no hubieran sido problemas: el río se los hubiera dado resueltos. Aquí, en cambio, tenemos un gran río sin explotar; nos sirve únicamente de lavadero y un poco de balneario. Podía servirnos de mucho más.

Mientras se rectifica este desdeñoso olvido de nuestro río, nos zambulliremos en sus aguas mansas y frescas, y pasaremos por su playa humilde los que no podemos gozar

de las playas marítimas, y tras el «bogar al remo» del trabajo diario entre sudores, a la tardecita, con la fresca, remaremos un rato en el Pisuerga, «famoso por la manse-dumbre de su corriente».

(11 Agosto 1927)

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
1	
Cuento soñado.	7
2	
Junto al camino.	13
Viendo entrar a la Virgen.	16
Mi calendario y yo.	19
Al mediodía.	21
En las Moreras.	24
¿Quién quiere rosas?.	27
La irrupción de la inquietud.	30
Las aceñas del Pisuerga.	33
Motivos de «La Pasión».	35
3	
De Córdoba a Sevilla.	41
En la costa cantábrica.	44
Arriba.	44
Cuesta abajo.	44
A través del Atlántico.	47
Mal tiempo.	47
La misa a bordo.	49
Las luces del puerto.	51
Nueva York à primera vista.	54
Viviendo a escape.	54
Los rascacielos.	58
Mirando desde arriba.	62
4	
El paisaje en Castilla (fragmentos).	69
5	
La revolución en Méjico (fragmentos).	79
Presagios ciertos.	79
La primera jornada.	80
Día de expectación.	85
Sigue la batalla.	88

El combate arrecia.	90
Bajo las balas.	91
Otro día más	92
La tregua	95
Vuelta a la pelea.	96
La última jornada.	97
Madero, preso.	99
Gustavo Madero, fusilado	100
Epílogo sangriento	101

6

Trigo nuevo.	107
Medalla campesina.	110
Anverso.	110
Reverso.	111
«Por San Mateo...».	113
Entre la era y el lagar.	115
Mientras hay tempero.	118
Al comenzar la siega.	121

7

La reconstrucción de la Antigua.	125
La torre entre andamios	128
La feria de los ajos.	130
Toro y su vega.	133
«Los que en el Pisuerga se bañan...».	135



G 19557

Année ARTÍCULOS

(1896-1927)